intervalo ALBUM

10 OBRAS COMPLETAS de 

Héctor Pedro Blomberg • Cristóbal M. Paz • Ouida • Mirko Carloni • Eduardo Rod
Neal Adams • Eliseo Montaine • John Essex • Pedro M. Mazzino • Bix Foster

sumario

intervalo ALBUM




Columberos
El hermoso primo Shen
Por JOHN ESSEX
DIBUJOS DE O. MORAGA
A pesar de la guerra contra los japoneses, de la misma violencia que aumentaba de volumen dentro del territorio chino, seguía manteniendo su añejo espíritu aquella calle Del Angel, en Cantón. Es que en esa calle estaba "la casa de los Lan", una bella mansión levantada en 1870.


La familia había recibido un rudo golpe con la muerte del valeroso general Lan en un camino de Yanchow y en 1938. El gobierno de C. K. Shek le había rendido grandes honores...


...pero la señora del general, romántica, dulce, no pudo soportar la ausencia de su marido y enfermó gravemente, muriendo en 1940. Una hermosa muchacha de doce años estuvo junto a la enferma hasta el último instante: Tien-Pei, la hija del general valiente.


La tía Noa-Lan fue el principal apoyo de esa muchachita huérfana hasta que llegó a Cantón un joven y apuesto oficial.
¡El primo Shen! ¡Ahí está el primo Shen!


Alto, gallardo, el flamante oficial de Chiang Kai-Shek penetró rápidamente en la añeja vivienda de sus parientes, casi sin detenerse a saludar ni siquiera al viejo y fiel Dow.

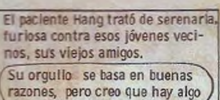

(Lo vi crecer, lo tuve en mis brazos. ¡Mundo ingrato!)


La guerra contra Japón estaba terminando, pues éste ya acusaba un enorme cansancio en su conflicto contra Estados Unidos. Era tiempo de primavera, y Tien-Pei cumplió diecisiete años, reuniendo a sus amigos, los Keu. Esa tarde, Hang-Keu le dijo que quería casarse con ella...


...pero ante la proximidad del apuesto Shen, la muchacha dejó de escuchar al nuevo abogado Hang-Keu.

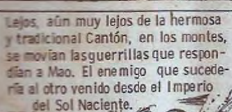

Shen, el joven oficial, también había plantado a alguien para acercarse a Tien-Pei. Habíase alejado de la hermana de Hang-Keu, que sentía hacia el teniente un gran afecto.
1065













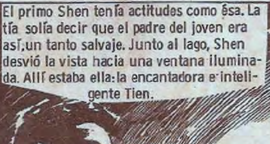
Sin embargo, Cantón tenía los ojos puestos en Occidente, a pesar de respetar sus legendarias costumbres, cumpliéndolas al pie de la letra. Al respecto, hubo una magnífica ceremonia cuando se cumplieron cinco años de la muerte del general Lan...



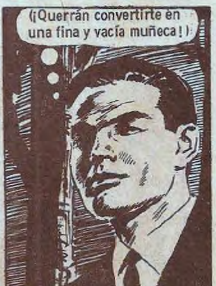
...y Tien lloró como una criatura en brazos de la tía Noa.

Tu padre es un orgullo para toda la familia, querida mía.









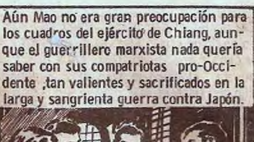







El teniente Shen ocupaba un puesto importante en el archivo secreto del ejército. Por otra parte, era secretario del Club de Oficiales, aunque no daba importancia a la vida social. Se decía de él: -¡Es una lástima! ¡Tan apuesto, tan buen mozo!
Sus preocupaciones son otras, distinguidas señoras.
¿Acaso la pequeña Tien-Pei?


Me refería a sus preocupaciones por la carrera de las armas. ¡Será un jefe, no lo duden!
De cualquier forma, es un buen mozo sacrificado.


Aún Mao no era gran preocupación para los cuadros del ejército de Chiang, aunque el guerrillero marxista nada quería saber con sus compatriotas pro-Occidente ,tan valientes y sacrificados en la larga y sangrienta guerra contra Japón.


¡No se puede conferenciar con Mao!


Pasaban las semanas, luego de terminar la guerra, y el ahora capitán Shen seguía siendo un severo, un reservado patriota,a cargo de dos importantes oficinas del archivo. Su debilidad tenía un nombre muy delicado: Tien-Pei. No buscaba sino aquello...


...que pudiese complacer a ella, la querida Tien. Se mostraba categórico, cruel, con el resto de la humanidad.
¡No te olvides que también nosotros existimos, Shen!


Tien intervino,y una vez que Shen se marchó...
Está muy preocupado de un tiempo a esta parte, tía. Creo...


"...que desde aquel viaje que hizo a Nankín, con una misión del Gobierno", expresó la muchacha, deseosa de suavizar la tensa situación. La tía Noa contestó con aspereza: -¡Nunca tuvo modales!
¡Como tampoco los tuvo su padre! ¡Unos salvajes!


Cuando Tien abandonó el cuarto de su tía, la esperaba Shen, quien la abrazó sin decir palabras. Pero ella sabía que estaba muy contento por su intervención de minutos antes.
(Eres lo único que quiero, aparte de ...)


El joven Hang-Keu solía visitar la casa de los Lan y hablaba horas enteras con la vieja señora Noa, una ciencia en política vieja del país. La anciana no transigía con la lenta invasión occidental. Y, menos aún, con el avance rojo en su amado país.
Por ello no debemos apartar la vista de las montañas.


Tien prefería que Hang no tropezara con el primo Shen. Este no pasaba al también apuesto y sereno vecino de los Lan.
Siempre tendrás la seguridad de mi cariño, Tien.


Hang-Keu insistía. Y si no lo hacía el joven, su hermana se encargaba de recordar a Tien-Pei el amor del honorable Hang .
Soy muy joven aún. No pienso en casarme.

Esa noche los diarios de Cantón elogiaron el nuevo envío de armas llegadas de América. Terminada la cena entre Shen y Tien -la tía se sintió indispuesta-, él quedó sorprendido cuando la muchacha dijo con tristeza: -Creo que Rusia buscará el medio de hacernos pelear con los americanos.



El se complació en hundir a Tien con sus sabihondos comentarios que arrancaban desde los revolucionarios de Yat-Sen en 1912.



Fastidiada un poco, Tien se acostó, pensando que hubiera sido mejor no perder esa velada hablando de la áspera política.



Shen, con ropas de civil, había ganado la calle y, después de un largo trayecto, desembocó en el Pasaje Violeta. Era una noche fría, desagradable, pero él tenía muy importantes co para hacer en esa misma noche . En la p trepó a un tranvía.



Se sentó rápidamente. Se había puesto anteojos oscuros y un sombrero. Deseaba llegar cuanto antes a las riberas del Kiang.



Por la silenciosa calle Del Bonzo caminó hasta el negocio de antigüedades. Entró, cerrando suavemente la puerta.

De regreso sonreía, mientras apretaba el paso en dirección del vehículo que lo llevaría hasta la Plaza Tang. El pasado desfiló con rapidez por su mente. Un pasado sin estrecheces, con las blancas manos de su madre, en las que chispeaban las joyas. Y con los alaridos de su padre.



Había conocido a ese individuo en Nankín. Fue por esa causa que regresó a Cantón algo cambiado . Desde 1946 Hai "el hosco" se encontraba en Cantón, oculto en aquella casa de antigüedades. Y Shen, el capitán Shen, lo iba a visitar muy seguido.





Poco le importaba. Se acercaban horas decisivas. Se lo dijo "el hosco" esa misma noche, tras pedirle toda su colaboración . El capitán Shen nunca había oído hablar de Tujachevski, pero como Hai "el hosco" dijo que militares traidores como ésos había a montones , Shen pensó que Hai tenía razón...

... mientras se acercaba lentamente a la vetusta y distinguida casa de los Lan. Además se dijo que pronto empezaría la educación política de la tontuela de Tien .





Ignoraba que, luego de su partida, allá en los fondos de la casa de antigüedades, los secuaces de Hai "el hosco" habían dicho pestes del señorito capitán, que vivía en la calle Del Angel y que posiblemente los traicionara a la manera del finado Tujachevski .

En la mañana siguiente, Shen recibió un sobre azul con membrete de la sociedad de filatelia. Sabía que eso significaba un encuentro nocturno con "el hosco" y sus hombres. Se irritó. Tenía guardia en el archivo. Era peligroso abandonarla. También lo era no asistir a la reunión en la calle del Bonzo.



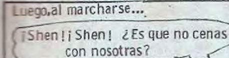
Esa noche iba a llevarles un excelente informe. "Varios puntos a favor para ti, camarada", pensó, y al mismo tiempo estalló, como una bengala en su cerebro, la frase dicha por la tía Noa: "Somos anticomunistas por instinto, debido a que en nosotros está arraigado profundamente el individualismo".



Al anochecer, y cuando entraba en la casa de la calle Del Angel, se cruzó con Hang-Keu. Casi ni saludó al abogado, ferviente adicto a Chiang-Kai-Shek. . . y además, paciente enamorado de Tien.



Luego,al marcharse...





Explicó rápidamente que Tsin, su asistente cuando la campaña en Nan-Chan, había vuelto a Cantón y trabajaba para el espionaje en favor de Chiang K. Shek.



Al ampliar su información sobre Tsin, quel ella no conocía, estuvo a punto de echarlo todo a perder, diciendo:-Tsin, sabes, está de novio con una linda muchacha de Plaza Tang .



La respuesta que inventó no satisfizo a Tien-Pei, y cuando Shen se fue, ella quedó pensativa. Algo no marchaba bien . ¿Qué era ese algo lejano, extraño, y que comprometía al hermoso Shen? Tres días más tarde, el abogado Hang-Keu llegó hasta ella con un sobre en la mano . . .



. . . mientras decía con cierta socarronería: - ¿ Simpatizante de la filatelia el hosco capitán Shen?



El alegre, el cordial Hang-Keu, se apresuró a cambiar de conversación, pero fue ella quien dijo de pronto: -Shen debe estar perdiendo las noches con algún jugador de barajas. Un tal Tsin .



Tsin es un suboficial que ha vuelto a Cantón. Hizo con Shen la campaña de Nan-Chan.



Bruscamente se despertó una duda en el abogado, pero minutos después estaba haciendo chistes con la anciana tía Noa.



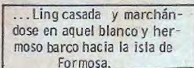
Sin embargo, esa misma noche, Hang-Keu telefoneó a un amigo militar y luego hizo lo mismo con Tien-Pei.







El avance de las fuerzas rojas de Mao seguía produciéndose en todo el Norte, y ya no había forma de detenerlo. ¿Cuántos meses tardarían en llegar a Cantón? El activo abogado trabajaba muchísimas horas extras para su ideal, pero no era optimista y fue muy feliz viendo a su hermana...





De acuerdo, Dow. No te aflijas más, y continúa tus tareas.

En aquella caja que perteneciera a la madre de Shen la joven encontró unos extraños papeles. Pasó largo rato examinándolos.





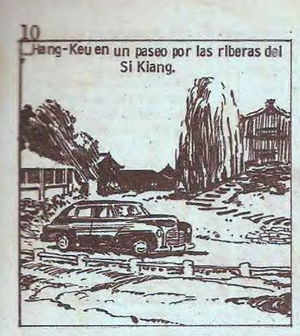




Furiosa, a punto de desvanecerse de dolor, Tien exclamó: –¡Y tú eres un espía, y un traidor!

Te llevará tiempo comprenderme, Tien querida. Pero Shen ayudará a su muy estimada Tien Pei.

Convencido de que ella no lo iba a perjudicar, Shen, con esas detestables ropas -según la opinión de Tien-que utilizaba cuando iba a ver al sargento Tsin, se marchó. Tres días después, Tien-Pei decidió acompañar a...









El peso de los acontecimientos no dejaba dormir a Tien. Y enfermó de gravedad. El doctor la halló descalcificada, recetando una larga lista de cosas. Muchos días pasó en cama la desdichada Tien. Y todas las tardes tenía a su lado al inmejorable Hang.

Son las primeras dalias blancas. No me gustan, pero a ti sí.

Hablaron del hijito que iba a tener Ling, y Tien empezó a lagrimear. En silencio, Hang-Keu le secó las lágrimas, murmurando: -Un humilde pañuelo que ya no haré lavar más.- Esa noche, Shen llegó hasta el lecho de la enferma.























Tuvo que acostarse, y pasó un día malísimo. Por suerte estuvo el amable Hang. ¡Qué distinto a Shen! Ahora lo comprendía. Hang-Keu, joven también -y apuesto, ¡caramba! - era sensato como un hombre de mucha edad. Y de sus labios era raro que saliera una frase desagradable. "Shen siempre fue despótico", pensó. Hubo un detalle que recién ahora le produjo miedo. Las uñas excesivamente alargadas, filosas, de Shen. Como armas de muerte.





Ya conocía el triste, el horrible final de otro oficial que empezara a traicionar al generalísimo Shek y fue descubierto. Apretó el paso, entró en un parque, saltó una tapia y...



Unas arrugas habían aparecido en su suave rostro amarillo, y no favorecían al "hermoso Shen". El miedo; el miedo espantoso.




solía presentarse en su oficina
Archivo Secreto a las siete de la mañana. A las seis de esa fría mañana, cuando Shen se estaba vistiendo con las ropas del ejército que deshonraba, vio una sombra masculina paseando frente a la finca de los Lan.
(¿No es ese imbécil de "doctor" Yai?)


Cuando ganó la calle no vio a nadie. Un estremecimiento tan helado como la ráfaga que golpeó contra su bien delineado rostro correteó por su espina dorsal. Poco después llegó al archivo. Saludos por aquí y por allá.
(¡ Idiotas ! ¡Dentro de poco, Mao los aplastará !)


Mao, Mao, el sarcástico poeta de la China Roja , avanzaba inconteniblemente. A sus espaldas, refuerzos llegados de la URSS.


Esa tarde, Shen y otro capitán fueron a la sastrería militar a probarse el nuevo uniforme. A punto estuvo el traidor de hacer un chiste, pero consideró al capitán Lee un idiota que podía desvirtuar la esencia del chiste . Y lo calló. Sin embargo, el pensar en que podrían...


...descubrirlo en sus infames pasos a favor de los comunistas le produjo un repentino e insoportable dolor de estómago. Eso se llamaba miedo, y conocía la sensación desde las duras horas de la lucha contra los nipones.


El traidor creía que ya lo vigilaban. Y no estaba equivocado. Las horas de ese día fueron muy tensas para Shen. Poco antes de salir de su oficina hubo un estallido en el corredor. Nada más que una bombilla eléctrica de las más grandes, pero hizo dar un salto a Shen.

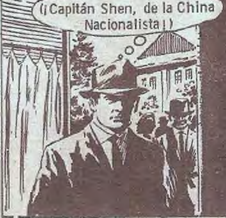

Un teniente lo advirtió y sonrió, sin que Shen lo descubriera. Era ya de noche...


...cuando Shen se apeó del automóvil que lo había dejado a pocos pasos de la Plaza Tang. Se dio cuenta de que lo seguían. Aplastó la mano contra el revólver que llevaba en la funda sobaquera y siguió caminando. "Dos. Me siguen dos. Volveré a casa", pensó rápidamente...


...mientras trataba de ubicar los rostros de esos posibles enemigos. No, no los conocía. Y de pronto, Shen sonrió. ¿ Por qué tenía tanto miedo? Hasta ese momento su trabajo para el camarada Mao había sido impecable. En el archivo nadie sospecharía jamás. ¡Y esa noche acabaría con Tien-Pei!
(¡Tien-Pei y Hang-Keu! ¡Ellos!)


Fue como un despertar violentísimo. ¿Y si ella hubiera descubierto la historia de los documentos encontrados en la caja de madera?
(Hace de esto casi tres semanas. ¡Oh, debí matarla!)


Tantas contemplaciones por Tien -la misma que no vacilaba en hablar horas y horas con ese Hang-Keu- aumentaron la rabia del que se creía perseguido. " 'El hosco' está en su derecho reclamándome la cabeza de Tien-Pei. ¿Quién soy yo para negársela?".


Caminando rápidamente pasó frente al espejo de un negocio ubicado en el Pasaje Violeta. Su rostro, pálido, descompuesto, se reflejó, dándole una inmediata y extraña sensación de asco.
(¡Capitán Shen, de la China Nacionalista!)


De las sombras surgió una figura. En la mano derecha, un revólver. Era el abogado Hang-Keu.
¡Hang, amigo mío! ¿ Se ha vuelto loco?

Con pasmosa serenidad, el abogado replicó: -No tanto como usted, indigno traidor a la patria.

¿Qué dice, idiota? ¡Le haré comer esas pal... !

Un gesto rapidísimo de Hang-Keu, y dos brazos se abalanzaron sobre Shen, inmovilizándolo: -No creo que tenga una muerte muy agradable, capitán. Por otra parte usted merece lo peor. ¡Andando! - dijo el abogado, mientras Shen pugnaba por gritar, sin lograrlo.



Lo arrojaron a un calabozo. Varias manos hábiles buscaron en todos los rincones de la ropa del traidor, hasta que en la bota - manga del pantalón hallaron la anhelada evidencia: un microfilm.



En los meses posteriores, una sombra de tristeza cayó sobre la vieja casa de los Lan. El traidor, que confesara ampliamente, fue pasado por las armas. La anciana tía Noa enfermó de pena, de bochorno. Hacia el Norte del país, las fuerzas comunistas seguían avanzando. Una tarde, el general Fow...



... llegó a la casa de la calle Del Angel, acompañado de Hang-Keu, el magnífico servidor civil en esas horas difíciles. El militar habló largamente con la anciana y su sobrina, felizmente ya repuesta de sus dolencias de meses atrás. El general dijo cosas estupendas del finado general Lan...



... su superior allá por 1940. Todo, con un suave, amable tono de voz, que pregonaba su formidable clase humana.



El final de esa conversación siguió siendo patético, como el principio. Cantón iba a caer en manos enemigas. Había que abandonar la querida tierra natal, buscar la senda del Mar de la China. El camino que emprendió Ling, hacía cierto tiempo: Taipei.



Por gestiones del abogado, una pequeña casa, pero muy alegre, esperaba a los moradores de la finca de la calle Del Angel.



Un emocionado silencio -el del general Fow, el de Hang-Keu, el de Tien-Pei y el del antiguo sirviente Dow- respondió a las palabras de la anciana. Irse significaba para todos ellos no poder prestar ayuda a esas muchas queridas paredes de Cantón , flamante víctima de un voraz ambicioso.

Mil novecientos cuarenta y nueve, año trágico para infinidad de chinos, resultó a la postre un año maravilloso para un par de jóvenes enamorados. Hang-Keu se casó con Tien, en la casita de la isla de Formosa, frente al Mar de la China meridional, en un día de verano...





...en que el azul de las aguas se fundía plenamente con el del cielo. Hacia todos los puntos cardinales, incluyendo aquél, enrojecido por el incendio y por el odio.

FIN

MOMENTO ALEGRE



- No se asuste, señor. Eso es del plomero.



- Disculpe, señora, pero comencemos otra vez desde que usted tenía 16 años.

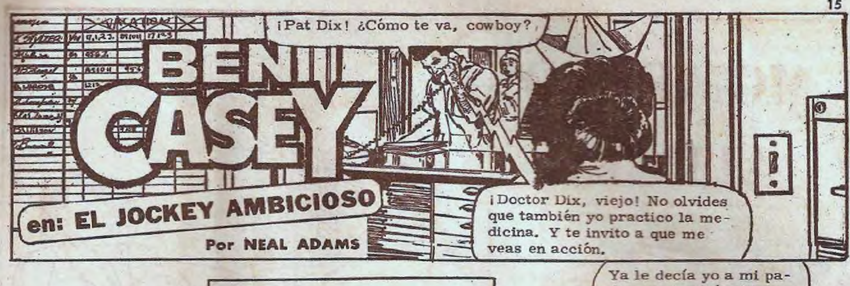


- ¿Que si hay comida para ti, mamá? Pues claro que la hay. Ven en seguida.



- Tiene razón, señora. En mi casa nunca pasa esto. Nosotros tenemos incinerador central.




BEN CASEY
en: EL JOCKEY AMBICIOSO
Por NEAL ADAMS
¡Pat Dix! ¿Cómo te va, cowboy?
¡Doctor Dix, viejo! No olvides que también yo practico la medicina. Y te invito a que me veas en acción.


Me agradaría, Pat.
Entonces te espero en tu primer día libre.
Ben Casey visita a su ex compañero de colegio Pat Dix en el hospital veterinario que éste dirige.
Aquí sí que tienes todo un rancho, Pat.
Ya le decía yo a mi padre que tendría alguna vez algo mejor que su rancho. Ven, te mostraré las instalaciones.
—Sala de operaciones. Especial para cotorras, perros, ocelotes, caballos y dinosaurios.... estos últimos siempre que pidan hora.
Ven, te presentaré a una de mis asistentes. Es colosal con los niños y con los animalitos.
¿Una mujer... ?
Te presento a la doctora Constance Jasper. Connie, éste es un viejo amigo: el doctor Ben Casey, neurocirujano de lujo.
Médico de personas, ¿eh? Bueno, también se necesita esa clase de médicos. Bien, gatita, ahora vete. Y no vuelvas a exponer tus orejas a ese gato malo.


Si sabes algo de carreras, Ben, el apellido Jasper no te será desconocido. El hermano de Connie, Todd Jasper, es uno de los jockey, más famosos del país.


Mientras, en un establo...
¿Y bien, Todd, qué piensa usted?
Usted es el propietario, señor Willard, pero ahora que se acerca el clásico Primrose, yo haría revisar a Orbit con un veterinario. Hace algún tiempo que se porta de modo raro.



Orbit, uno de los mejores caballos de las pistas norteamericanas, llega al hospital veterinario del doctor Pat Dix.
Usted simpatizará con el doctor Dix, señor Willard. Mi hermana, una de sus ayudantes, dice que es estupendo.
ANIMALES GRANDES
Ven, muchacho. Si algo te pasa, tendremos que averiguarlo antes de la carrera.
¡Con que éste es el famoso Orbit! Me agradará revisarlo, señor Willard. Oh, le presento a la hermana de Todd. Doctora Jasper, el señor Willard. Y el doctor Casey, un amigo mío.
¡Una mujer veterinaria! ¡Toda una novedad!
No se asombre, señor Willard. Connie le extrajo una vez un diente a un león cascarrabias en el jardín zoológico.
¡No... !
¿Quieres observar la revisación, Ben?
Con mucho gusto, Pat.
¿Nos acompaña, Todd?
En seguida estoy con ustedes, señor Willard. Olvidé algo en el coche.
Con cuidado, Jasper. Ya es bastante mi preocupación por Orbit, ahora que se acerca el clásico Primrose, para tener que afligirme también por una pierna rota del jockey.
Es un piso resbaladizo, señor Jasper. Permítame ayudarlo.
Sí. Este piso de porquería está recién encerado. Ya me pondré bien.


Voy a traer mis anteojos ahumados, que dejé en el coche, y vuelvo en seguida, señor Willard.

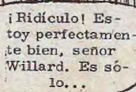



Mientras el doctor Dix examina a Orbit, un obsesivo temor asalta al jockey Todd Jasper.
(Otra vez ese mareo. Peor que nunca. Pero tengo que volver a reunirme con ellos, antes de que Willard note algo sospechoso.)

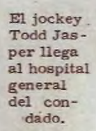

¿Usted temía que estos tendones hubieran sufrido una torcedura? Bueno, creo que estaba en lo cierto, señor Willard.


Le daré una inyección esteroidea.
¿Cortisona, Pat? ¡Igual que a la gente!


¡Pat! ¡Doctor Casey! ¡Es Todd...!
A veces no hay mucha diferencia, Ben.


No hay pisos resbaladizos aquí, Todd. Señor Willard, creo que su jockey necesita una revisación antes del clásico Primrose. La necesita tanto como el propio Orbit.
ORBIT
¡Ridículo! Estoy perfectamente bien, señor Willard. Es sólo...


Una persona que cae dos veces en pocos minutos puede no estar perfectamente bien, Todd. Y quiero que lo examinen..., si es que el doctor Casey no tiene inconveniente.





De prisa, doctor. Esta carrera tengo que correrla en menos de una hora.

¡Una hora...! Eso le dará tiempo apenas para colocarse en la línea de largada, Todd.

Una serie de pruebas conduce gradualmente a Ben a formular un diagnóstico.



¿Examen del laberinto, Ben?

Tal vez sí..., tal vez no.

¡Caramba! ¿Me están desahuciando, doctor?

Cálmese, Todd. Sólo estoy haciendo un examen del oído.

Entonces, haga como solía hacer mi madre, que me echaba aceite caliente al oído cuando sentía un dolor.

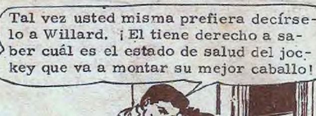


Ahora, quiero que ponga su cabeza en varias posiciones, según yo se lo indique. Después, usted me dirá si alguna de esas posiciones le resulta más cómoda.




¿Un jockey con el mal de Meniere? Ben, eso significa que quizá no pueda volver a correr.
Sí, Maggie. Lo sé.
En el hospital veterinario, Connie Jasper recibe un llamado de Ben Casey.
Pat, Ben Casey ha hecho el diagnóstico de la afección de Todd y quiere verme en el hospital del condado.
Vete, Connie. Y mantenme informado.
¿Me va a decir la verdad, Ben?
Por supuesto, Connie.
Ben da a la doctora Jasper un informe detallado sobre la afección de su hermano.
Creo que es el síndrome de Meniere, Connie.
Una falla en el mecanismo del equilibrio, localizada en el oído interno. Si es así, sus días como jockey se han acabado.
¡Es horrible, Ben! ¡Justo ahora que quería obtener la milésima victoria de su carrera! ¡Su ambición era figurar en la galería de celebridades del turf!
MEDICOS RESIDENTES
Su salud está ante todo. Yo diría que, aunque no lográramos curarlo por completo, podríamos tener bajo control su enfermedad mediante una dieta apropiada y con las drogas modernas.
¡Cómo le hubiera gustado obtener su victoria número mil en el clásico Primrose!
¿Está seguro, Ben? ¿No podría ser otra cosa? ¿No podría, tal vez, correr una sola carrera más?
Seguimos haciendo las pruebas, Connie. Pero estoy prácticamente seguro.


Ben, hágame un favor. No se lo diga a Fritz Willard, el dueño de Orbit, todavía.
No estoy obligado a hacerlo, Connie. Pero la ética profesional no me prohibe informar al empleador de un paciente, si él me hace la pregunta.


Tal vez usted misma prefiera decírselo a Willard. ¡El tiene derecho a saber cuál es el estado de salud del jockey que va a montar su mejor caballo!




En la pista de Aspen Downs...
Jim, voy al hospital a ver a Todd Jasper. Dale un buen mensaje a Orbit.
Está bien, señor Willard.


(Espero que a Todd no le pase nada serio. Sé lo mucho que para él significa el clásico Primrose.)

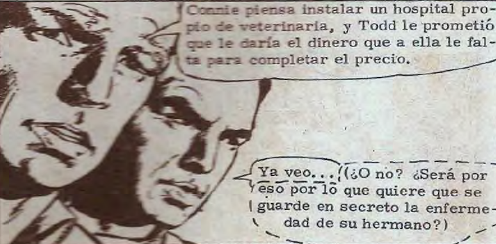

Y, al salir Connie Jasper del hospital...
Hablando de Willard, aquí está él. ¿Le va a contar lo de Todd?
Yo... No, ahora no. Tengo un montón de cosas que hacer en el hospital.


Buenos días, doctor Casey. ¿No era Connie Jasper la que salía recién?
Sí. Se habrán desencontrado.

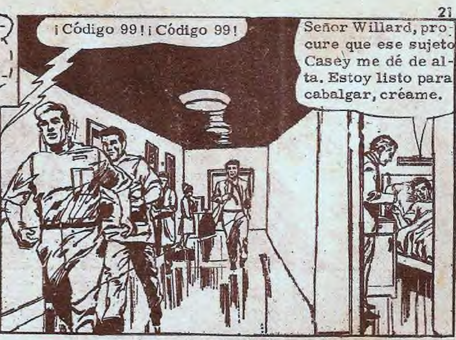

Lo siento. Y, acerca de Todd, ¿ha descubierto algo? Estoy preocupado porque la semana próxima debe montar a Orbit en el clásico.
Seguimos haciendo estudios, señor Willard. Preferiría no adelantar opinión todavía.


Esa carrera significa mucho para él, doctor, y para Connie también.
¿Ajá...?


No solo porque puede ganar su milésima carrera, sino que, además, si triunfa en el clásico, puede ganar diez mil dólares. Y eso es importante para Connie, además de serlo para él.


Connie piensa instalar un hospital propio de veterinaria, y Todd le prometió que le daría el dinero que a ella le falta para completar el precio.
Ya veo...
(¿O no? ¿Será por eso por lo que quiere que se guarde en secreto la enfermedad de su hermano?)





Tranquilícese. Y tenga la seguridad de que en el Primrose conseguirá su victoria número mil.

No, si tengo que cabalgar en esto durante mucho tiempo más.

Mientras Willard abandonaba la habitación de Jasper...












Muy bien, señorita. Hablaremos claro. La verdad es que usted tiene el tupé de cargarme a mí con la responsabilidad. Si esa carrera termina en una tragedia, será culpa suya..., de punta a punta.


Connie, un jockey con el mal de Meniere, arriesga su vida al correr.


Pero si él decide no aceptar su diagnóstico, eso es cosa de él.


Voy a decirle a Todd qué es lo que tiene, Connie. Pero no es mi atribución decírselo a su empleador. Ahora, permítame preguntarle algo.


Usted, que es veterinaria, ¿no está preocupada por lo que puede sucederle al caballo que conduzca su hermano? ¿Qué pasará si Orbit cae al perder Todd el equilibrio? El caballo tendrá que ser sacrificado.

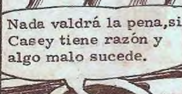

¡Basta! ¡No se atreva a dudar de mi ética!
¡Muy bien! Entonces, presumo que usted aceptará toda la responsabilidad hacia el caballo, el jockey... y el propietario.


Usted no se da cuenta de lo mucho que mi hermano ansía ganar su milésima carrera, ¿verdad? Pues bien, aceptaré la responsabilidad.
De acuerdo. Y ahora, tengo una última obligación para con el paciente.


Todd, estamos seguros de que usted tiene una enfermedad llamada el mal de Meniere. Afecta el equilibrio del paciente. Permítame explicarle...


Cinco minutos después...
(Es inconcebible. ¡Gente inteligente haciendo esto!)


Al regresar del hospital del condado ...
No seas pesimista, Connie. Te digo que todo saldrá bien.
Quisiera estar segura de eso, Todd.


Nada valdrá la pena, si Casey tiene razón y algo malo sucede.


Lo único que va a suceder es que voy a ganar el clásico Primrose.


Un día después, Ben recibe un llamado del doctor Pat Dix.
Estoy oyendo versiones algo raras, Ben. Nadie parece saber por qué Todd Jasper ha estado en el hospital. ¿Podrías tú... ?
¿... decírtelo, Pat?


Tú sabes que no puedo, viejo. La relación paciente-médico...
Bien, Todd hará el ensayo final con Orbit mañana. Iré a la pista para hacerle al caballo una revisación definitiva.


Tal vez tú quisieras... observar a tu paciente por última vez.


No veo el objeto, Pat, pero hay algo en tu entonación que me intriga. Está bien, nos encontraremos.


A la mañana siguiente...
El caballo está al pelo, Ben. Y Todd va a hacerle dar una carrera.
Si es que puede montar y mantenerse a horcajadas.


Mira, Pat. Todd tiene problemas.
Entonces, los rumores que oí eran ciertos, Ben.


¡Oh, no... !


Ben, ¿qué pasa con Todd Jasper?
Lo siento, Pat. Tendrás que preguntárselo a él mismo..., o a su hermana. Ahora, debo volver al hospital.
(Bueno, al menos dice Pat que el caballo está en condiciones. Pero al jockey tendrán que amarrarlo a su montura.)
Dos días después, se corre el clásico Primrose, en el cual debe participar el jockey Todd Jasper.
(Me gustaría decirme a mí mismo que no me importa..., pero esa espina la tengo clavada en el buche, y no me la puedo quitar.)
Hola, Ben. Pasa.
¿No te importa si enciendo por un rato tu radio, Ted? Quiero escuchar la transmisión del clásico Primrose.
¡Ajá! Por fin se le descubre un vicio a Ben Casey. Ya me parecía que el nuevo ordenanza era un redoblonero.
Cállate, payaso. Ese ordenanza tiene una conducta más irreprochable que la de un cura. Déjame oir esto.
"...y todos los participantes están sobre la línea de largada. ¡Ahora salen!"
"...en la primera curva, Pick-me-up marcha adelante por dos cuerpos, mientras Orbit comienza a acelerar..."
"...y al llegar al disco, corren cabeza a cabeza Pick-me-up y Orbit. Final de bandera verde... ¡No, ha ganado Orbit por un hocico!"
¡Esos dementes! ¡Arriesgándose de ese modo!
CLICK


En el grupo de los ganadores, tras el reñido clásico Primrose...
¡Qué carrera hizo ese potro!
Y pensar que a último minuto me convencieron de que era mejor jugarle a otro caballo.
¡Eh, muchacho! Con ese modo de apagar la radio, puede quedar arruinada.
Lo siento, Ted. Fue una reacción freudiana. Estaba retorciéndole el pescuezo a alguien.
(Hace una hora que la carrera terminó, y sigo enfurecido...)
Ben..., ¿podríamos hablar con usted por un rato?
Hola, Connie. Hola, Todd. Veo que arriesgaron y ganaron. Felicitaciones.
Vea, doctor. Vengo a internarme nuevamente.
¡Pero muy bien! Ahora que ha arriesgado su vida y la del caballo, se dispone a regresar.
EN ESTE LUGAR SE EDIFICARÁ UN ALA DEL HOSPITAL GENERAL DEL CONDADO DONADA POR OSCAR T. GOMBA
Bien, lo readmitiremos, Jasper. Pero no cuente conmigo como médico. Haré que el doctor Hoffman complete los exámenes y lo trate.
Usted no entiende, doctor Casey. Queremos que usted ...
Todos queremos que usted lo atienda, doctor. Queremos lo mejor del hospital del condado. Y yo me hago cargo de cualquier gasto.
Como dice Todd, usted no se da cuenta. Connie me lo dijo todo anoche... y designé a otro jockey para montar a Orbit.


Bienvenido, señor Jasper. Pronto lo aliviaremos.
Doctor, ya me siento como si fuera el jockey ganador en la pista.
VAL 320

Le daremos a Todd una nueva ocupación. Connie, cuénteselo al doctor Casey.

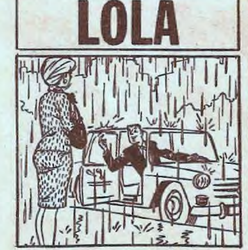

¿Por qué no corrió hoy Todd, Connie? ¿Qué lo hizo cambiar de parecer?
Yo lo induje, Ben. El único motivo que tuve para seguirle la corriente era que lo veía ansioso de ganar su milésima carrera. Nada más.


Como hermana suya, temía por su vida. Como veterinaria, temía por el caballo. Y cuando llegó el momento de la decisión tuve que hacerle ver las cosas en su verdadera perspectiva.


Jamás podrá ganar su milésima carrera..., pero hay cosas más importantes en la vida. Además, Willard cree que Todd será un magnífico entrenador de caballos.


No hay razón para que no lo sea. Con un tratamiento adecuado, podrá llevar una vida prácticamente normal. Y Todd no será el único Jasper que triunfe en los establos Willard.
FIN

LOLA










JUAN SANTANA
MATRERO DE CHASCOMUS
Por HÉCTOR PEDRO BLOMBERG
ADAPTACIÓN
Columberos
Muchos, demasiados gauchos cuchilleros vivieron y sucumbieron en las vastas soledades del duro sur argentino,allá por las últimas décadas del siglo diecinueve.
DIBUJOS DE ARANCIO
Muchos, cuyos insignificantes nombres iban a ser devorados por el tiempo. Moreira, Hormiga Negra, eran únicos en su estilo.
En el enorme panorama de las pampas bárbaras ocurrió casi como sucede en el cielo, donde estrellas hay a montones, y luceros, apenas unos pocos.
Moreira y Hormiga entre éstos últimos.
El pobrecito Juan Santana, nada más que un pequeño punto brillante en el cielo de la virilidad gaucha.
Santana fue quizá uno de los más humildes personajes sobre el campo criollo. Prototipo del gaucho guapo y entrañudo, era ya todo un mozo en el tiempo de la guerra del Paraguay . . .
. . . cuyos ecos despertaban la sangre de aquellos que no habían ido a jugarse el pellejo.
¿A ver, Juan, cómo hacen una dentrada nuestros soldaus?
Exhibicionista, ya que el cuerpo le daba para eso, Santana supo mostrarse hábil con el facón que le legara su finado hermano.
¡Bravo, Santana! ¡Hubieras ido a guerriar, Juan!


Contaba dieciséis años y era mensual en casa de los Machado de Chascomús. Al terminar, tenía veinte años.
(Ya me está cansando esta vida rutinaria.)
El mozo buscaba emociones más fuertes.
(¿El patrón está organizando un cuerpo de serenos a caballo y con armamento? ¡Me prendo!)
Poco después, el capitán Luis Machado, hombre circunspecto y excelente vecino de Chascomús, militarizaba la policía del lugar para oponerse al creciente bandolerismo.
Juan Santana fue uno de los varios y eficientes serenos de la agrupación. Hasta que Daniela Pardo se cruzó en su camino.
Las viejas crónicas del pago sureño mentan a esa mujer bella y diabólica, que enloqueció a varios gauchos, el primero de los cuales se llamó Juan Santana.
¿Dende cuándo no se le ve por aquí, Juan?
Había faltado a sus deberes de policía y por esa razón tuvo que cumplir un arresto de dos semanas. Santana no quiso decirlo.
¿Secretos con su güena amiga, mozo?
El muchacho argumentó que había sido enviado lejos, en comisión.
Siguro persiguiéndolo a Hormiga Negra, ¿verdá?
Tal vez. Hablemos de otra cosa, Daniela.
La hija del pulpero de "Cinco Cruces" sonrió triunfalmente.
Usté tiene la palabra, mi amigo.
El pobre enamorado estaba viéndoselas negras frente a la astuta Daniela, cuando ésta fue a atender a un recién llegado...
...y entonces un paisano que conocía los ardides de la pulpera explicó a Juan Santana que el recién llegado estaba arreglando su casamiento con la morena de ojos verdes.
(¿Y pa'eso faltaste a tu deber, Juan?)
Era muy pichón todavía, y no se atrevió a enfrentar a ese hombretón de sereno y duro aspecto.
(¡El novio de la Daniela! Si es pa'morirse e'rabia.)
Enloquecido por las coqueterías de la guapa mujer, cuyos ojos relucían como dos enormes esmeraldas, Juan Santana estuvo lejos de su puesto de policía cuando unos matreros saquearon la hacienda de los Oñagoiti.


Incapaz de responder con una mentira, el pobre gaucho sufrió un castigo más severo.
(¡Un mes sin verla, mi Dios!)
Peor que la pena disciplinaria fue lo que le dijo un compañero del cuerpo de serenos.
Daniela Pardo se casa mañana, Juan. ¡Olvidála!
Fue el infierno para ese hombre joven, e inexperto.
Dejáme salir, Ponciano. Tan sólo pa'ir a verla.
¿Te has güelto loco, muchacho sonso?
Loco de verdad, atacó al compañero tomándolo de la garganta hasta dejarlo en tierra medio muerto.
¡Las llaves!
En la noche tomó el camino de la pulpería de Pardo, sendero de martirios para su joven corazón.
(¿Por qué? ¿Por qué, Daniela?)
Vio esas dos sombras abrazadas. Se le nublaron los ojos.
¡Canalla! ¡Viá matarte!
No culpaba a Daniela, aunque ella lo había precipitado a ese infierno. Así fue como esperó al hombre y lo peleó. Pero el mozo tenía un revólver, y Juan Santana cayó de boca sobre los pastos, muy malherido.
Sangre y dolor por Daniela Pardo. La sangre y el dolor de dos hombres. Con su último esfuerzo, Juan Santana clavó el facón en el pecho del rival ...
... mientras se acercaban varios al lugar del sangriento duelo.
¡Dos dijuntos, Santo Cielo! ¡Este parece que vive!
Los dos se libraron de la muerte apenitas. Ahora que, mientras Santana recibía otro severo castigo, que lo privaba de la libertad por dos años ...
... el gaucho afortunado, que tenía en su poder el corazón de Daniela Pardo, se casó con ella y se afincó lejos de Chascomús.
Sólo a vos quise siempre, Gabriel.


Juan Santana volvía a vivir su propio infierno.
(Ya tenís agravios que vengar y desventuras pa'rumiar, Juan Santana.)
Concluyó su para él larguísima prisión, y entonces se hizo a los caminos sin fin de la pampa. Ni una huella de Daniela. Por otra parte, ya no le interesaba. Sentía como si se le hubiera cicatrizado la herida del alma.
En el pago lagunero de Chascomús se habló largo rato de ese muchacho que había perdido la cabeza por la morena de ojos verdes, hija de los Pardo.
¿Juan Santana? ¡Se lo ha tragau la pampa!
Nada de eso. Juan Santana, convertido en matrero de pocas palabras y acción directa, vivía. Su huella, casualmente, era la misma del legendario Santos Vega: un camino junto al mar...
... pero también el cerrado espacio de las pulperías.
A ver, que cante el forastero.
Lo viá satisfacer, viejo.
Cantaba, pero también peleaba. Contra uno. O contra diez. Un joven oficial de la policía -luego importante hombre de la ley en toda la provincia de Buenos Aires- llamado Antonio G. Del Valle, lo estimaba mucho cuando Santana se serenaba.
Así debería ser siempre, hombre. ¿Por qué tan peleador?
En la primera ocasión en que vio al detenido, Del Valle le oyó contestar: -Peleo con las sombras de un pasado traidor.
¿Puedo contarle lo que me pasó hace tiempo?
No hacía mucho tiempo de aquello de Daniela, pero el joven gaucho se sentía viejo.
Pa'serenarme, bebo. Y la bebida es el mesmo demonio, señor.
Por esos días del año setenta y tres, las mentas de Moreira y Hormiga Negra andaban de pulpería en pulpería. Y por los pagos de Chascomús agregaban las de Juan Santana, el matrero.
¡Bravo, nuestro vecino! ¡Peleó contra diez facones!

Una noche de octubre de ese mismo año, y cuando Chascomús se aromaba con las nuevas rosas blancas, llegó un jinete a la pulpería de "Cinco Cruces", que ya no era más de los Pardo.



Lo andaba buscando al viejo Torres, el que le hablaba a los caballos.

Mi pobre zaino anda mal de un garrón. ¿Me lo ve, amigo?

Se quedó en el añejo rancho de don Torres por larga temporada, aunque procuró no hacerle caso cuando el viejo le daba consejos. Juan Santana, el ex-soldado de serenos, ya era otro hombre.



No sólo las ruidosas pulperías de las afueras de Chascomús, sino hasta los cafés céntricos de la localidad, que progresaba tan rápidamente, eran visitados con frecuencia por Santana. Y más de una vez lo cercaron los policías...



...pero él, que había sido uno de ellos, sabía desvanecerse como una luz.

No tiren, que pueden herir a algún concurrente. ¡¡Te volviste a escapar, Santana!!

Hasta que una noche, en los principios del siguiente otoño, uno de particular lo madrugó a Santana, quien perdió dos dedos de la mano izquierda al atajarse el puntazo mortal...



Enemigos y amigos existían por docenas en el largo collar de aventuras del matrero Santana. El mismo que lo salvara de la muerte, lo llevó a curarse a su rancho. Y allí...



Mucho se alegró el benefactor de Juan Santana al oirle decir: –Lo apoyo por haberle mostrado los dientes a Sarmiento.



Estalló la revolución contra Avellaneda, pero Mitre fue derrotado en el combate de La Verde, y desde entonces comenzaron las persecuciones a adictos de Mitre.



¡Dormido tenía que ser! Un sargento del batallón Guardia Provincial maniató a Santana, llevándoselo hacia la ribera del Salado, donde acampaba el coronel Nadal.





Junto al río le remacharon una barra de grillos con tramojo, de las llamadas "ánimas", y lo tuvieron cuatro días con sus noches a la intemperie.

Y no me lo pierda de vista, centinela.

Ese mismo centinela reabrió -sin quererlo- la vieja herida gaucho cimarrón.

¿ Está siguro,mi amigo? ¿ Muerta?

Un drama había ocurrido cerca de Cañuelas, y sus permenores recorrían la campaña. Daniela Pardo, en confusas circunstancias, había sido muerta de un tiro. Ella, que había vivido para el amor, estallando en sus apasionantes ojos verdes, murió luego por un turbio asunto de negocios.

La bala era pa'l marido, pero la recibió ella.





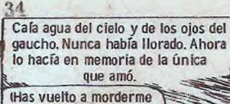
Cuando cayeron las primeras gotas, Santana observó que nadie se le acercaba para quitarlo del cepo. La noche iba llegando -llovía torrencialmente- cuando un soldado lo sacó de su incómoda situación, y poco después...

¿Qué le pasa, Linares?

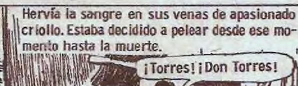


















Estaba amaneciendo cuando reanudó el viaje. LLegó a Gándara eludiendo la inundación. La lluvia no había cesado en casi doce horas. Ocupó un rancho abandonado...

JUAN ARANCIO -65-



...y recién se marchó con las primeras horas de la noche. Por un resero que venía de Chascomús supo que lo andaban buscando nada menos que cuatro comisiones con armas largas. -Y hay orden de llevarlo vivo o muerto.




Santana volvió al rancho abandonado. Su cuerpo, molido luego de tantos días de cepo, necesitaba un largo descanso.


Mientras él dormía, un individuo que lo había visto entrar en ese rancho informó a la Provincial.
Y ahora dígame, mozo. ¿Por qué lo denunció a Santana?
Mi china está enamorada de él sin conocerlo.


Era la leyenda que se agrandaba en la mente y en los corazones de la población criolla de esos tiempos heroicos.
(¡Vamos a terminar con tu fama, matrero!)


Por cierto que el sargento llevaba a su lado a quince jinetes muy bien armados. De otra manera, el pardo Félix Roldán quizá no se le hubiera animado a Santana.


Amanecía sobre los campos inundados.
Aquél debe ser el rancho. ¡Con mucho ojo, soldaus!


Iba subiendo el sol lentamente. Dentro del rancho Juan Santana mateaba, a solas con sus recuerdos, cuanto oyó el ruido de la caballada. Terminó su mate y luego se asomó, viendo la comisión que se acercaba a prenderlo.
(¡Un malón contra un gaucho solo!)


El caballo, ensillado y a resguardo del rocío nocturno, soltó un relincho, como gritando al amo: "Van a prenderte, Juan".
¡No se apure, mi zaino! ¡Si no lo van a llevar a Santana!


No había más angustia en el rostro del gaucho. Si hasta tenía ganas de pulsar la guitarra y cantar un estilo mitrista.
¡Y ya lo estoy haciendo, no más!


Hacía mucho que no cantaba y, tal vez porque intuyó que toda resistencia era inútil, acarició la bordona, sonriendo.
Les viá enseñar cómo procede un gaucho de una sola veta.


Inclinado sobre las cuerdas del instrumento cantó hasta que el sargento Roldán se le acercó.
Venimos a buscarte, Santana.
"...y al bravo mitrista, no hay nadie que se resista."


Miró burlonamente al pardo sargento de la Provincial.
Pa'jusilar a un gaucho siempre hay tiempo, amigo.


Continuó punteando y cantando, aunque dieciséis armas no le sacaban el lúgubre ojo de encima.
Tengo orden de llevarte vivo o ... como sea.







...que fueron cayendo, mientras el pardo Roldán ordenaba nuevas descargas. Un par de minutos después, acribillado a tiros, mordía el polvo.

JUAN ARANCIO


Lo condujeron hasta el cuartel. De casualidad se hallaba en el mismo un joven y talentoso cirujano, que poco tiempo antes se graduara en Roma.
Ahí tiene un caso de muerte segura, doctor Dacchi.
El rubio y sonriente galeno se acercó a la parihuela donde agonizaba Juan Santana.
Por... el amor... de Dios..., amigo.
El médico empezó su larga y difícil operación.
(¡Lo han achurado al pobre!)
A pesar de la gravedad de sus heridas, el intrépido Santana comenzó a mejorar apenas tres días más tarde.
¡Tiene mano santa, doctor!
No. Es la encarnadura de ese gaucho, teniente.
Habían visto un moribundo y ahora reconocían que en unos días más, Juan Santana seguiría siendo tan peligroso como antes de las dieciséis descargas a muerte.
(Me preocupa esa herida cerquita del corazón.)
Veinticuatro días más tarde, Santana fue dado de alta.
Si no se siente bien, dígamelo, Santana.
Me siento como pa'dir a pie hasta Luján y rezarle pa'que tenga larga vida, dotorcito.
Mirando con rencor al moreno sargento Roldán, agregó: -A vos, en cambio, negro mandria, viá tratar de acortarte la vida.
¡Ja, ja, ja! ¡Ya te espera mi pelotón de ajusilamiento!
Mientras aguardaba el "cúmplase la sentencia", Santana lo pasó estudiando una nueva fuga.
(Ahora sería más fácil, sin los grillos maneadores.)
El doctor Dacchi lo venía a ver casi todas las mañanas.
Por un cierto tiempo, nada de andar agitándose mucho, Santana.
Mi dotor, ¿usté cree que lo van a dejar con vida por mucho tiempo al matrero de Chascomús?
¡Juan Santana se hará perdiz en cuantito pueda!
No iría muy lejos, mi amigo. No está completamente curado.

¿Que no lo estoy, mi dotor? Si me siento juerte como un toro. ¡Véla si no!

Exhibicionista, orgulloso de su físico envidiable, trató de alzar una formidable piedra que se hallaba a pocos pasos de él.

¡Ca... nejo! ¡Ha... sido... una... puñalada!

¡Santana!

Quedó de rodillas en el polvoriento piso del cuartel, quejándose de una misteriosa "cuchillada" en el pecho.

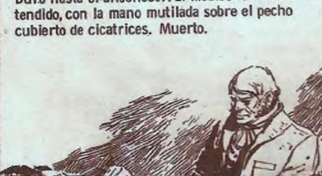
¡Gaucho salvaje! ¡A ver, ayúdenme ustedes!

De una única herida ya no podría sanar el matrero Juan Santana. Una, cerca del corazón, hecha por una bala de fusil, pero que por lo honda y brava parecía trabajo de brujas.

Me siento... flojo... como un ternerito, mi dotor.

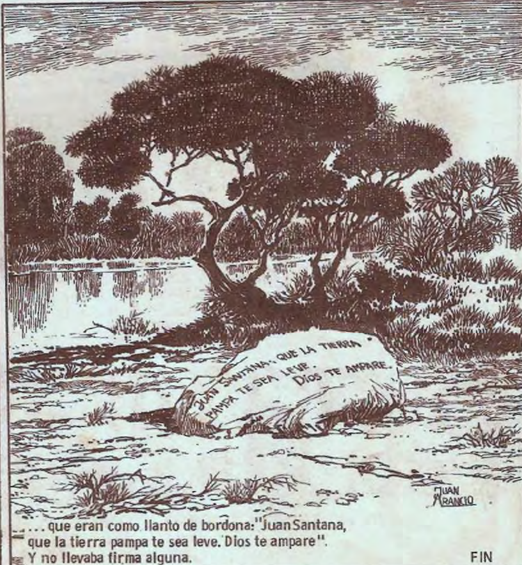
Algo malo debió entrever el gaucho, porque rechazando un calmante dijo con esfuerzo: -Déjeme... morir como... un valiente..., dotor.- Y ahogó el gemido que le naciera en el alma.

Duró hasta el anochecer. El médico lo encontró tendido, con la mano mutilada sobre el pecho cubierto de cicatrices. Muerto.



Lo llevaron al viejo cementerio de la laguna, y poco después un poeta de la comarca -tal vez un gaucho bravo como él- dejó caer una piedra sobre la tierra reseca que aprisionaba los restos de Juan Santana. En el áspero y gris epitafio se encerraban estas palabras...





... que eran como llanto de bordona: "Juan Santana, que la tierra pampa te sea leve. Dios te ampare". Y no llevaba firma alguna.

FIN

CONCURSO

"intervalo ALBUM PIENSA EN LOS NOVIOS"





"INTERVALO" ALBUM VISITO A LOS NOVIOS DE MENDOZA

Días pasados los ganadores de la última zona del concurso que realizó "INTERVALO" ALBUM, señorita Erilda Virginia González y señor Hugo Hebert Cabrera, fueron visitados en Mendoza a efectos de hacerles entrega del premio obtenido.

En la presente nota gráfica puede verse a la feliz pareja de novios y al señor Cosme A. Chillemi y señora, quienes fueron los encargados de entrevistarlos en nombre de COLUMBA S.A.

¡ERILDA Y HUGO, MUCHISIMAS FELICIDADES!







EL TRUST DEL DELITO

Por BIX FOSTER

DIBUJOS DE TAGGINO

Ni Carlo Relli, ni Aldo, un comisario retirado, investigadores privados, habían conseguido hacerse ricos. Aldo se marchó a Roma, y Carlo quedó en la triste oficina de Verona, pensando en Zita, la novia.



Zita lo aguardaba en su casa de Verona, con la ropa lista para el casamiento.

Estoy mal de dinero, querida. Esperemos un poco más.

Desesperaba de lograr una tarea remunerativa, cuando lo llamaron del directorio de la Berti Seguros, de Padua.



¡Era una gran suma de dinero! ¡La mayor que podría ganar jamás!



Tiempo antes, un par de forajidos de la pequeña y escurridiza banda denominada "Los internacionales" habían sido condenados a quince años de prisión.



Los directores de la compañía aseguradora creían que tanto Timo Bulger, como Rai Sahib, podían conocer el paradero de una fortuna en joyas, robada a una familia de Padua.



Timo Bulger, especialmente. Carlo debía ingresar a la misma cárcel donde se hallaban Bulger y Sahib en calidad de condenado a diez años.





Estaba dispuesto a cualquier clase de sacrificio por Zita. Así fue como ingresó en la cárcel de Padua. El director, Larini, lo iba a ayudar tratándolo particularmente mal.

Era muy difícil entrar en amistad con Bulger y Sahib. Este era huraño y desconfiado. Timo Bulger, individuo fuerte como un toro, era la vanidad llevada al máximo.











Un guardia se había vendido. Dino llevaría un arma, y, ya afuera, contarían con el apoyo de uno de sus secuaces.

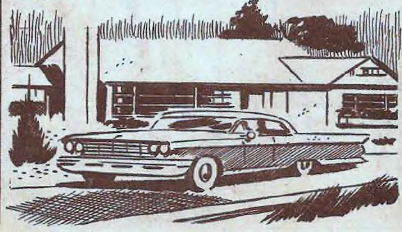


Rai Sahib se limitaba a escuchar y a observar a Dino, un tipo que no terminaba de conformarlo.

¿Qué me miras, idiota?







... debía ocupar un importante sitio en la banda, pues tuvo algunas opiniones que Bulger y Sahib escucharon atentamente.



Loli Carvich repartió las habitaciones. Después hizo un par de misteriosos llamados telefónicos. En el ínterin había dispuesto la mesa. Bulger cantaba en un idioma raro.



Los primeros en llegar esa noche fueron Guido Badio y una mujer. El suelo pareció desaparecer bajo los pies de Carlo al verla. Se la presentaron como "Tati"...



... pero ella ocupaba un lugarcito en los recuerdos del pesquisa como Valli Ross, de Génova. Relli era un simple policía y defendió a la muchacha del ataque de un rudo mozo.



¿Recordaría ella aquel episodio de cinco años antes? Por el momento no daba la sensación de recordarlo, pero, luego de la cena, cuando bailaban una pieza...



Dino trató de mostrarse de acuerdo a su fama de tipo áspero y muy poco civilizado.



Ninguno de los presentes la llamó por su verdadero nombre. Loli hablaba mucho.



Soltó una estridente carcajada y agregó: -Juntaremos un poco de dinero para los próximos gastos.



Iban a dar un golpe de poca monta. Estaban por retirarse cuando llegó Uberto Zuk. Más que un hombre parecía un hipopótamo. Era dueño de varios clubes nocturnos...



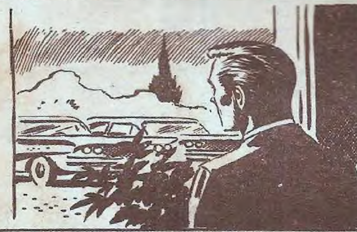
... y su vinculación con Bulger era importante, al parecer.





















Lo notable del caso era que allí nadie sabía dónde Timo ocultaba las joyas robadas tiempo atrás. Estaban junto al jefe por esa causa. Timo Bulger tendría que repartirlas tarde o temprano.





El plano pertenecía a la compañía Maselli de Verona. Una planta industrial que iba a recibir la visita de los bandidos.



Carlo se felicitó por haber conseguido la protección de Timo. Los ojillos de Sahib lo miraron con envidia.



Pero, mientras Bulger estuviera allí, sólo su voz era la que valía. Carlo procuró recordar los detalles del plan delictuoso.



Carlo se animó a abrir la boca: -Nunca estuve en Verona. Me gustaría dar un vistazo a esa planta industrial.



Carlo regresaba a su habitación, cuando vio a "Tati". Algo buscaba en el amplio hall atestado de cosas y muebles. La mujer dio poca importancia a la presencia de Carlo.



Loli Carvich se reunió con Bulger en el momento del desayuno. Bajó mucho la voz para preguntarle por las joyas. El sonrió.



El resto de la mañana lo pasó Bulger limpiando cuidadosamente las quince o veinte cañas de pescar de su propiedad. Cerca de el, Loli lo observaba.



Los interrumpió la llegada del muy acicalado Guido Badio. Estuvieron conversando cerca de una hora. Traía una noticia que intranquilizó a Bulger. La policía buscaba a Loli Carvich.



Esa noche, Badio dejaría a Dino Guzatti en Verona. Bulger había aceptado como buena la idea de su compinche.



Badio se limitó a contestar: -Puede ser .- Bulger advirtió la envidia que el presuntuoso secretario de Uberto Zuk sentía por Dino.



Esa tarde Carlo tomó asiento en el automóvil que conducía Guido Badio. En mitad de camino hizo detener el coche.



Carlo hizo su llamado. Lleno de estupor escuchó al representante de Berti Seguros diciendo: -La compañía lo deja desde ahora por su cuenta y riesgo, señor Relli .



El pesquisa regresó al automóvil. El elegante canalla lo miraba fijamente. -Sigamos- ordenó Carlo.

(¿Así que me dejan solo en la patriada? ¡Está bien!)



No era la primera vez que se las veía negras en su arriesgada profesión. De hallar las joyas robadas, la "Berti" pagaría lo convenido.



Había una hora de coche hasta la planta industrial. Tenía a su lado a una verdadera víbora. Una vez Carlo intentó iniciar una conversación, y el otro le contestó: -No hablo con desconocidos .



El auto se detuvo en un camino poco transitado. Eran las ocho y treinta cuando Carlo descendió. Llevaba documentación a nombre de Vito Plinio, operario que recién empezaba a trabajar.



¿Qué desea, señor Plinio?

No puedo perder mucho tiempo. Escúcheme atentamente.

Había una jugosa recompensa por las cabezas de los evadidos. El policía de la planta industrial podría llevarse esa suma si actuaba sincronizando sus movimientos con Carlo.

Sin embargo, éste vio cómo el hombre extraía un revólver y le apuntaba al pecho.

Si no me hace caso, esta misma noche Bulger y Sahib les llevarán el dinero de la caja fuerte.



Carlo comprendió que ese hombre estaba muerto de miedo, y por lo mismo era fácil de dominar. Lo desarmó rápidamente.

Ahora escúcheme. Le repito que soy tan policía como usted.



Agregó: -No le he contado ningún cuento de hadas. Si sigue mi consejo, podrá detener a esos peligrosos tipos.

¿Y usted, mientras tanto?

Yo tengo mucho que hacer. Y no aquí, sino en otra parte.

El guardián movió la cabeza muy intrigado.



De acuerdo. Me ha convencido. ¡Buena suerte!

La misma que le deseo a usted.

Dino Guzatti estaba otra vez frente a las heladas pupilas del compinche. Los dos se miraron durante un largo segundo.



Un fulgor de odio escapó de las pupilas grises de Guido Badio. "¡Que éstos te maten es lo que deseo!", pensó.



Verona. La ciudad donde vivía Zita. Las luces, a lo lejos, dieron tristeza al pesquisa. ¡Allá estaba ella, esperándolo!



Puso la mano en el bolsillo y tropezó con ese sobre. Esa tarde Carlo había explicado en un papel su situación y lo que pensaban hacer esos bandidos, luego del robo.



Ya desesperaba de lograr su oportunidad cuando Badio dijo que iba a detenerse en casa de una persona de su amistad. Respondió: -Lo esperaré .

No tardaré más de una hora.

Era un barrio antiguo pero elegante. Cuando Badio se introdujo en una de esas fincas, Carlo arrancó, dirigiéndose a una taberna de absoluta confianza.



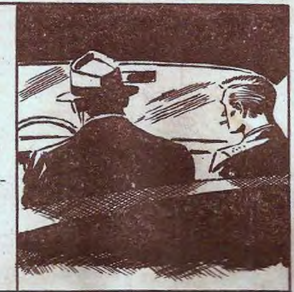
El pesquisa impidió que el hombre soltara sus efusividades.



Carlo exigió el mayor silencio al conocido.



Desde que partió hasta su retorno había demorado veinticinco minutos. Aún esperó media hora más. Lo vio llegar casi sonriendo. Al retomar el volante miró de soslayo a Carlo. Este le volvió la cara...



... e instantes después el auto partió a buena marcha.

(¡Creo que vamos a divertirnos, amiguito!)

Le extrañó que ese amargo de Badio cantara una canción entre dientes. Y en cuanto se abrió la puerta...



Oyó a Rai Sahib exclamando: -¡Su vieja conocida, pesquisa! -a tiempo que un revólver surgía frente al corazón de Carlo.



¿Qué había sucedido inesperadamente? "Tati" habló luego que Badio le dijera: "Una amiga tuya te descubrió el secreto. O dices quién es ese Dino Guzatti o tu cabeza irá a parar al río".



La amenaza hizo olvidar a Valli Ross que ese policía la había ayudado delante de un energúmeno años antes.



Felizmente, el agresivo carácter de Timo Bulger lo salvó de una muerte inmediata, aunque recibió fuerte castigo.



Bulger iba a sacar el revólver, pero la voz de Loli Carvich lo contuvo: -¡No, Timo! Si lo liquidan en este momento, no será bajo este techo.



Señalando a "Tati", ordenó: -¡La encierran también! Luego veremos si no tiene vinculaciones con algún otro policía.- La pobre mujer gritó, y Badio la desvaneció de un golpe.



Bulger volvió a acercarse al ex Dino Guzatti, propinándole un terrible puntapié. Ya Sahib había concluido con su lazo de extraño estilo. Alcanzó la punta del mismo a Loli.



Minutos más tarde, ninguno de los bandoleros estaba en la finca montañesa. Loli Carvich sostenía en sus manos un revólver. Al despertar, Carlo advirtió que su situación no había mejorado.



Menuda sorpresa iban a recibir "Los internacionales".



Loli le dirigió una fría mirada y murmuró: -Siga quieto.- Durante un minuto permaneció inmóvil, pero entonces repitió: -Un poco de agua.



Volvió a gemir por un vaso de agua. Y lo consiguió. Cuando el agua llegó a su garganta, el cañón del revólver le apuntaba a la cabeza.



Cuando se sintió repuesto, comenzó a idear un plan. En cuanto los otros regresaran, lo iban a liquidar.



-Van a volver todos a la cárcel. Van a una celada. No sé si saldrán con vida de ella.- Logró sobresaltarla.



Loli Carvich se puso de pie, muy intranquila.



Había dado en el clavo. -¿Las hallaste?- Eso dio a Carlo la pauta de que solamente Bulger conocía el escondite de esas joyas.



Se produjo un largo silencio. Ella paseaba por la estancia como fiera enjaulada. Y de pronto dijo: -Bravo, sabueso. ¿Dónde están las joyas? -La respuesta tiene un alto precio, Loli. Mi vida.



Por eso se había unido a la banda. Guido Badio le dijo una noche que Bulger iba a apoderarse de algo valiosísimo. Ella conocía al asaltante checo. Desde entonces fue su inseparable compañera.



Zuk, Badio, Sahib y Loli Carvich esperaban que, al huir de prisión Bulger, como agradecimiento, repartiera el fabuloso botín. Ni una palabra al respecto había dicho el poderoso Timo Bulger.



Loli cortó las cuerdas sin abandonar el revólver.



Fue entonces cuando Carlo se lanzó bajo el sofá. Y con el cuerpo lo volcó, arrastrando de paso una mesita. Ella apretó el gatillo por dos veces. En una tuvo suerte. La bala alcanzó a Carlo en una pierna.



Antes de llegar a la tercera detonación, ya había quedado desarmada. Se defendió como una víbora. Un minuto después había sido derrotada.



La amordazó y ató con mucha eficiencia. Se le presentaba la ocasión de poder revisar hasta el último rincón, sin enemigos a la vista. Y así lo hizo.



De pronto sus ojos se posaron en las cañas de pescar. ¿No era extraño el enorme cariño que por ellas sentía Timo Bulger? Tomó una. La examinó cuidadosamente.



Tuvo una idea luminosa. Alzó la caña y la descargó violentamente contra una firme estatua de piedra. La caña se quebró, dejando caer...



Brillaban sobre la alfombra unas cosas pequeñas que se parecían a diamantes. ¡Eran diamantes!



Timo Bulger había imaginado un buen truco. Fue ubicando unas pocas gemas dentro de cada una de las cañas de pescar de su propiedad.





Cuando terminó su tarea, no pudo menos que reir ante el insólito espectáculo de las cañas rotas.



Fue entonces cuando se acordó de Valli Ross. La buscó hasta encontrarla. La joven lloraba de alegría. -¡Nunca cometí delitos!



Inmediatamente pensó en su novia. Muy recuperado, Carlo trató de hallar el aparato telefónico, pero estaba visto que alguien lo había ocultado. No podía quedarse en ese sitio.





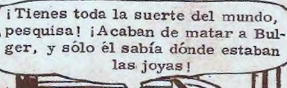
Se hundió en las sombras protectoras. Su misión, en parte, había terminado. En ese momento vio pasar un automóvil...

... reconociendo a Badio a cargo del mismo. Dio media vuelta y corrió hacia la guarida. Cuando llegó, Guido Badio estaba abriendo la puerta y llamando a Loli Carvich. La pierna herida...



... molestaba mucho al pesquisa, pero las manos las tenía sanas y con ellas sostuvo el revólver que llamó a sosiego al canalla.







Badio se enceguecio de furia viendo las gemas. -¡Quieto y camina, castigador de mujeres.- Y en nombre de pobres mujeres, como Valli Ross, descargó un violento golpe en la mandíbula de Guido.



En Verona, un jefe de vigilancia fabril se había llenado de gloria. Se lo debía a Carlo. Pero todo se supo, y los cronistas llegaron en bandadas hasta la cama de Carlo...





... quien, desde el momento de su internación, tenía a su lado un par de cosas realmente alentadoras. Su novia Zita y el cheque millonario que la Berti le entregó.

FIN

RINCÓN ALEGRE

- ¡Cuidado, Federico! Te estás comiendo el control remoto.

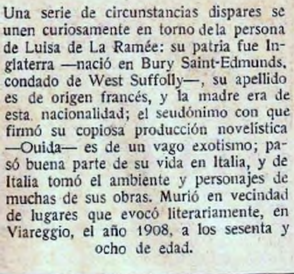
- ¡Qué inteligente es mamá! Ya va a hacer imprimir las participaciones.

- Quiero recordarles, señores, que mi padre continúa estando presente en las reuniones.

PEPISTRELLO

Por OUIDA

ADAPTACIÓN Dibujos de PÉREZ del CASTILLO


Una serie de circunstancias dispares se unen curiosamente en torno dela persona de Luisa de La Ramée: su patria fue Inglaterra —nació en Bury Saint-Edmunds, condado de West Suffolly—, su apellido es de origen francés, y la madre era de esta nacionalidad; el seudónimo con que firmó su copiosa producción novelística —Ouida— es de un vago exotismo; pasó buena parte de su vida en Italia, y de Italia tomó el ambiente y personajes de muchas de sus obras. Murió en vecindad de lugares que evocó literariamente, en Viareggio, el año 1908, a los sesenta y ocho de edad.

Soy Pepistrello; nada más: algo como uno de esos guijarros pequeños, redondos y obscuros que el viento impele hacia el lecho del Tíber. Pepistrello el juglar, el bufón, el acróbata, el luchador, el hazmerreír de la gente, que salta, corre, da vueltas, se burla de sí mismo, y de quien todo el mundo se burla también...



Sólo soy Pepistrello; tengo veinticinco años, soy muy fuerte y bastante bien parecido (las mujeres lo han dicho). Puedo saltar y correr mejor que nadie; puedo romper una barra de hierro con la facilidad con que los demás rompen un bastón, y puedo arrancar de raíz una encina, sin mucho esfuerzo. Sí, soy muy fuerte, soy joven; mi madre vive aún..., y yo debo morir en el cadalso. Esto es todo.





Si nada se interpone, me decapitarán. Y es seguro que nada se interpondrá. Sólo soy Pepistrello. La gente me quiere, es cierto, pero no es una razón para que se me perdone. Y, además, yo no aceptaría el indulto. Vienen a verme todas esas gentes que tan bien me conocen. Algunas sollozan. Las mujeres lloran todas; un niño de corta edad me tiende su blanda manita a través de los barrotes.



La gente de esta vieja ciudad de Orte me conoce bien. He recorrido toda la comarca, en todas direcciones. No había allí jamás fiesta o feria alguna en la cual no estuviera yo, Pepistrello. Es una vida agradable la del acróbata, creedme; toda la vida es buena y llevadera cuando se pasa en el seno de la naturaleza, con los pies libres para correr y los labios libres para cantar.

Mi padre había llevado la misma existencia. Murió repentinamente, con la espina dorsal quebrada en de- de resultas de la caída de un trapecio, mientras divertía a las buenas gentes de Génova. Yo era entonces muy pequeño; me vestían con un trajecito lleno de oropel y de colores, y pasaba de mano en mano, como una pelota.



Mi madre era suave, amable, joven, plena de ternura para los suyos, pero desconfiada con los extraños. Mi padre, que la había hallado en Etruria, en una familia muy pobre, la amaba y la trataba con una veneración extrema. ¡Ella era tan pura y tan honesta!... ¡Pobrecita! Hoy tiene los cabellos blancos, y me dicen que desde hace ocho días la razón la ha abandonado.



Cuando mi padre murió en la forma que dejo dicha, se apoderó de mi madre un odio intenso hacia nuestra profesión y género de vida. Rompió los lazos que la unían a nuestra compañía circense y, tomando el poco dinero que tenía, huyó conmigo y se refugió en la ciudad de Orte, donde a la sazón vivía su madre, viuda de un tejedor. Mis compañeros quisieron retenerme, a pesar de mis cinco años, pues yo era ágil, valiente, y no me inquietaba ser arrojado al aire en los ejercicios acrobáticos.



En Orte, mi madre y mi abuela vivían en una casa que daba sobre el río; una casa con grandes arcadas, con ventanas de reja en los espesos muros. Mi madre era entonces tan joven como hermosa, de una hermosura pálida y seria. Me sonreía a veces; mas nunca la vi reír. Jamás rió desde el funesto día en que un hombre cayó al suelo, en medio de la muchedumbre, a orillas del mar, en Génova, como cae muerta un águila del cielo, rígida, fulminada.





Mi madre continuaba amando a aquella pobre águila muerta. Era bella, repito, bella como una madona de nuestros pintores clásicos; era laboriosa, y todo el mundo sabía que heredaría el pequeño prado y la vaca que mi abuela poseía en los alrededores de la ciudad. Mi madre tenía, pues, muchos pretendientes. Todos ellos me adulaban, me daban tomates, higos, frituras, juguetes; pero mi madre no los miraba jamás. Sus ojos, preñados de lágrimas, no podían alzarse para mirar a otro hombre.



Continué creciendo al lado de mi madre allá donde el Tíber se dora a los rayos del sol saliente y se desliza con su pesado oleaje amarillento bajo las ramas de los sauces llorones. Yo me desarrollaba al calor de los ardientes veranos como una joven espiga de maíz; guiaba la vaca al prado, cortaba juncos y leñas, y...

...era feliz, a pesar de qué mi madre me enviaba a casa de un anciano sacerdote para que aprendiera algo. Quería hacer de mí un religioso. La sola idea de ello me hacía estremecer. Me gustaba trepar a las encinas y balancearme en sus ramas escalar techos, torres, mástiles de buques. ¿Qué atractivo podía tener para mí el hábito de monje o la celda blanqueada de cal?...



¿Sacerdote yo?... ¡Qué idea! No podía olvidar los días en que mi padre me lanzaba al aire como una bola humana. Tenía yo entonces, cuando más, cinco años; pero ya sabía lo que era embriagarse con los hurras del público, y no sólo no podía olvidarlos sino que además los evocaba llorando. El que ha oído una vez la voz de la multitud que lo aplaude, que lo aclama, no puede vivir ya sin eso. Hijo de acróbata, yo no podía permanecer tranquilo en un banco de escuela, como el hijo del panadero o del carnicero. Parecía...





...que toda la vida se movía en mí, temblaba, saltaba, me estremecía a cada instante, como las alas de la golondrina en el momento en que debe partir hacia otros cielos y el ansia del sol se apodera de su pequeño ser. Amaba a mi madre con toda la fuerza de mi alma; pero, no obstante, al salir diariamente hacia la casa del sacerdote, con mis libros a la espalda, pensaba: "¿Estaría muy mal hecho que arrojara los libros al Tíber y tomase la calle por mi cuenta?"...



Y de cuando en cuando optaba por esto último, recorriendo la campiña de Orte como una liebre, escalando muros, robando fruta, saltando las bajas paredes de las iglesias, arrancando las veletas de los campanarios, haciendo mil y una diabluras; pero siempre volvía al lado de mi madre, con el sentimiento íntimo de que sería una cobardía abandonarla. Como si ella...

. . . leyera en mi pensamiento, solía interrogarme, temerosa.
—¿Me prometes que serás siempre prudente y sereno, Peppo?





Pero ¿puede un ave prometer que no volará cuando está aspirando los perfumes de la primavera? Yo no quería desobedecer, pero diez minutos después me hallaba en lo alto de una torre, con palomas que giraban en rápido vuelo alrededor de mi cabeza. ¡Y qué bien estaba allí! . . . Abajo, toda . . .

. . . la antigua ciudad, brumosa, pequeña; los hombres y las mujeres, semejantes a hormigas que entran y salen de sus hormigueros; el histórico río, como una cinta amarilla y planchada; y las tumbas, como los palacios, apenas visibles entre nubes de polvo.



Cuando fue inevitable reconocer mi absoluta falta de vocación religiosa, mi madre quiso hacer de mí un escribano. Lo dispuso de acuerdo con mi abuela, y con el consejo de un abogado que se ocupaba en embarullar, siempre que podía, los asuntos de sus vecinos. Era el tal letrado un viejo pícaro; mi madre lo ignoraba y lo creía llamado a ser el ángel guardián de mi juventud.



¡Pobre madre! Quería estar segura de que yo no correría los riesgos de mi padre, de que siempre me vería con el plato de "minestra" ante mí . . . Un día de Pascua, en la ciudad de Orte, la suerte se encargó de hacer de mí otra cosa.
En aquella hermosa mañana
oí sonidos de pífano, ruido metálico de platillos, gritos de pilluelos y el redoble de un tamborcito.





Era una compañía de acróbatas que recorría la comarca. Se situó en medio de la plazuela, abrasada por el sol y rodeada de viejas casas medio ruinosas. Orte estaba de fiesta. Antigua, desteñida, abandonada . . .



. . . del mundo, como lo está desde hace siglos, se había hermoseado con palmas, flores y ramas de sauce; y la muchedumbre honesta, alegre, endomingada, que recorría sus calles y llenaba sus templos y sus tabernas, acudió después al espectáculo y rodeó a los artistas. Yo también fui. Era en el mes de abril, y en las orillas del Tíber, cuyas aguas se habían engrosado con los desbordes del invierno, veíanse las flores azules de las habichuelas, en contraste con el rojo vivo de las amapolas en los trigales.

Se aspiraba la fragancia de las flores y de las hierbas que crecen en todas partes. Las embarcaciones permanecían quietas en el río, en medio de los sauces. El silencio de la tarde veíase interrumpido por las trompetas y timbales del circo . . . Me dirigí hacia éste como una mariposa nocturna va hacia la luz.



Mirando el espectáculo, yo me estremecía, y reía y lloraba en éxtasis. ¡Hacía tantos años que no veía a mis hermanos! . . . ¡Mis hermanos! Lo eran todos los juglares, todos los titiriteros, todos los acróbatas, todos los artistas.




La brillante compañía, que había venido a divertir a nuestra antigua ciudad, se componía de un viejo con sus hijos, que eran cinco jóvenes, hermosos y fuertes. Se subían uno sobre otro, formando una pirámide humana, rompían barras de hierro y, en fin, hacían todo lo que mi padre en otra época. Yo los contemplaba fascinado, ebrio de gozo, casi enloquecido por un torrente de recuerdos que me embargaba a cada gesto de los artistas.


¡Y mi familia quería destinarme al antro de un notario!... Pensándolo, devoraba con la vista a aquellos hombres que me parecían tan felices, con sus cuerpos cubiertos de mallas de color carne, sus pantaloncitos de terciopelo y sus chaquetillas de brillantes bordados. —¡Llevadme con vosotros! —les grité de pronto con toda la potencia de mis pulmones.


El viejo me miró y, concluídos sus juegos, pasó por sobre la cuerda que limitaba el redondel y se lanzó sobre mí, para abrazarme mientras preguntaba: —¿Qué veo? ¡Eres tú!... ¡El pequeño Pepistrello!


Sólo entonces reconocí a aquel hombre: había sido camarada de mi padre. Cuando su compañía salió de Orte, partí con ella. Mi madre, que lo ignoraba todo, dormía aún, cuando, al despuntar el alba, me deslicé sigilosamente fuera de la casa y me uní a mis nuevos amigos. Era una mala acción, lo reconozco; pero los acontecimientos me vencían.

Al viejo no lo inquietaba el aspecto moral de mi aventura. Veía en mí un atleta que le daría fama y escudos, y su conciencia no exigía más. En cuanto a mí, no ocultaré que a veces sufría las punzadas del remordimiento y lloraba. Al pasar delante de alguna cruz del camino, temblaba de miedo; pero...



...continuaba mi fugitiva ruta, y, pese a todo, mi clásico traje de lentejuelas me hacía dichoso. Cuando estuve bien lejos de Orte, escribí a mi madre.



Ella comprendió que ya no podría alcanzarme y se resignó. Yo procedía con el egoísmo característico de los niños: la infancia tiene poco corazón; es más cruel, más severa, más despiadada que la vejez.



Yo me sentía lleno de vigor, mimado por el éxito. Aquellos hombres cumplían su palabra de enseñarme sus habilidades, y pronto sobrepasé a mis maestros en destreza y en temeridad, y me convertí en la gloria de la compañía. Durante los veranos...

...recorrimos las vastas llanuras de la Lombardía, las montañas de la Toscana. En invierno...



...pasamos a Roma, a Nápoles, a Palermo, deteniéndonos en cualquier parte donde el sol brillaba y el pueblo mostraba deseos de reír. De tiempo en tiempo, yo pensaba en mi madre y le enviaba dinero. Al ver una madona, me estremecía, pues todas las madonas tienen la sonrisa de las madres buenas.





Pero no volví al hogar. Llegué a ser Pepistrello el campeón, un joven Hércules con traje tachonado de estrellas en vez de la piel de león del héroe legendario. El niño de Orte se había transformado completamente.



Yo llevaba, en aquella época, una vida bulliciosa y alegre, como en sus tiempos la había llevado mi padre. La diferencia estaba en que a mí me deleitaba hojear libros, sobre todo novelas, y mi padre nunca tuvo afición a la lectura. Tampoco había observado él prácticas religiosas, a las que yo permanecía fiel, por respeto a mi madre.



Ganaba bastante dinero y lo gastaba con igual rapidez. Jamás fui vicioso, ni jugador, ni gran bebedor; sin embargo, mis lindas monedas de oro volaban de mis manos, pues mi natural era alegre y me gustaba compartir mi alegría.



Por lo demás, en Italia se necesita poco para ser feliz. El aire y la luz y las suaves brisas y el calor del mediodía; un puñado de maíz o de uvas; una guitarra vieja; un rincón para dormir cerca de una fuente que susurra en su lecho de musgos y mármoles: todo esto basta en el país del cielo azul. No es difícil tener cuanto acabo de nombrar, aun siendo pobre. Jamás lo fui en grado superlativo; quizá por eso no apreciara el dinero, y siempre que el oro sonaba en mi faltriquera...

...invitaba a toda la compañía y a la mitad de la aldea donde nos halláramos, y reíamos y jaraneábamos hasta que salía el sol. Jamás fui otra cosa que un hombre que salta y lucha y levanta del suelo un toro con la facilidad con que otros hombres alzan un niño.



Es posible que para los sabios esa vida sea la de los imbéciles, y para los santos, la de los impuros. Mas yo había nacido para ella, y ninguna otra me habría sido posible. Cuando, después de algunas buenas funciones, el dinero había llovido sobre mí, estaba yo en condiciones de aliviar un corazón que sufría, llenar un estómago hambriento, complacer a un niño o dar un lecho de paja a un perro abandonado. Entonces yo era feliz. ¿No era eso suficiente para un pobre acróbata?





Cuando el viejo murió, sus cinco hijos tuvieron tan ásperas desavenencias entre sí que llegaron a hacer uso de las armas. Me separé de ellos, fastidiado de sus riñas, y a mi turno me convertí en jefe de una pequeña compañía de mocetones, todos jóvenes, menores que yo. Estábamos a la sazón en el mediodía, donde reinan las pasiones y la pereza. Allí...



...me había tratado bien la suerte. Por la tarde, concluido nuestro espectáculo, yo cantaba en público y hasta improvisaba a veces, haciendo fácilmente reír o llorar al sencillo auditorio. Alguien que me oyó entonces me dijo que podría llegar a ser un gran cantor y un verdadero poeta. Pero yo nunca he sido más que Pepistrello, un poco holgazán, bohemio hasta la medula.

Teníamos el propósito de conocer toda Italia, de Sur a Norte, y, exhibiendo nuestro arte aquí y allá, atravesamos la Basilicata, la Campania y el viejo país del Lacio, hasta que en una noche de julio nos encontramos sobre el camino de Orte. Mis rodillas temblaban; un sentimiento dominaba mi emoción: ¿encontraría viva a mi madre?





Dejé que mis compañeros se refrescaran fuera de la ciudad, y marché solo. Pronto encontré la calle, la casa, las ventanas sobre el río, los ennegrecidos muros. Una anciana, muy achacosa, sacaba agua en un cántaro de bronce.

SONRÍA



- Le dije, profesor, que su teoría no iba a resultar.

No reconocí a aquella mujer; pero ella, al verme, dejó caer la vasija y se arrojó en mis brazos con un grito desgarrador. Sólo entonces supe que era mi madre.



Cuando pude darme cuenta de lo mucho que había envejecido la pobre esos años, para mí de inconsciente alegría, valoré también la magnitud de mi falta. Mi madre nada me reprochó; llorosa y trémula, no cesaba de repetir: —¡Hijo mío!... ¡Dios sea loado!...



Por la noche quise dormir en el angosto lecho de mis sueños infantiles. Parecíame que aquella cama me purificaba de mis malas acciones; de todas..., excepto del pecado imperdonable que había marchitado la juventud de mi madre.



A la mañana siguiente abrió los cajones de una vieja cómoda y me mostró todo lo que yo le había enviado en mis años de ausencia.
El dinero estaba allí, íntegramente. —Yo quería tener a mi hijo... —susurró mi madre.





A su pedido, la acompañé a misa. Durante el oficio divino observaba yo su cuerpo encorvado y sus cabellos blancos, y me sentía tan culpable como si le hubiera dado muerte. ¡Yo no podía devolverle la juventud!... —Es mi hijo, sí; es Peppo —decía a sus vecinas, en voz muy baja. Y en su acento se mezclaba la alegría de tenerme a su lado con la vergüenza que le inspiraba mi profesión.

Pero la ciudad no pensaba así. Orte quería verme, Orte había oído hablar de su Pepistrello, de su niño terrible, que en otro tiempo robaba castañas y escalaba muros, y que ahora tenía fama de ser el hombre más fuerte del país. Después de la misa, Orte me pedía una exhibición.



Yo había dejado en la taberna del camino, con mis camaradas, el traje recamado de estrellas de oro y los aparatos de mis juegos, pues sabía con qué dolor los vería mi madre. Pero Orte, medio adormecida en aquel día de calor sofocante, día tan largo, tan vacío, pues era un día santo, en que la gente no osa divertirse ni trabajar; Orte, mi pueblo, reclamaba un espectáculo. Yo también deseaba mostrarle de qué era capaz su Pepistrello.





Cuando bajó el sol y el aire fue menos cálido, reuní a mi compañía y en un terreno baldío de las afueras de la ciudad organicé la función. Orte aplaudía alrededor de mí, como si Pepistrello fuera un rey o un héroe. Y yo me sentía feliz, porque había ahogado mis remordimientos en el gozo del triunfo.



Ejecuté mis pruebas con lujo de gestos y ademanes. La ciudad me aplaudía con delirio y gritaba su admiración a plenos pulmones. Al fin llegué a mi ejercicio favorito, el más atrevido, el de mi viejo amo, que formaba con sus cinco hijos la pirámide humana. Yo la hacía con mis siete camaradas, y el de la cúspide sostenía en sus brazos...

...al pequeño Febo. Era éste un hermoso rapazuelo, de cuatro a cinco años, a quien habíamos llamado Febo tanto por sus rubios cabellos como por haberlo hallado un mediodía, a pleno sol, en los alrededores de Bari. Encantaba al público, y nunca consideré que procediéramos mal al incluirlo en nuestros juegos. El niño se divertía.





Aquella tarde, yo me mantenía rígido, sosteniendo la pirámide de que Febo era el vértice. Había hecho ese ejercicio un centenar de veces. No ofrecía ningún peligro. De pronto, en la luz dorada del Poniente entre ...

...los mil rostros de la multitud, mis ojos encontraron la mirada de una mujer. Me llegaba a través del polvo que el sol teñía de rojo, como un ensangrentado campo de batalla. Había en ella una expresión misteriosa.





Me estremecí. Tambaleé ligeramente... En un instante recobré mi posición; pero los hombres que yo sostenía se habían asustado, sobre todo el séptimo, el que estaba más arriba. Sin darse ...

SONRISITAS



- No seas tonto y apúrate a comer el guiso antes de que Tom despierte.



- No rezongues, papá. ¡Al fin vino el electricista!

. . . cuenta, instintivamente, abrió los brazos, y Febo cayó como una manzana desprendida de un árbol. Los hombres fueron descendiendo, confusos y cabizbajos, aturdidos, sin saber lo que hacían. La muchedumbre rompió la cuerda que limitaba el redondel y nos rodeó. Me incliné y recogí el cuerpecito de Febo.



Febo estaba muerto. Tenía fracturada la base del cráneo, y sus blondos rizos llenos de arena. Aquello era horrible. La gente se agitaba en torno como un océano durante la tempestad. Me hablaban, pero yo no oía.



Recogí aquel montoncito de carne maltrecha y lo llevé en brazos a casa de mi madre. Ella estaba en casa, sola como lo había estado diez años. Cuando vio el cadáver en traje de lentejuelas, comprendió todo lo ocurrido.



—¡Otra vida más! —exclamó sordamente. Colocó el cuerpecito sobre sus rodillas y lo hamacó suavemente, como si estuviera vivo. Con mano cariñosa limpió los dorados cabellos y dijo, lentamente, como si hablara consigo misma: —La muchedumbre acude a esos espectáculos con la esperanza de ver morir a alguno de los artistas... Ahora ha sido este niño... ¡Qué crueldad, Dios mío!



Salí de la casa desesperado. Tenía la muerte en el corazón. Me parecía que yo era el asesino de Febo, la inocente criatura que había recorrido con nosotros diversas rutas, riendo y retozando sin cesar.

—Yo no soy culpable—explicaba ansiosamente a mis camaradas—; no he sido yo... Aquella mujer que me miró... ¡Cuán hermosos y sombríos eran sus ojos!...



El deseo punzante y mortificador de volver a verla se apoderó de mí, más vivo que la pena causada por la muerte del niño. La hubiera seguido; pero ¿adónde? ¿Quién era? ¿Dónde encontrarla?... Toda la noche continué viéndola ante mí, como un espectro flotante en las tinieblas, mientras el pequeño cadáver permanecía sobre mi cama. En su pecho y a los pies había lirios blancos. Junto a él, mi madre había encendido...



...una vela que atraía a las mariposas nocturnas y a los mosquitos. Yo velaba para alejar las ratas que invaden por centenares las casas viejas de las orillas del Tíber mas en todo el tiempo sentía fijos en mí los ojos fascinadores de la mujer que me había mirado en el circo.

Cobré verdadero horror a la profesión que hasta entonces había cultivado con tanto entusiasmo. La sola idea del redondel y sus adornos me disgustaba, me hacía estremecer. Dejé libres a mis camaradas, que se dispersaron, y quedé en Orte, con dinero suficiente para vivir un año.



Febo fue enterrado en un hoyo, en la tierra, como tantos niños etruscos lo fueron antes que él; y puse consigo su coronita metálica y su trajecito bordado, como los etruscos ponían los juguetes en las tumbas de sus hijos. Cumplido este piadoso deber, empecé...



. . . mis investigaciones respecto a la mujer que me obsesionaba. Mi madre jamás me preguntaba adónde iba ni de dónde venía; la muerte de Febo había ahogado en ella el gozo con que acogió mi vuelta al hogar. La felicidad le había llegado demasiado tarde: era ya imposible encender de nuevo el sagrado fuego del hogar. Transcurrió el tiempo; una tranquilidad terrible reinaba en mi vida, otrora bulliciosa y alegre, como si yo hubiera muerto juntamente con Febo. Mas. . .



. . .la idea de volver a encontrar a la mujer que me había mirado en el funesto día no me abandonaba y me impelía a recorrer sin tregua las poblaciones y campiñas próximas. Una red de mano daba apariencias justificadoras a mis andanzas. Por fin un día. . .





Fue en una parte muy bella de Italia. Orte había quedado al Sur de mis pasos. Las colinas descendían hasta el Tíber. Se veían las nieves de los Apeninos, y, blancas también, las ciudades de Giovi y Penna. Allí se encuentra el Lagherello, pobre laguna. . .



. . .de dimensiones reducidas, llena de juncos y poblada de ranas. En sus orillas la volví a ver, y ella me miró. . . Como un loco me sumergí en el agua para alcanzar a la desconocida. Pero. . .

. . .me enredé en los juncos y en las largas hierbas que crecen en maraña impenetrable, y la mujer se perdió de mi vista, mientras yo quedaba en el centro de la laguna, incapaz del menor movimiento, como los bueyes de que habla Plinio, que se internaban en esas verdes aguas creyendo que seguían por la pradera.



Ella desapareció. Pero antes de cerrar la noche encontré a un campesino que cortaba juncos y lo interrogué. Mis referencias fueron precisas, y mi informante comenzó señalándome. . .



. . .la villa Sant'Aloisa, que se levanta no lejos del Lagherello, en medio de un bosquecillo obscuro y triste, resto mezquino de la selva que antaño era temida como la entrada del infierno.



Sant'Aloisa, lúgubre como todo lo que la rodea, tuvo sus días de grandeza, de brillo y de algazara. Pertenece a los Condes de Marchiani, y su último descendiente, Taddeo Marchiani, expresión de la decadencia de su familia, era apenas superior a cualquier aldeano. Viejo, feo, avaro y rústico, vivía miserablemente, aunque era el señor del lugar. La hermosa desconocida era su mujer desde hacía siete años. Plebeya y humilde por su nacimiento, era. . .

. . . condesa por su matrimonio, pero estaba como enterrada en vida en la tristeza de Sant' Aloisa.



Al día siguiente, temprano, volví al Lagherello, que está a menos de dos leguas de Orte. Arrojé mi red a las aguas. Los peces no son allí grandes, pero sí sabrosos y abundantes. En pocos minutos llené mi red, la retiré, puse la pesca en un cesto y me encaminé a la villa de Sant'Aloisa, que se destacaba, árida y gris, sobre las encinas y los cipreses.



En torno del edificio no había muros ni cercos; parecía una prisión o un cuartel vacío. En uno de los lados hallé una puerta entreabierta y penetré sin titubear. Una anciana demacrada hilaba en un rincón. Después de examinarme de arriba abajo me preguntó qué quería y por fin llamó al amo.



Acudió Taddeo Marchiani y me discutió acremente el precio del pescado que yo le ofrecía. No quise insistir.

Conde, tengo sed; dadme un vaso de vino, y el pescado es vuestro.

Pareció satisfecho de mi proposición. Me condujo a un cuartito y colmó para mí un vaso. El vino era malo, pero lo bebí. En tanto, observaba al Conde Taddeo. Si hubiera querido estrangularlo, habría podido hacerlo con una sola mano en medio del tétrico silencio de aquella vivienda que parecía deshabitada.



Marchiani me despidió. Salí con el pesar de haber usado de un ardid estúpido. ¿Qué hacer?... Mas, al pasar junto a la vieja hilandera, le oí susurrar a mi oído: —Vuelve...¡Madame Flavia desea hablarte!...



Mi corazón dio un salto en el pecho. ¡Ella me había visto!... Quizá me hubiese reconocido; quizá hubiera leído en mis ojos el amoroso anhelo con que la buscaba. Temblando seguí a la anciana, que me introdujo en una estancia adornada con añosas tapicerías, muy obscura, muy triste.



Allí estaba ella, sola, ociosa, con la misma sonrisa que había causado la muerte de Febo.



Balbuciente, di la luctuosa noticia que ella ignoraba. Pero no sé exactamente lo que dije, porque me turbaba la idea de que ella estaba allí, conmigo, y de que me había reconocido.



Frunció levemente el entrecejo y en seguida sonrió con cierto desdén.



La anciana me condujo hasta la puerta. Yo estaba fuera de mí. Había dejado escapar mi secreto de amor, y ella, en vez de arrojarme, me ordenaba regresar al día siguiente... ¡Volvería a verla! De nuevo yo era feliz. Mi madre cenó sola, porque la noche me tomó al borde del Lagherello. Eché mis redes. Me alojé en la cabaña abandonada de un pastor. Había olvidado a Febo... ¿Qué digo a Febo? El cielo, la tierra, todo había desaparecido para mí; sólo vivía Flavia. ¿Sabéis lo que esto quiere decir? Si lo ignoráis, no sabéis lo que es el amor.



En cuanto despuntó el alba, marché de nuevo con mi pescado a Sant' Aloisa. Una bruma preñada de gérmenes de fiebre flotaba sobre los pantanos. El suelo estaba árido y resquebrajado. El conjunto del paisaje era pálido, polvoriento, propio de aquella región en agosto.



La aldeana vieja, con su huso en la puertecilla, parecía esperarme.



¡Madame Flavia!... Dominado por la magia de este nombre, entré en la sala de los tapices desteñidos y me detuve sin atreverme a mirar a la Condesa, que estaba allí. Ella era madame Flavia, y yo Pepistrello, el acróbata. ¿Qué podía decirle? Hubiera deseado echarme a sus pies y ahogarla entre mis brazos; pero la energía y las palabras me faltaban igualmente.



Ella se puso de pie, inclinada sobre una antigua ánfora de mármol blanco, amarillento por los siglos. La estancia era pobre, casi vacía, amueblada con objetos antiguos y telas en jirones. Pero ella embellecía el ambiente, con la real e imponente hermosura de Lucrecia, en los días en que los Borgia estaban en el mundo. Me miraba en silencio. Quizá...



...se divirtiese por mi ostensible turbación, que sin duda me hacía parecer estúpido. De pronto me formuló esta pregunta:—¿Sois fuerte?



¡Tenía gracia la ocurrencia! Era como preguntar si es fuerte el buey que tira de un pesado carro, o si el Tíber es peligroso en sus desbordamientos.—¿Por qué habéis abandonado la profesión de acróbata?—tornó a interrogarme, antes de que yo le hubiera contestado.





VAMOS A REIR



- Las paredes tan endebles de los departamentos modernos tienen su ventaja. Por ejemplo, éste es el bar del vecino.



- El señor Alfred Higgins. "Compra joyas de segunda mano y paga el mejor precio".

—Lo sé —susurré en voz casi inaudible. Ella se irguió, provocativa.



Lo dije con fuego, como enloquecido. Mi timidez se había desvanecido, dejando paso a manifestaciones tumultuosas de la pasión que colmaba mi alma. Las palabras siguieron brotando de mi boca: —Soy un hombre ignorante, que no he hecho en mi vida otra cosa que luchar, saltar y gesticular. He matado a Febo, y mi madre ha envejecido prematuramente por mi causa; soy un acróbata, un juglar, que vive del favor del público. Pero en el universo entero, madame Flavia, no hallaréis un hombre que sepa amaros como yo os amo...



Me interrumpí, porque el sonido de mi propia voz me atemorizaba. Las desteñidas tapicerías giraban a mi alrededor. Flavia me miraba, siempre reclinada sobre el ánfora de mármol. No mostraba asombro ni cólera; su mirada revelaba una meditación soñadora, de la que salió diciendo: —¡Si el Conde os oyese!... Pero ¿qué podría haceros?... El no es fuerte... ¿Lo habéis visto? ¡Qué hermoso marido tengo!, ¿verdad?





Prosiguió, con risa que tenía el timbre de una flauta de plata, pero que me hacía estremecer: —¡Y qué bueno es mi apuesto marido!... Jamás tengo un sueldo en mi bolsa; a nadie veo si no es al sacerdote, más avaro aún que el Conde Taddeo... Comemos mal, bebemos el peor vino... Estamos aquí encerrados. Dos o tres veces al año vamos a Orte o a Giovi... Y, sin embargo, Taddeo es rico. Tiene oro en la tierra, en el mar, en los troncos de los árboles, entre...



¿Yo?... Yo no quiero nada. La vida para mí no tiene auroras, es una perpetua niebla gris que me sofoca... Y vos nada podéis hacer. ¡Marchaos a pescar!



Llamó a Marietta, la vieja portera; me despedía. Salí avergonzado de haberme conducido como un niño. Una fiebre creciente íbase apoderando de mí; un delirio en torno de una sola idea: ella.



Seguí durmiendo en la cabaña del pastor, desde donde veía a Sant'Aloisa. Días enteros pasaba con la vista fija en la mole gris de la tétrica villa. De tanto en tanto se mostraba por allí Taddeo Marchiani, taciturno, esqueleto con vida, personaje terrible a quien los aldeanos maldecían y del cual huían los perros. ¡Y aquel hombre era **su** amo!...

Atormentado por los deseos y las cavilaciones, llegué al fin del mes de agosto. No había vuelto a ver a Flavia; cuantas veces llamé a la puerta de Sant'Aloisa, con el pretexto de vender mi pesca, fuí rudamente rechazado por Marietta. Empezó la vendimia, y ayudé a los aldeanos en sus tareas, con la esperanza de que esto me diera una oportunidad de tratar una vez más a la Condesa. Eran días de mucho calor. El cielo, de empañado azul, estaba sin nubes. Los bueyes...



...padecían hambre; sus lenguas hinchadas se pegaban al interior de sus bocas, pues la hierba estaba reseca. El cuadro era penoso. Y, entre los prados marchitos y los bosques negros y grises de encinas y olivares, se erguía la casa solitaria, misteriosa, semejante a un mausoleo de vivos.



La noche caía cuando el último carro fue cargado, y con chirridos de ruedas avanzó lentamente hacia las bodegas de Sant'Aloisa. Yo caminaba detrás de los pobres bueyes. Con noche cerrada entramos en el enorme patio del castillo. A la incierta claridad de algunas luces mortecinas vi a Taddeo Marchiani, que andaba de un lado a otro, gritando y jurando con su áspera voz, siempre dominado por la sospecha de que todos le robaban.





No me vio. Estaba absorto en su tarea de fiscalización y en los reproches que dirigía a los desdichados aldeanos. Me retiré a la penumbra de la puerta cochera —inmenso arco de piedra ennegrecida por el tiempo— y aguardé. En verdad, yo no sabía qué aguardaba; pero estaba seguro de que algo ocurriría...

ALÉGRESE



- Perdone, señor Smith, pero no tomé nota de su último párrafo. Estaba admirando su perfil.

La campana de la capilla dio las nueve de la noche, y Marietta vino en mi busca. El ama me aguardaba en la sala de los tapices. Toda la sangre me afluyó al corazón. Me deslicé a lo largo de los muros y alcancé, en el otro extremo del castillo, la estancia de nuestras dos entrevistas anteriores.



Sudoroso, desaliñado, ostentando todas las huellas de las fatigosas labores del día, yo debía de parecer más pobre e insignificante que nunca. Pero no pensé en nada y cuando vi a Flavia me arrojé a sus plantas exclamando: —¡Aquí me tenéis; os pertenezco!...



Yo no le pedía que fuese mía; era yo su esclavo, su servidor, el juguete de su albedrío, que temblaba y sollozaba. Jamás había sabido lo que era una pasión, y estaba enloquecido. Ella me dejaba besar sus ropas, sus pies, el mármol del piso. —¿Me amáis? —díjome de pronto. Respondí con palabras incoherentes, que no recuerdo. Ella me escuchaba tranquila. La luz era muy débil; yo no veía sino los ojos de Flavia, aquellos ojos que abrasaban los míos.



Inclinó un poco más la cabeza hacia mí y me habló con voz grave.



Mi mirada la hizo estremecer. Vaciló, pero fue sólo un instante; en seguida recobró su tranquilidad.



Me respondió con un vago movimiento de impaciencia. Quise besarla, y me rechazó, pero sin violencia. En sus ojos resplandecía una ferocidad que, antes que disminuir, aumentaba su sombría belleza.





—Es indispensable... Será tan fácil, si realmente me amas... Si no, si eres un cobarde..., ¡vete! —añadió, clavándome su mirada embrujadora. Un terror horrible se apoderó de mí. Estaba estupefacto. La triste penumbra de la estancia me envolvía como una bruma. Las pálidas figuras de los tapices parecían espectros sepulcrales que nos escuchaban. El calor sofocante de la noche pesaba sobre mi cabeza como una mano de hierro. El fantasma del crimen había penetrado allí. —Pídeme otra cosa —balbucí.







La lámpara se apagaba; en la obscuridad, casi completa, sólo se oían los sollozos de Flavia. —¡Vete!... —agregó débilmente. Después, nada. Un extraño aturdimiento se apoderó de mí. Perdí el conocimiento. Era lo que en nuestro país llamamos "un golpe de sangre".

Cuando recobré los sentidos, la luz de la luna invadía la estancia. Me incorporé con dificultad, dolorido. La sala estaba vacía. Los demacrados rostros de los tapices parecían mirarme. El estupor del espanto pesaba sobre mí. La idea de mi madre cruzó por mi mente, por vez primera después de muchos días. ¡Pobre madre mía!



Salí de aquella pieza maldita. Crucé la galería. Un silencio completo reinaba en la casa, vagamente iluminada por la luna. En el patio, el aire de la noche, tan cálido como al mediodía, me golpeó la frente. Allá arriba brillaba la luna, grande, blanca, deslumbrante.





Yo avanzaba lentamente, con una especie de instinto de bruto, como caminaría un perro hidrófobo. Atravesé el patio. De pronto, mi pie tropezó con algo en el suelo. No tenía forma precisa: lo mismo podía ser una piedra que un atado de leña. Me agaché y vi de qué se trataba. Era Taddeo Marchiani, muerto, de cara a la tierra, con un puñal sepultado en el cuello.



Todo lo comprendí en un instante: aquello era obra de ella. Volví a la luz el rostro del muerto. Una mueca horrible desfiguraba aquella boca desdentada, de delgados labios. Los ojos salían de sus órbitas, las manos estaban crispadas. Retiré de la herida el arma, profundamente sepultada, y comprobé que...

...era mi cuchillo, el que yo usaba para cortar las ramas en los días de vendimia. Ella debió de tomarlo de mi cintura cuando me desvanecí a sus plantas. Lo adiviné todo y, como si aquel cuerpo inerte pudiera oírme, susurré: —Ha sido ella.



La boca muerta parecía reír... De pronto se abrió una de las ventanas, y la voz de Flavia rasgó la noche. Siguieron ruidos de pasos, y en seguida se vio la llama de una antorcha, conducida por uno de los servidores.





Me hallaron inmóvil, con el puñal en la mano y el cadáver a mis pies. Ella había acudido, descalza, con el cabello suelto, como si acabara de dejar el lecho, y exclamó, señalándome con simulado pavor: —¡Asesino! ¡Asesino!



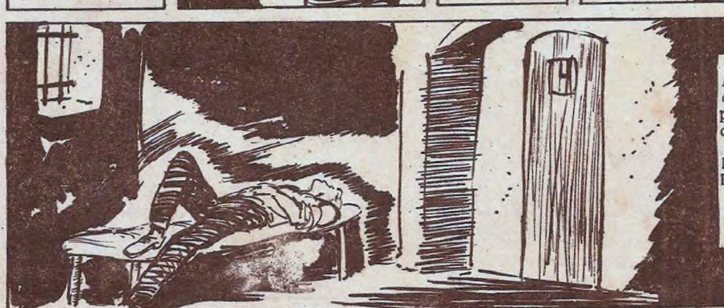
Dios de Dios, ¡cuán bella estaba! Me di cuenta de que me enviaba al cadalso en su lugar. Aquel puñal era mío; bastaría como prueba para condenarme. Ella continuaba dando gritos; los criados me prendieron, y el hombre muerto yacía entre nosotros, bañado en sangre.

La miré una vez más. Ella había olvidado que soy fuerte como los toros, como los leones, como las águilas. De un salto arrojé de mí a los hombres que me sujetaban. Y de un nuevo salto me arrojé sobre ella, la estreché entre mis brazos, la...



...besé apasionadamente en los labios y después le sepulté en el pecho mi puñal, rojo con la sangre de Taddeo Marchiani. —¡Oh, Febo!... ¡Te he vengado! —exclamé.





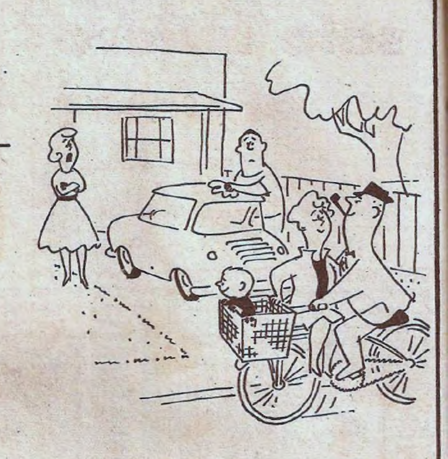
Ahora sabéis por qué moriré en el patíbulo y por qué está loca mi madre.
Estoy cansado. Dejadme dormir en paz.

FIN

AHORA A REIR



- ¿Se han dado cuenta de que me he comprometido, chicas?



- Parece que los Viberti han solucionado, con economía, el problema del transporte.



- Ella será una buena doctora en química, pero todavía no logró hacer una buena taza de café.



-Comprendo que tengo detenido el tránsito, pero, ¿no le parece que son adorables?

sólo quiero tu amor

Por MIRKO CARLONI

DIBUJOS DE VOGT

Intervalo Álbum 115 - año XV - 11/1965

Marcelo encendió pausadamente un cigarrillo. Dirigió una mirada crítica al trabajo que realizaba y se dispuso a tomar un breve descanso.

Decidió entonces abrir la ventana que daba a la calle. Había un asomo de primavera en todas las cosas y el joven arquitecto aspiró profundamente el aire...



...y evocó los comienzos de su carrera, construyendo casas en aquella villa veraniega a pocos kilómetros de Roma.



Muchas construcciones había llevado a feliz término desde que se instalara en aquella zona, pero a veces lo acometían ideas pesimistas, horas profundamente melancólicas, fruto quizá de su vida de hombre solo...



...sin familia, sin esposa, sin hijos. Incluso el recuerdo de las penurias pasadas en la guerra en la cual salvó la vida por milagro.



En algunos momentos todavía le parecía estar oyendo el ulular de las sirenas, anunciando los bombardeos y el estallido de las bombas.



En efecto. Un oportuno llamado telefónico de su amigo el coronel Battaglia lo había vinculado a la familia de don Pedro Nuzzi, un destacado comerciante de Roma.



Marcelo había aceptado más que nada por no desairar a su amigo el coronel, pero luego se había ido entusiasmando y con el correr de los meses la construcción tomaba formas definidas y elegantes.



En aquella cercana primavera ya la obra avanzaba definidamente y para el verano quedaría terminada. Todo se iba logrando muy al gusto del señor Nuzzi, que parecía muy conforme. Sólo faltaba una opinión: la de Mónica, hija única del comerciante, que estudiaba en Roma y nunca había concurrido a visitar la obra.



Marcelo se sentía, sin quererlo, un poco preocupado por ese "juez" que faltaba a su obra: Mónica. La imaginaba una chiquilla caprichosa y siempre dispuesta a las críticas.




Con la llegada del verano la casa estuvo terminada y mereció la cálida aprobación del señor Nuzzi.
Bravo trabajo, Marcelo. Aquí tiene su cheque.


Poco le importaba el dinero en aquel día a Marcelo. Aquella incurable melancolía suya, aquellos momentos de tedio que solían acosarlo, se hicieron presentes en forma inexplicable una vez más.


Marcelo dirigió su automóvil por el hermoso camino de la costa y se dispuso a acercarse a la villa de su viejo amigo el pintor Rodolfi, todo un maestro en captar paisajes.


Lo encontró exhuberante como de costumbre. Parecía irradiar alegría por los cuatro costados.
(El parece aquí el joven,y yo el viejo.)


Rodolfi se desató en elogios a la obra que había terminado Marcelo.
Ha sido un buen proyecto, Marcelo. Te felicito. Espero que Mónica, la hija de Nuzzi, no le encuentre defectos. Ella es así...

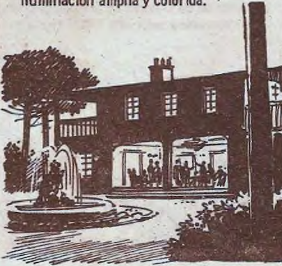

La figura de la muchacha se estaba tornando obsesionante en su mente. ¿Cómo sería realmente ella? Dejó el coche estacionado frente a la villa y empezó a caminar.
(¡Qué hermoso es vagar...!)


La temporada estival se estaba ya insinuando. Incluso los lugareños se aprestaban a recibir a los turistas.
Ya está aquí el verano y las calles todavía sin arreglar otra vez...


Su rostro se animó al pensar que pronto todo aquello se alegraría con la llegada de muchos rostros nuevos.
(Algo que disimule mi fatal aburrimiento.)


La apertura de la temporada llegó, favorecida en ese verano por unos días de total diafanidad. Los diversos y selectos hoteles se hallaban atestados de veraneantes. Por las noches, bulliciosas fiestas se desarrollaban en el lugar.


Marcelo prefería pasear en su automóvil.
(Necesitas calma. Tus nervios...)


Por las noches, las villas mostraban una iluminación amplia y colorida.

Los invitados se renovaban continuamente, pero Marcelo supo eludir toda clase de invitación.

Prefería, más bien, pasar largos ratos de amable charla con el viejo Rodolfi. La mirada azul del pintor le recordaba las pupilas de su padre.



Inesperadamente, el anciano tocó un tema que Marcelo había apartado de su mente. Rodolfi lo mencionó como al descuido.



El anciano daba indicios de querer dormirse, pero alcanzó a decir claramente:



Marcelo nada dijo. Le acomodó la almohada y se marchó.

Entre los que habían llegado a las playas no existían diferencias sociales y la vida en común los hacía reunirse para pasar el rato.



Mónica Nuzzi tenía unos dieciocho años mucho más adultos que el resto del grupo juvenil. Y le causaba risa el intento amoroso de alguno de los muchachos.



Carlo era el más alegre del grupo, pero sentía vivo interés por Mónica.



En ese momento Carlo vio una cara conocida.



Marcelo tenía la vista fija en el mar, como aguardando de la verde masa de agua una respuesta a todos sus interrogantes.



Bien... Muy bien... Estoy con un grupo de amigos. Venga que lo presento...

Hubo un efusivo cambio de saludos entre los jóvenes amigos de Carlo.



Ella tendió la mano con estudiada languidez, que hizo sonreir a Marcelo.



Y agregó con ironía: -Espero que no se me caiga en la cabeza.

Puede estar segura de que no. No ha ocurrido eso con ninguna de mis construcciones.

Los demás integrantes del grupo continuaban hablando de cosas triviales. Marcelo deseaba conversar a solas con la muchacha. Quería saber cómo era ella realmente.



Mónica no dejó de observar a Marcelo durante todo el tiempo.



Se apartaron un tanto de los demás. Se tocó el tema de la construcción realizada por Marcelo, y éste observó con alivio que ella parecía aprobarla.



Marcelo se sintió profundamente halagado.





Los días transcurrieron placenteramente. Una tarde Marcelo llevó a Mónica hasta el domicilio de la joven.

No puedo bajar. Me espera Rodolfi. Otro día...

Con el correr del verano se anudó entre ambos una relación que Marcelo estimó que sería pasajera. No así la muchacha.



El solía responder con una velada sonrisa. Con silencios.

¡Ahí vienen esos tontos!

(¡Los muchachos! ¡Menos mal!)

No quería comprometerse demasiado. Le dolía pensar que Mónica tal vez se ilusionara demasiado con él.



De todos modos los días pasaban, y ahora Marcelo estaba más acompañado. Concurrió a un par de fiestas...



... siempre con Mónica muy cerca de él. Ella lo invitó a una excursión de pesca que resultó muy agradable.



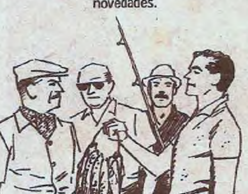
Uno de los participantes de la excursión era un arquitecto rival de Marcelo, quien deseaba tomar unos importantes trabajos que el padre de Mónica iba a realizar en Roma.



Marcelo alcanzó a oir el comentario, pero, antes de que pudiera reaccionar, un amigo común se le acercó.



Marcelo pudo contenerse con dificultad, pero acató la sugerencia. Todo parecía indicar que su amistad con Mónica daba lugar a equívocos. Finalmente pudo olvidar el incidente, y la excursión continuó sin novedades.



No obstante, al terminar el paseo y al despedirse, notó algunas caras inamistosas. Indudablemente algunos suponían que él corría tras la fortuna de la muchacha.



Mónica no dejó de notar que Marcelo parecía incómodo y lo llevó con ella rápidamente a tierra.

Vamos, Marcelo.

A pesar de que Marcelo trataba de alejarse de Mónica, ésta inevitablemente estaba a su lado.



La estación veraniega se desarrollaba brillantemente. Marcelo concurría a la playa en las horas que no se encontraba Mónica. Eludía su presencia.

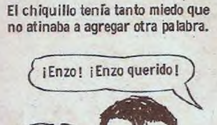
Cierta mañana, la rutina playera se vio interrumpida para él por la presencia de un niño que estaba perdido y lloraba desconsoladamente.




Ya encontraremos a tu mamá. Veremos ahora mismo qué podemos hacer por ti, muchacho.


Lo alzó en sus brazos, tratando de infundirle confianza.


Marcelo parecía transitar por otro mundo con ese tierno e inocente ser en sus brazos.
¿Te llamas Enzo, me dices? ¿Enzo qué más?


El chiquillo tenía tanto miedo que no atinaba a agregar otra palabra.
¡Enzo! ¡Enzo querido!


Al ver a su hijo en brazos de un desconocido, Andrea Rocco se asustó un tanto.
¿Es usted la madre del niño, señora?
Sí...,se me escapó. Es un diablillo.


Era una hermosa mujer,y su inquietud le agregaba belleza.
No debiste moverte de mi lado, queridito.


Marcelo la miró profundamente interesado y restó importancia al servicio realizado cuando ella se lo agradeció vivamente.


El padre debe mimarlo mucho.


El rostro de ella se ensombreció, y, por su respuesta, supo que Andrea era viuda.
Oh, no se me ocurrió pensar que Enzo podía no tener padre.


Ella se veía una mujer culta e inteligente. A su lado Marcelo parecía sentirse increíblemente a gusto. Charlando de diversos temas transcurrieron encantadores momentos. En un instante dado ella le preguntó si pensaba quedarse mucho tiempo en esos lugares.


La respuesta de él fue sincera.
Hasta hace poco tenía pensado volver a Roma. Ahora no se.

La conversación había caído en un largo silencio,cuando el grupo de jóvenes capitaneado por Mónica llegó hasta ellos.



Marcelo no pudo menos que notar que la presencia de Andrea entre aquellos jóvenes no desentonaba,a pesar de la diferencia de edades. Evidentemente ella no había perdido el magnífico espíritu que debía haber tenido en su juventud.



Aquella nueva amistad no produjo ninguna simpatía en Mónica. Comprendió en seguida que el hombre estaba más a gusto conversando con una verdadera mujer, como Andrea.



Mónica se mordió los labios al ver cómo Marcelo sonreía a la mujer. ¿A dónde iba a parar su "idilio"? El que ella creía muy seguro, muy firme. Ella únicamente, pues Marcelo no había hecho nada por alentarlo.



Los días que siguieron Marcelo los pasó divinamente con Enzo en la playa. Se habían hecho grandes amigos. El pequeño simpatizaba con él.



De regreso a la sombrilla ocupada por Andrea, ésta dijo con sincero agradecimiento.-Gracias por todo lo que hace por Enzo.



Ella pronunció muy lentamente:

Enzo quedó sin padre siendo muy pequeño.

Y agregó rápidamente, cambiando de tono, como queriendo olvidar:



Echaron a andar despreocupadamente. Todos hubieran dicho que ésa era una familia feliz, y Enzo,el hijo de ambos. No muy lejos de allí, la mirada adusta de Mónica vigilaba.



La muchacha se había separado de los amigos de su edad. Vivía el tormento de un primero y auténtico amor, según sus creencias, y veía en Andrea a una aventurera.









Esa noche había una fiesta en un hotel de la playa. Marcelo y Andrea habían prometido mutuamente concurrir. Superando inconvenientes, y su conciencia, Andrea dejó a Enzo al cuidado de una persona amiga y llegó, dispuesta a aventar negros presentimientos.



Estaba preocupado, Marcelo. Esta tarde no vino a casa.



Mónica los había visto. Vio bailar a esa pareja que sonreía con felicidad. Y vio el abrazo de él. Escapó desesperada. El estar siempre en acecho acababa de depararle un intenso dolor. Carlo, su compañero en la fiesta, corrió tras ella.







La fiesta iba concluyendo en animación.

Me marcho, Marcelo. No me acompañes a casa. Tomaré un auto.

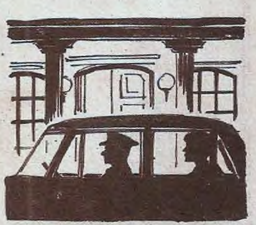
Marcelo la despidió con un beso en el interior del coche. Un beso nacido de su corazón, cálido como esa noche de verano.



Luego, a indicación de ella, se bajó. Andrea no deseaba dar lugar a murmuraciones y prefería llegar sola a su domicilio.



Durante el breve trayecto, el recuerdo de Marcelo llenó de felicidad el corazón y el alma de Andrea.



No hacía mucho que Marcelo había llegado a su casa, cuando el teléfono requirió su presencia. Se enteró por el cuidador de la casa que lo habían llamado varias veces. Era Mónica.



Marcelo se asombró de la serenidad que Mónica mostraba ahora. Carlo le había declarado su amor, y ella comprendía que lo de ellos dos no podía ser. Dejaba el lugar a Andrea, a su hijo, que tanto necesitaba un padre. Carlo le había hecho ver que Andrea no era una aventurera.



Marcelo cayó rendido en el sillón. Francamente, la felicidad parecía acercarse a él. ¿Sería verdad finalmente?



Al amanecer, su corazón tenía una seguridad y una fe que nunca había tenido. Amaba a Andrea, y ese amor iba a permitirle afrontar sus inseguridades, sus dudas. El pequeño Enzo también parecía tan necesitado de amor... Y él podía brindarlo. Todo eso lo hizo sentirse importante, bueno.



La entrevista de esa mañana fue definitiva. Ella también lo había estado pensando y anhelando.



No podía decirlo con facilidad, pero lo dijo:



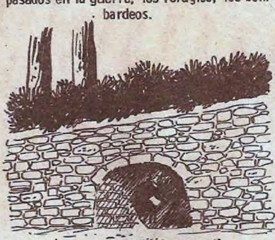




Se estrecharon ardorosamente. La vida se abría ante ellos prometedora y hermosa. Las sombras parecían disiparse. Toda su pasada amargura parecía resolverse ante la cálida presencia de Andrea.
-Sólo quiero tu amor, Andrea; sólo eso - alcanzó a musitar.

El ruido de los aviones de una escuadrilla militar les hizo alzar los ojos al cielo.

Acudieron al recuerdo de Marcelo los horrores pasados en la guerra, los refugios, los bombardeos.



Pero ahora hasta aquellos malos recuerdos que aún lo atormentaban muchas noches parecían menos tétricos.



Y ella pensaba en su hijo, en su Enzo, que se reencontraría con un padre. Con el padre que tanto necesitaba y que él no tenía, como todos los niños, cosa que el muchachito siempre se preguntaba.



Ahora el auto de Marcelo corría, raudo, veloz, junto al mar. Las manos firmes al volante.



Y en la mente un solo pensamiento: Andrea.



RÍASE

- No podemos irnos a casa hasta que no encuentre el lugar donde enterré las llaves del auto, papá.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ



presenta sus historias de hombres y mujeres

NO LLORES, GRACIELA, NO LLORES, POR FAVOR

DIBUJOS DE LALIA



Se ahogaba. ¡Se ahogaba! Apretó el acelerador a fondo. Necesitaba aire, mucho aire. Necesitaba encontrar un gran campo verde de aire y respirarlo todo de golpe.





Detuvo el automóvil. De pronto detuvo el automóvil y bajó precipitadamente. Corrió. Todo era desesperante.





¿Cómo podía ocurrir algo tan horrible? Ella era culpable. Se sentía culpable. Cerró los ojos y los abrió. Tenía esperanzas de que todo hubiese sido un mal sueño, un sueño desesperante.



Pero no, no era un sueño. Era la realidad. Era su culpa. Había conocido a Humberto,



Todo comenzó hacía ya muchos años. Entonces Gustavo Florencio Albornoz había enviudado. Quedaba con su única hija viviendo en la enorme mansión de la calle Charcas.

Estaban demasiado solos. Graciela tenía seis años, tres menos que Humberto ahora. Don Gustavo no quería mandar a su hija a un internado y cometió un error: trajo a vivir con ellos a su cuñada Laura Esquivel Saraví.



Laura nunca había querido a Gustavo. Este le entregó demasiado tiempo en sus manos a Graciela. Y pronto la niña se fue transformando, dejó de mirar con cariño al padre, siempre ocupado en sus negocios.



Cinco años después, cuando don Gustavo decidió volverse a casar, Graciela, influenciada por su tía Laura, se opuso a ese matrimonio y se negó a conocer a su madrastra.



Don Gustavo, hombre de gran fortuna entonces, constituyó un hogar lejos de su hija y de su cuñada. Por esa época es cuando los negocios comienzan a irle mal.

Graciela tiene la fortuna que heredó de su madre. Don Gustavo puede hacer uso de ese dinero y salvarse, pero no lo hace. No quiere echar mano de algo que no le pertenece. El derrumbe se presenta inexorablemente.
A pesar de la bancarrota económica, don Gustavo se siente feliz. Ha salvado el amor. La mujer que tiene a su lado lo ama más allá de las contrariedades materiales y de la estrechez en que tienen que vivir.

Nace entonces Humberto. Es un niño hermoso y sano. Graciela se niega a conocerlo.



Transcurren seis años. En un accidente mueren don Gustavo y su esposa. Graciela cree enloquecer. Le duele la forma con que trató a veces al padre; comienza a crecer en ella su culpa, esa culpa que todavía el orgullo no le deja ver.

Graciela cambió de carácter. Ahora era taciturna, triste, callada. Tuvo varios novios, varios pretendientes que llegaron a pedirla para matrimonio, pero a los que ella rechazó hasta que llegó Daniel.



Daniel era distinto a los otros, porque Daniel no quería a Graciela; le interesaba su dinero, la posición que podía ganar casándose con ella. Y entonces ocurrió lo extraordinario. Graciela pareció enamorarse de él.

El amor de Graciela por Daniel era absorbente. Quería verlo a toda hora. Y Daniel se hacía rogar. Jugaba con ella, con su inquietud, con su corazón joven y ofuscado.



Habían decidido poner fecha para la boda. Graciela quería apurar el matrimonio porque entonces había aparecido en escena Nora Lezica, una ex novia de Daniel.



Daniel estaba conforme con el giro que estaban tomando las cosas. Cuanto antes se casara con Graciela más pronto solucionaría sus problemas económicos. Pero entonces un imprevisto obligó a modificar otra vez los planes.



Una mañana Graciela recibió la visita de un joven médico. Se llamaba Carlos Díaz. Venía a verla porque la familia que cuidaba a Humberto había viajado al interior, y el niño quedaba desamparado.







No sé cómo explicarle. Humberto es un caso especial. No creo que haya un establecimiento oficial que pueda darle refugio.





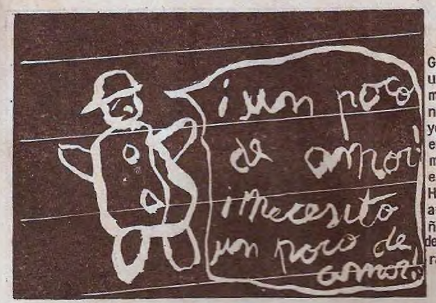






El Dr. Carlos Díaz se fue. Graciela quedó muy impresionada por aquella palabra: "culpable". Ella se había sentido culpable muchas veces.





Graciela sufrió una impresión tremenda. Su hermano vivía en la mayor de las miserias, en una villa de emergencia. Pero eso no era todo. Humberto era un autómata, un niño al que habían despojado de su carácter humano.



-Los niños normales se internan con frecuencia en dominios imaginarios donde gozan de gloriosos poderes mágicos, pero fácilmente se les hace volver de esas excursiones. Humberto no es capaz de realizar el viaje de regreso.

















Graciela se ahogaba. Huyó, huyó muy lejos. Ella, con su soberbia, con su desamor, con su orgullo, era un poco culpable de la suerte corrida por Humberto.

Pasó varios días como atontada. No atinaba a pensar, no quería hablar con nadie y menos aún con la tía Laura, que entendía era quien le había inspirado aquella forma de ser.



-¡Es absurdo! No hay razón valedera para postergar nuestra boda por seis meses.



Daniel terminó por no insistir más. No quería llamar la atención de Graciela sobre su apuro por casarse. Pasaron varias semanas.

Graciela se llevó a Humberto a vivir en una solitaria casa quinta de Zárate. Ella iba a salvarlo, iba a ayudar al doctor Carlos Díaz a salvar al niño, buscando de esa forma encontrar el perdón que necesitaba.

Graciela fue descubriendo poco a poco el tremendo mundo del desamor humano, que era el mundo en que vivía prisionero Humberto, triste y débil.



Si derramaba algo, debía arrancarse el brazo porque no funcionaba adecuadamente. Graciela comenzó a luchar denodadamente para devolverlo a la realidad.





Durante las primeras semanas de la estancia de Humberto con Graciela, ella contemplaba absorta cómo este niño de nueve años, de aspecto frágil y ademán imperioso,llevaba una existencia mecánica.

Al entrar en el comedor, por ejemplo, tendía un alambre imaginario desde su"fuente de energía" -una toma de corriente eléctrica también imaginaria- a la mesa.



Allí se "aislaba" con servilletas de papel y finalmente hacía como que se enchufaba. Sólo entonces podía comer, porque creía firmemente que la "corriente" accionaba su sistema digestivo.



Transcurrieron los seis meses y no varió la conducta de Humberto. Graciela hizo todo lo posible por secundar al Dr. Díaz, pero sus esfuerzos parecían haber fracasado.





¿Cuánto tiempo piensa que tardará en reponerse?

No lo sé. No lo puedo asegurar. Quizá seis meses o un año.

Seis meses, un año... Graciela pensó en su boda con Daniel y volvió a suspenderla. Daniel reaccionó violentamente y la amenazó con no esperarla. Pero Graciela estaba decidida a seguir junto a Humberto y Carlos..., el Dr. Carlos Díaz.

Daniel cumplió con su amenaza. Se casó imprevistamente con Nora Lezica. A Graciela le dolió la noticia, pero no tanto como creían los demás, porque su vida también iba cambiando. Ella también iba dejando junto con Humberto su frío mundo de sombras.



Graciela volvió a su tarea lenta y paciente: rescatar a Humberto. Jugaba con él, lo ayudaba a comer, le hablaba continuamente.

Y en los dos una palabra era la autora de la transformación: amor. Amor nuevo, amor que se daba sin egoísmos, amor que se brindaba a manos llenas sin que se lo pidiese. Amor manso, amor milagroso. Amor...



Poco a poco el niño iba olvidando alguno de los detalles que hacían "su máquina de vida". Eran pequeños triunfos que gozaba junto a Carlos Díaz.



Graciela comenzó a sentir por el Dr. Carlos Díaz un afecto particular. Era un hombre distinto y reposado, entrando en su vida desordenada y oscura.



Algún día Humberto nos dará la sorpresa de hablar, y espero que esa primera palabra sea su nombre, Graciela.



Aquella preocupación por ella, por darle su lugar en el éxito de esa empresa, la alegraba. La tía Laura vino varias veces a verla para que terminase con lo que ella llamaba "una aventura descabellada". La última vez que se vieron la anciana dijo algo que preocupó a Graciela.



Pero era cierto. Graciela quería negárselo a sí misma, pero la verdad se le escapaba por los ojos. Ella estaba enamorada del Dr. Carlos Díaz, perdidamente enamorada. ¿Qué sabía de él? Nada. No sabía nada...

Ella lo amaba, ¿qué había hecho él para inspirar ese amor? Graciela no tenía ninguna seguridad de que Carlos compartiese esos sentimientos.





De pronto, un día, Carlos no vino a la quinta. No había avisado que iba a faltar. Graciela estuvo preocupada. Humberto se dio cuenta de que algo le ocurría a su hermana y se mostró muy triste. Cada día había una relación más estrecha entre ella y el niño.

Al día siguiente amaneció con lluvia. Era una tempestad. El camino a la quinta era de tierra y se hacía intransitable. Graciela pensó que Carlos volvería a faltar, pero se equivocó. El Dr. Díaz dejó su automóvil, que se había empantanado unas cuadras antes, y siguió a pie hasta llegar.



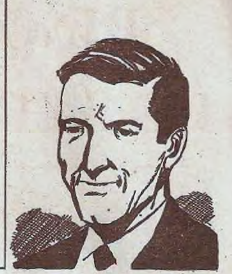
Humberto lo abrazó cálidamente, sonriendo. Graciela lo miró con alegría pero con miedo. Sorpresivamente sentía miedo, un enorme temor que le invadía el alma, una tremenda angustia fría y gris. Era un presentimiento de soledad.







-Fui a hacer los trámites en un Registro Civil de La Plata. Me caso a fin de mes.



Carlos seguía hablando. Graciela no lo escuchaba. Se sentía toda helada. Hubiera querido llorar a gritos, pero tuvo que callarse. Humberto la miraba con sus enormes ojos delgados y húmedos.



Y trabajaron durante todo el día. Muchas veces Graciela se sintió desfallecer, pero tuvo que sacar fuerzas de todos sus dolores para seguir adelante.

Humberto estaba extrañado. Parecía ausente. Se distraía continuamente mirando a su hermana.



Algo grave le está ocurriendo a Humberto. ¿Qué es?

No sé. Yo también lo noto extraño.



Llegó la noche. La tormenta había amainado. Carlos se fue un poco desalentado por las actitudes de Humberto. Graciela por fin quedó sola. Buscó refugio en un rincón de la leñera. Quería llorar lejos del asombro doloroso de Humberto, lejos de la curiosidad de los sirvientes.

Y lloró, lloró amargamente, lloró por ese amor verdadero que el destino le negaba vivir, lloró porque le dolía su soledad nueva, lloró porque la vida, por primera vez, le hacía querer un imposible, quererlo con las mejores fibras de su corazón de mujer nueva, sin orgullos ni rencores.



Sorpresivamente sintió que alguien se sentaba a su lado. La leñera estaba en penumbras. Trató de componerse. Se secó las lágrimas. Era Humberto que la miraba con sus ojos enormes y tristes.



Humberto no se movió. Graciela se incorporó y lo tomó de la mano. El la obligó a sentarse otra vez. Entonces ella no pudo más y volvió a llorar amargamente.



Humberto había hablado. ¡Humberto había hablado! Graciela lo abrazó desesperadamente. Le costaba creer en ese milagro.





Graciela lloraba, pero ahora sus lágrimas eran también de triunfo.

De pronto, el destino, que le había quitado su posibilidad de amor, le daba esta luminosa esperanza. Los dos hermanos, unidos para siempre, comenzaban a andar hacia la dicha segura.



RINCÓN DE ALEGRÍA



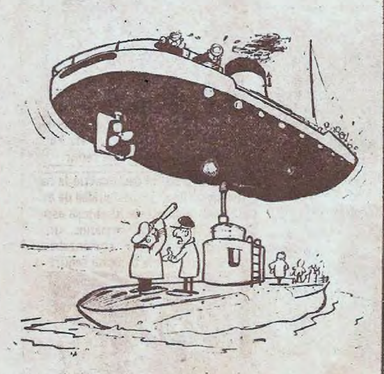
- Allí dice:"Prohibido estacionar". -Por favor, su registro, señor.



-. ¡Qué mal dormir tienes, Jorge! ¡Te llevas todas las frazadas de tu lado!



- ¡Pobrecitos! ¡Mira qué hambrientos están!



- ¡Ahora veo por qué teníamos tantas dificultades para emerger!

morirás en la playa dorada

Por PEDRO M. MAZZINO

DIBUJOS DE ÁVILA

San Sebastián es -los turistas lo saben bien-, algo más que una ciudad española donde se realiza un festival de cine todos los años. San Sebastián es un lugar encantador, con cielos inmensamente azules y playas doradas que se tiñen de rojo en la hora del crepúsculo.

Sin embargo, cuando Mariana Sotelo llegó allí en aquellos días del verano viejo, ignoraba que alguien tenía la intención de teñir la arena de esa playa cantábrica con el rojo de su sangre.





El camino que bordeaba el mar comenzaba a poblarse de coloridas casitas elegantes con cuidados jardines.









Un sirviente los guió hasta los dueños de casa, y Javier Torrelavega presentó a su prima.



Este es mi padre; hace unos años ha quedado paralítico y no habla, pero en su nombre te doy la bienvenida a nuestra casa.

Una vez que estuvo acomodada, Mariana bajó al jardín y se reunió con los otros, que tomaban un aperitivo.











Era una gentileza, pero que no dejó de resultar extraña a Mariana. Si alguien daba una reunión debía estar presente en ella, aún a pesar de una jaqueca. Sin embargo, sin decir nada bajó al salón con el hermoso vestido de la dueña de casa.



El mayordomo se encargó de presentarla a los amigos de Adriana y rápidamente estuvo integrada en el bullicioso grupo.

Espero que los ecos de la música no perturben a nuestra anfitriona enferma.

Se encerró en su cuarto. Cuando llegue mi primo y suba a verla, creo que mejorará.

En verdad, Javier se demoraba, pero alguien que llegó en ese momento a la fiesta haría olvidar a Mariana esa demora.

¡Hola, Adriana!

¿Qué?





Mi nombre completo es Hernán Cortés Jauziberry y no tengo nada que ver con el que estuvo en México. ¿Bailamos?

Encantada.

Entiendo que es usted la prima de Javier. El nos dijo que se parecía a Adriana, pero jamás pensé que tanto.

No lo creo así. Adriana es muy hermosa.


¡De ahí el parecido!
¿Otra vez el conquistador?


Sólo el hombre maravillado por la belleza. Aquí hay mucho ruido. ¿Salimos a caminar por la playa?


Era una noche de luna y había un dejo de magia en el aire. No fue raro, entonces, que los recién conocidos intimaran rápidamente...
¿Estará mucho tiempo en San Sebastián?
Sólo el que me demanden los asuntos que debo tratar con mi primo.


Ah, sí. El nos dijo que tienen en sociedad la explotación de unas minas de Huesca.
Bueno, es cierto, pero yo estoy siempre en Madrid y es Javier quien se encarga de todo el negocio.


Me parece lo correcto. Esos ojos suyos no merecen gastarse en papeles y cifras. Ellos son su ventaja sobre Adriana.
¡Hernán!


En lugar de llamarse Cortés, debería llamarse Pedro de Mendoza... por lo adelantado.


Hernán no tuvo tiempo de festejar la agudeza de Mariana. En el silencio de la noche, sólo arrullado por el eco de la música que llegaba del salón, sonó un disparo y la joven se estremeció en los brazos de Hernán...
¡Mariana!


¡Mi brazo! Siento como una quemazón en él.
¡Está herida! ¡Déjeme ver!


Era casi nada. La bala sólo había rozado la piel.
El disparo vino desde las dunas, pero no he visto a nadie.
Parece que tienen intención de matarme.


¿Conoce a alguien en San Sebastián?
No. Pero llevo puesto un vestido de Adriana y, como somos parecidas... Pudieron confundirme.


Hernán decidió regresar a la casa, pero en el camino, al pasar frente a las dunas...
¡Un revólver! Quizá sea el de la persona que intentó balearla.


Si sus impresiones digitales están en él, conviene dejarlas. Lo tomaré con mi pañuelo.


Entraron por la puerta lateral y marcharon directamente hacia la habitación de Adriana, a quien pusieron al tanto de lo ocurrido.
¡Es terrible! ¿Y no vieron a nadie en la playa?
No.


Pero tenemos este revólver. Cuando avisemos a la policía, lo haré investigar.
No quiero que intervenga la policía, Hernán.


En cierto modo me siento responsable de lo que pudo pasarle a Mariana.
¿ Por qué, Adriana?


Esta mañana recibí una carta amenazándome. Toma, léela, Hernán.


"Morirás en la playa dorada esta noche de luna tan mansa..."


¿ Y esto qué responsabilidad te otorga?
Quisieron matarme a mí y me confundieron con Mariana que vestía mis ropas. Debí prevenirla, pero tuve miedo.


Hernán prometió no avisar a la policía para evitar un escándalo y se quedó con el papel, con la amenaza y el arma. Entonces entró Javier.
Oí un disparo. ¿Qué sucedió?


Mientras Adriana narraba el suceso, Hernán observó los zapatos de Javier Torrelavega. ¡Tenían arena!
¿ Dónde estabas cuando oíste el disparo, Javier?
En la playa, cerca del muelle.











El prometió vigilarla y cuando el médico comprobó que la herida no revestía peligro, se marchó. El resto de los invitados, ajenos a todo, se había retirado antes. En su lecho, Mariana durmió sobresaltada, pero al día siguiente se sintió mejor.

Deberías odiarme por lo de anoche, Mariana.





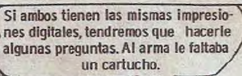




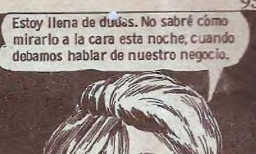





¿Sospecha de él?
Llevé el revólver a un detective conocido, junto con la copa que usó su primo anoche, en el cuarto de Adriana. Con ella decidimos tal actitud.


Si ambos tienen las mismas impresiones digitales, tendremos que hacerle algunas preguntas. Al arma le faltaba un cartucho.


¡Dios mío! ¡Esto me parece increíble!


Estoy llena de dudas. No sabré cómo mirarlo a la cara esta noche, cuando debamos hablar de nuestro negocio.


Sin embargo, no tuvieron que aguardar hasta la noche para ver a Javier Torrelavega. Cuando el auto pasaba frente a un comercio de la ciudad, Hernán lo adivinó.
¡Mire! Ahí está su primo... ¡Entra en una armería!
ARMERI


La sugestividad de la circunstancia alarmó aún más a Mariana Sotelo.
La verdad, Hernán, ¿qué está pensando?
Bueno, puede imaginárselo. Haremos una cosa, escuche.


Ubicaron el auto en una calle transversal y cuando Javier abandonó la armería y ascendió al suyo, lo siguieron...
Ahora fingiremos un encuentro casual. Trate de hacerlo natural.
De acuerdo.

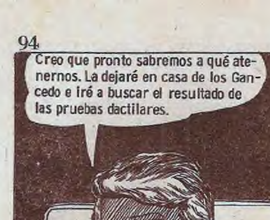

Aparearon el vehículo al otro y cuando Javier los reconoció, se detuvo con ellos a un lado del camino.
Veo que no pierdes el tiempo, primita. ¿Ya te engatusó ese vasco?
¿De dónde vienes, Javier?


De visitar un armero. Compré este juguete. Lo de anoche no me gusta y quiero prevenirme.


Un momento después, se despidieron, y mientras ponía en marcha su coche...
Esta noche debemos hablar, Mariana. Estaré a las nueve en casa de Adriana. Adiós.


Cuando quedaron solos, Mariana buscó los ojos de Hernán. Como en los suyos, brillaba el desconcierto.
¿Y ahora? No mintió. Parecía lo más normal que hubiese podido hacer. Acaso el otro revólver no le pertenecía.
Dígame una cosa. ¿Cómo anda el negocio de las minas de Huesca?


Un tío solterón nos lo dejó hace tiempo. Hasta ahora dio buenas ganancias, pero sospecho que las cosas andan mal. Las cartas de Javier así lo hacen entrever.


Creo que pronto sabremos a qué atenernos. La dejaré en casa de los Gancedo e iré a buscar el resultado de las pruebas dactilares.


Repentinamente, ante la idea de quedarse sola, Mariana se estremeció.
¿No estará esta noche conmigo en la casa? Tengo miedo.
De acuerdo. Con alguna excusa pasaré a las diez.


Al llegar, Adriana les formuló una invitación para el día siguiente.
Entiendo que regresas mañana por la noche, Mariana. He planeado ir a navegar por la mañana. ¿Serás de la partida, Hernán?

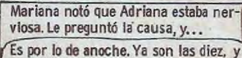

Aceptó y se fue. Esa noche, Javier llegó a la hora convenida y su prometida dejó solos en la biblioteca a los dos primos.
Bueno, tú dirás qué sucede, Javier. ¿Las minas andan mal?
Sí. Recién mañana recibiré los informes finales sobre la situación financiera.


¿Quieres decir que todo está supeditado a esos informes?
Entonces hablaremos con más precisión del asunto.


Sí. Eso es todo por ahora. Llamaré a Adriana para arreglar el paseo de mañana. Usaremos las lanchas de carrera.


Cuando Javier fue en busca de su novia, Mariana quedó meditando...
(El sabía que esos informes tardarían en llegar... Pudo haberme hecho venir sin tanta premura...)


Después, los tres estuvieron conversando un rato y, antes de las diez, Javier se retiró.
Me esperan en el club, querida. Mañana estaré muy temprano para el paseo en lancha. Cuida a mi prima, ¿quieres?
De acuerdo.


Mariana notó que Adriana estaba nerviosa. Le preguntó la causa, y...


Es por lo de anoche. Ya son las diez, y Hernán no llega con el resultado de la pericia dactiloscópica.


Adriana estaba sensiblemente inquieta. Parecía que todo su destino dependía de ese informe.
Me duele sospechar de tu primo, Mariana, pero los hechos son evidentes.


Hay una cosa que no entiendo, Adriana, ¿por qué querría matarte, Javier?
Te diré lo que pienso, pero prométeme no comentarlo con él ni con nadie.


Hace un tiempo mi padre dio mucho dinero a Javier para una inversión. Le firmó unos documentos que han desaparecido y hasta hoy no devolvió la suma ni dio noticias de ella.


¡Es increíble! Mi primo puede ser muchas cosas, pero no lo sabía un estafador.
Tengo miedo, Mariana. Si la pericia es positiva, haré la denuncia policial.

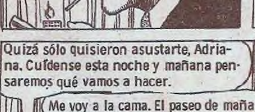

Entonces llegó Hernán. Lo recibieron en silencio y en seguida la dueña de casa formuló la pregunta:
¿De quién eran las huellas?


Hernán estuvo un instante indeciso. Sus ojos recorrieron sucesivamente los ojos asustados de Mariana y los expectantes de Adriana. Finalmente habló:
No lo sé, pero no coinciden con las de Javier.


Mariana Sotelo respiró aliviada, pero la novia de su primo se mostró aún más nerviosa.
¡No lo entiendo! Pero su letra era la de la carta. ¿Crees que exista un cómplice?


No lo sé. Acaso alguien imitó esa letra para complicarlo en esto. Tal vez el mismo que lo citó en la playa anoche.


Repentinamente, Mariana recordó algo, acerca de los versos de la amenzaa...
("Morirás en la playa dorada..." pertenece a un poema que escribió Javier hace muchos años.)
No obstante, calló su recuerdo. Después, al tiempo de retirarse, Hernán trató de aliviar la intranquilidad de las dos mujeres.
Creo que Javier debe ser descartado. Habrá que esperar para conocer la intención del que lo planeó todo.


Quizá sólo quisieron asustarte, Adriana. Cuídense esta noche y mañana pensaremos qué vamos a hacer.
Me voy a la cama. El paseo de mañana me despejará.

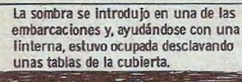

Cuando quedaron solos, Hernán comunicó sus intenciones a Mariana.
Enciérrese en su cuarto. Yo me quedaré cerca de la casa, vigilando.


Luego se marchó. Detuvo su coche entre unos arbustos y, caminando, se aproximó hasta el cobertizo vecino al amarradero. Desde allí podía abarcar la casa y la playa.
(Me espera una larga vigilia, pero tal vez descubra algo.)



Una hora después, una sombra se movió entre las lanchas ancladas en el muelle.

(Quien quiera que sea, justifica mi espera...)



La sombra se introdujo en una de las embarcaciones y, ayudándose con una linterna, estuvo ocupada desclavando unas tablas de la cubierta.



Hernán, en un momento dado, cuando la luz se lo permitió, descubrió de quién se trataba.



Cuando el siniestro visitante de la noche se alejó, el joven registró el piso de la lancha hasta que halló lo que buscaba.



A la mañana siguiente, cuando las dos parejas estaban desayunando antes del paseo, Adriana, más animada que la noche anterior, lanzó una propuesta:

Podríamos ir hasta el islote en competición. Los ocupantes de la lancha que llegue última pagarán el almuerzo.





Sin embargo, Javier Torrelavega era un experto mecánico y aseguró que en media hora, si lo dejaban solo, lo dejaría listo.



En el tiempo prometido, el motor estuvo ajustado y se dispusieron a partir.



Hernán se apresuró a oponerse, pero no tuvo que insistir, porque Javier apoyó su protesta.






Adriana se mostró enfadada y ascendió a una de las lanchas. Poco después, partían hacia el islote .
¡A correr, Hernán! ¡Y cuidado con los acantilados!
¡Descuida; conozco la ruta!
La lancha de Javier tomó rápida ventaja. Parecía que, premeditadamente, Hernán lo dejaba alejar .
¿Qué sucede, Hernán? ¿Falla el motor?
No. ¿Te importaría descender en alguna de las grutas de la costa?
Adriana se extrañó y él le aclaró la rara proposición...
Anoche alguien intentó colocar esta bomba en la lancha que estamos usando. Desconecté el mecanisno y tracé un plan para acabar con un asesino en potencia.
Hernán bajó a Mariana en la costa. Después, accionó el mecanismo de la bomba, la dejó sobre cubierta y se arrojó al mar dejando la lancha a la deriva .
(No tardará en estallar.)
Así ocurrió. El estruendo sacudió las aguas y Javier, con Adriana, detuvieron la marcha de su embarcación, casi cerca del islote .
¡Un estallido! Ocurrió cerca de los acantilados .
No cruzamos ninguna lancha; puede ser la de Mariana y Hernán.
Regresaron, y al doblar el recodo que formaba la costa, divisaron los restos del navío .
¡Eran ellos!
Sí, creo que alguien nada hacia la playa. ¡Vamos a recogerlo!
Era Hernán. Lo subieron a bordo y lo llevaron hacia la costa. Desde los altos acantilados tratarían de observar el mar en busca de Mariana .
Es inútil; ha desaparecido. No pudo saltar a tiempo.
Entonces Hernán miró profundamente a Javier; había una abierta acusación en sus ojos.
¿Estás conforme, Javier? Has conseguido lo que querías.
¿De qué hablas?
De la muerte de tu prima. Ahora quedarás solo al frente de las minas de Huesca. ¡Todas sus ganancias serán tuyas!
Javier no se inmutó; con seria expresión respondió el cargo:
Estás equivocado, Hernán. Las minas están en quiebra. Mi prima y yo estamos arruinados. Por eso la llamé.

Adriana escuchó la revelación y su mirada se inundó de terror.

¿Arruinados? Dijiste que el negocio marchaba bien.

Te engañé, Adriana. Confiaba en que tu padre me ayudara al casarnos. Debo dinero a todo el mundo.

Presa de un súbito ataque de histerismo, Adriana se echó a llorar.

Bueno, cálmate. Lo importante ahora es la desaparición de Mariana.

¿Desaparición? ¡Está muerta! Yo la maté. . .y también quise matarte a ti.



Entre sollozos angustiados, siguió confesando sus culpas. —Yo misma quité el arma de una gaveta de tu escritorio -dijo-, y recorté los versos de la amenaza de uno de tus poemas juveniles. Hernán mandó realizar la pericia, y por algún motivo, no hallaron tus huellas. Así decidí colocar la bomba en la lancha que debías usar hoy con tu prima .



Yo también te mentí, Adriana. Las impresiones eran de Javier, pero sospeché de ti cuando pregunté a él si conocía algún poema con aquellos versos y el revólver.



Después te vi colocar la bomba en la lancha y la quité. Tramamos todo esto con Javier para que confesaras sola tu responsabilidad.



Mariana salió de su escondite, y la crisis de Adriana recrudeció ...

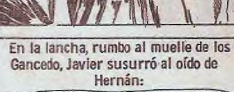


Tenía unos papeles firmados por ti, Javier. Con ellos pensaba apoderarme de las minas cuando estuvieses en la cárcel o ... muerto, como Mariana.



Todo estaba dicho. Los dos hombres sintieron un gusto amargo en la boca. Mariana se estremeció, conmovida por la pena de esa mujer que no había podido evitar el camino del crimen.

¡Llévenme a casa! Quiero despedirme de mi padre antes de que me detengan.





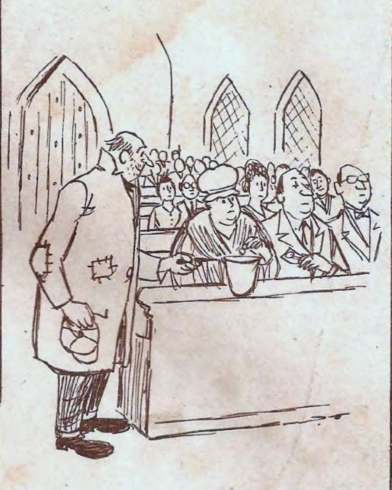


"Morirás en la playa dorada,
ola altiva que engañar quisiste
con tu brillo a la Luna tan blanca. . ."

FIN

SIN PALABRAS

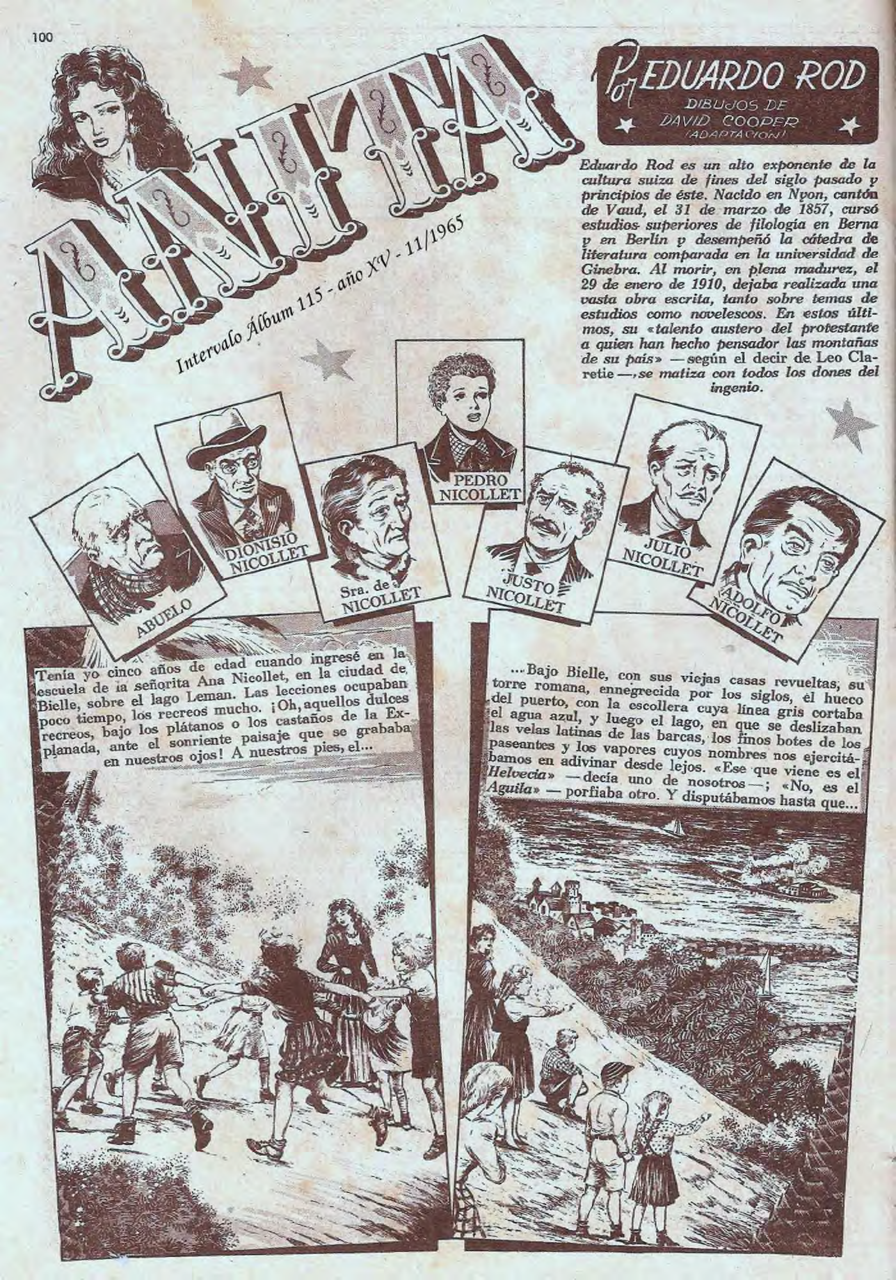












100
ANITA
Por EDUARDO ROD
DIBUJOS DE DAVID COOPER (ADAPTACIÓN)
Intervalo Álbum 115 - año XV - 11/1965
Eduardo Rod es un alto exponente de la cultura suiza de fines del siglo pasado y principios de éste. Nacido en Nyon, cantón de Vaud, el 31 de marzo de 1857, cursó estudios superiores de filología en Berna y en Berlín y desempeñó la cátedra de literatura comparada en la universidad de Ginebra. Al morir, en plena madurez, el 29 de enero de 1910, dejaba realizada una vasta obra escrita, tanto sobre temas de estudios como novelescos. En estos últimos, su «talento austero del protestante a quien han hecho pensador las montañas de su país» —según el decir de Leo Claretie—, se matiza con todos los dones del ingenio.
ABUELO
DIONISIO NICOLLET
Sra. de NICOLLET
PEDRO NICOLLET
JUSTO NICOLLET
JULIO NICOLLET
ADOLFO NICOLLET
Tenía yo cinco años de edad cuando ingresé en la escuela de la señorita Ana Nicollet, en la ciudad de Bielle, sobre el lago Leman. Las lecciones ocupaban poco tiempo, los recreos mucho. ¡Oh, aquellos dulces recreos, bajo los plátanos o los castaños de la Explanada, ante el sonriente paisaje que se grababa en nuestros ojos! A nuestros pies, el...
...Bajo Bielle, con sus viejas casas revueltas, su torre romana, ennegrecida por los siglos, el hueco del puerto, con la escollera cuya línea gris cortaba el agua azul, y luego el lago, en que se deslizaban las velas latinas de las barcas, los finos botes de los paseantes y los vapores cuyos nombres nos ejercitábamos en adivinar desde lejos. «Ese que viene es el Helvecia» —decía uno de nosotros—; «No, es el Aguila» — porfiaba otro. Y disputábamos hasta que...

...la señorita Anita fallaba con su voz tranquila.



Si nunca estábamos de acuerdo acerca de los buques que asomaban en el horizonte, no teníamos sino un sentimiento común hacia nuestra maestra de escuela, sentimiento común que nos unía como una religión, llenando nuestras almitas de piadosa dulzura: era adoración; adoración apasionada entre aquellos de nosotros a quienes su naturaleza inclinaba a la pasión, ingenua en los cándidos, inconsciente, enternecida o ya violenta en los otros, según su temperamento. La señorita Nicollet se nos aparecía como el comienzo y el término de nuestros pensamientos, absorbía nuestros días, hacía que odiásemos las vacaciones. Era para nosotros toda la belleza, toda la bondad y toda la ciencia. ¡Y lo extraordinario es que hoy, más que en otro tiempo, estoy a punto de de creer que era efectivamente todo eso!

La señorita Nicollet era bonita; lo dice, tanto como mis recuerdos, el retrato que de ella he conservado. Sí; era bonita y continuó siéndolo obstinadamente. La vida pasó por ella sin arrancarle sus hechizos.



Cuando dejé la clase de la señorita Nicollet para entrar en la escuela preparatoria, como lo exigía mi edad, tuve mi primera pesadumbre. Pedro me consolaba hablándome de *ella*; porque, aunque fuera su hermano, tampoco escapaba al ascendiente de Anita, de quien estaba orgulloso.



Nuestra amistad creciente me valió volver a ver pronto a la señorita Anita, pues Pedro me llevó a merendar o a jugar en su casa. Conocí, pues, su marco familiar.



Allí estaba, en primer lugar, el jefe, el abuelo paralítico que me asustaba, propenso a cóleras terribles, mientras de sus labios azules salían palabras incoherentes.



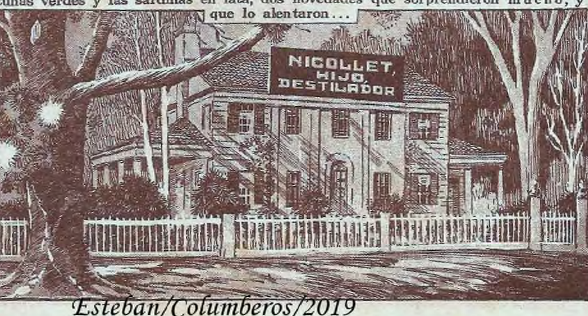
Su hijo mayor, Justo, era padre de Anita y de mi amigo Pedro. Como éste, tenía cabellos rizados, un verdadero vellón; pero en la cabeza del padre el vellón parecía arrancado aquí y allí, como el de un carnero que hubiera andado entre zarzas; y su voz misma semejaba un balido.



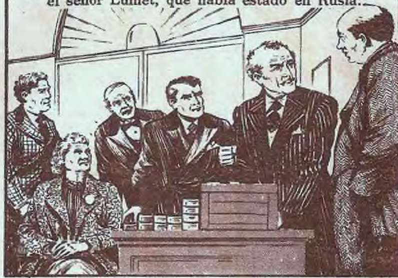
Su mujer sufría de una enfermedad que la obligaba a estar casi siempre acostada. Cuando, dominando sus dolores, atendía los cuidados de la casa, su rostro cobraba una expresión desesperada, como si cada uno de sus movimientos hiciera que se le clavaran puntas de acero en el cuerpo.



El hogar se sustentaba del producto de una destilería de licores y refrescos, heredada de los antepasados. Al frente de ella estaba, naturalmente, Justo Nicollet, quien, no obstante su inteligencia perezosa, conciliaba esa tarea con una marcada afición a las cosas desconocidas; por ejemplo, él fue quien importó a Bielle las aceitunas verdes y las sardinas en lata, dos novedades que sorprendieron mucho, y que lo alentaron...



...a tratar de introducir caviar. Pero fue unánime la opinión de que no debió atreverse a tanto, y su barrilito de huevos de esturión le hubiera quedado de «clavo» sin la brecha que abrió en él un profesor, el señor Lumet, que había estado en Rusia...



El viejo paralítico había tenido muchos hijos. A la sazón vivían cinco, además de Justo, de quienes yo oía hablar de vez en cuando. Supe así que uno, Dionisio, se hallaba en América del Norte, en camino de hacer «una gran fortuna», según se decía, aunque nadie sabía cómo. Escribía, con grandes intervalos, esquelas muy lacónicas, que, si bien no contenían in-



formes, servían para que el anciano abrumase con su desprecio al hijo presente. ¡Aquél, Dionisio, era un hombre de verdad!

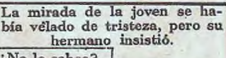


Otro de los hijos, Julio, también andaba corriendo tierras, pero de diferente manera, como el canto rodado que no cría musgo. En el comedor había de él un gran retrato, que lo mostraba lujosamente ataviado y de altiva cabeza. Comprendí, sin embargo, que se hablaba de él con reservas. Yo estaba delante la tarde...

...en que Pedro quiso arrancar a la señorita Anita una noticia concreta.

Y entonces, ¿qué es lo que hace tío Julio?

¡Ah, caramba!...



La mirada de la joven se había velado de tristeza, pero su hermano insistió.

¿No lo sabes?

Viaja... Busca siempre cosas que no encuentra... El abuelo ha prohibido que se hable de él.... ¡Pero creo, a pesar de todo, que es un buen tío!



Si Pedro admiraba, por el retrato, al tío Julio, distaba de tener iguales sentimientos hacia el tío Adolfo. Sin importancia y sin brillo, Adolfo Nicollet era un simple jardinero, que, después de trabajar largo tiempo a jornal, había entrado al servicio de un banquero inglés, «mister» Smithson, quien poseía...



...la Villa Carlota, una propiedad maravillosa, a dos kilómetros de Bielle, sobre el camino a Ginebra. El ignorante Adolfo Nicollet transformó los vulgares jardines de Villa Carlota en un cuadro de belleza cuya reputación se extendió muy lejos; pero, en el seno de la familia, la señorita Anita era la única que demostraba entusiasmo por esa obra. —¡Mi tío Adolfo es un poeta! — llegó a exclamar, con cariñoso entusiasmo.



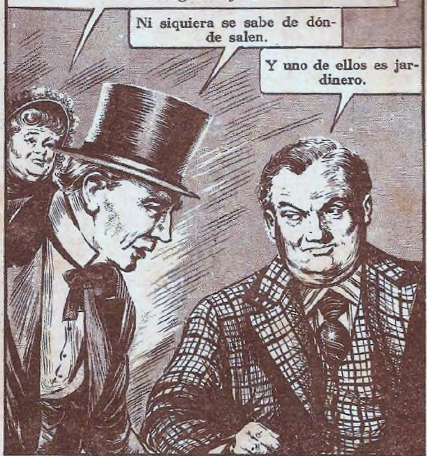
Además de los tíos Dionisio, Julio y Adolfo, mi amigo Pedro tenía dos tías paternas: Emilia, que residía en Inglaterra, casada con un comerciante en vías de prosperidad, y madre de una prole que aumentaba anualmente, y Francisca, institutriz en Rusia de una familia que acabó por adoptarla. Ella, quizá en retribución, cambió su nombre por el de Cesarina, con el que volvió una sola vez a Bielle a visitar a los suyos. Vestía como una princesa, dijo impertinencias a todo el mundo y regresó como un ventarrón.



Poco antes del acontecimiento que conmovió rudamente el hogar de los Nicollet, difundióse la noticia de que la señorita Anita estaba de novia con Marcos Maguet, médico como su padre. Buen mozo, recién graduado en una universidad alemana y candidato a asociarse con su progenitor en la clínica especial de enfermedades del oído que daba al doctor Maguet una reputación europea, aquel joven era el partido más brillante de la ciudad.



Al propagarse la nueva, empezaron las habladurías.



Sólo el señor Quartier, síndico de la ciudad, pareció tener argumento contra esas críticas.

¿Creen ustedes que los Maguet han salido del muslo de Júpiter? ¡El bisabuelo era colchonero!



Ajena a esos comentarios, la señorita Anita estaba radiante de felicidad, ligera como una libélula, aspirando por todo su ser la alegría de vivir, despertando más que nunca la impresión de esperanza, que emanaba de ella como de la primavera, como de las rosas entreabiertas.



DE BUEN HUMOR



- Perdone, doctor, pero quedé en llamarla a Josefina.



- ¿ Dónde estará el sereno? Dejó olvidada aquí su linterna.



- Yo quiero ser lechero cuando sea grande, papá, así puedo besar a mis amiguitas cuando entrego la leche.


Recuerdo haberla encontrado en la calle principal, del brazo de su novio. La gente los saludaba con aire falsamente amable; y mientras Marcos se quitaba el sombrero con cierta altanería, ella contestaba sonriendo con toda la boca, como si cada uno de aquellos saludos le demostrara que todo el mundo se regocijaba con su alegría.


Pero no fue en esa forma como la señorita Nicollet respondió a mi saludo.
Es un amiguito de mi hermano, a quien he enseñado a leer. Es muy bueno.


Y me besó en ambas mejillas. Creo que Marcos Maguet me miraba de reojo, y maldije el error de mi destino que me había hecho nacer con quince años de atraso.


Cierto día, al pasar frente a la escuela de la señorita Anita, vi cerrados los postigos. Pedro, mi condiscípulo en la preparatoria, no concurrió a clase. Ligué ambos hechos y experimenté una sorda inquietud.


En el recreo se me aproximó Pablo Bourdon, fuerte y bruto, hijo de un procurador y tan odiado entre los niños como su padre entre los mayores.
Conque, tu amigo Pedro... ¿Ya sabes?


La frase, amenazadora y sibilina, me hizo más daño que el puñetazo que esperaba de aquel malvado; pero...


...como yo nada sabía de lo ocurrido, no la entendí.
Conque, ¿no sabes?... El padre ha quebrado.
¿Quebrado? ¿Qué quiere decir eso?


¡Imbécil! Quebrar quiere decir no tener dinero para pagar las deudas. Están deshonrados y les van a vender hasta las camas. Tendrán que dormir en la calle y se morirán de hambre. ¡Lo sé muy bien! ¡Mi padre es quien los persigue!


Tuve la repentina visión del implacable procurador apretando entre sus garras a la señorita Anita, a Pedro, al viejo paralítico; e invadido por una cólera que multiplicaba mis fuerzas, me lancé sobre Bourdon sin decir una palabra.

Desconcertado, Pablo retrocedió, primero, y después, alcanzado por mis golpes, se puso a gritar como un cobarde. Los camaradas aplaudían frenéticamente mi victoria, gritando: —¡Bien hecho!... ¡Bien merecido lo tiene!...

Quizá el director del colegio opinaba de otro modo, porque me aplicó dos horas de penitencia. Apenas la cumplí, volé a casa de los Nicollet. La pobre gente estaba reunida en el sombrío comedor, en torno de una mesa en que humeaba el café con leche. También había pan, manteca y miel. Aquello me tranquilizó. "Sin embargo, algo de comer tienen", pensé.



Al mirarles las caras comprendí lo poco que significaban la miel y la manteca en tales circunstancias. Y esa rectificación de juicio se me impuso aún más, cuando Pedro y la señorita Anita —ésta con un beso— me agradecieron la visita. Más tarde, a solas, Pedro me explicó cómo habían procurado evitar la catástrofe, solicitando la ayuda de los tíos, y la actitud de éstos. Dionisio, en quien más se confiaba, había contestado que él nada tenía que ver en el asunto: tres líneas en una hoja de papel inmensa. La tía Emilia mandó mil francos: una gota de agua en el mar. La tía Cesarina escribió que tenía que ir a los baños por su reumatismo.



Pedro calló. Después de respetar un instante su silencio...

Pero, en fin, ¿qué piensan hacer ustedes?



Pensé en los pieles rojas y me estremecí.

¡Tan lejos!... ¿Se marchan todos ustedes?

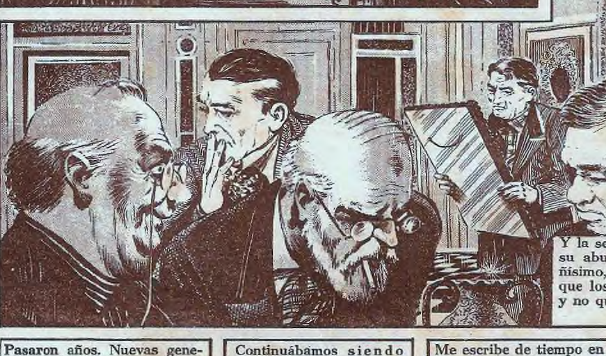
No. Mi abuelo no puede ponerse en viaje. Se queda, y Anita con él, para cuidarlo, porque en cuanto al casamiento, ¿sabes?... ¡Ni qué hablar!

Vi una luz salvadora en medio de las sombras que me iban invadiendo. Pedro continuó: —El doctor Maguet fue a ver a mi padre. Conversaron largo rato muy fuerte, como si disputaran. Se oían frecuentemente las palabras «honor» y «consideración». Por fin, el doctor se marchó, y mi padre, con los ojos llenos de lágrimas, explicó a Anita que aquel mal hombre, a causa de la quiebra, había retirado su consentimiento para el matrimonio y que el hijo había pensado que tenía razón. Mi hermana contestó: «¡Pues bien, no me casaré, y eso es todo!» No llora, no se queja, pero se ve que sufre mucho.

Pocos días después acompañé a la estación del ferrocarril a mi camarada y su familia. La estación había sido antes para mí un lindo lugar de juegos; desde entonces no fue sino un sitio de tristeza: el castillo de los adioses. En el recuerdo, seguí viendo siempre el triste grupo de los Nicollet en el andén de salida; luego, amontonados ...


... en un compartimiento de tercera, con sus sacos, sus paquetes, sus provisiones, tan atareados que ya no pensaban ni en despedirse de nadie.


El tren partió. Agitáronse los pañuelos. La señorita Anita lloraba en brazos de su tío Adolfo, y, como vio que yo también lloraba, me estrechó tiernamente contra su pecho, diciendo: —¡Pobre pequeño! Tú también lo sientes, ¿no es así?


En la semana siguiente se expusieron los enseres de los Nicollet: todo, todo, según predijo Pablo Bourdon; todo, hasta ciertos daguerrotipos de familia que durante la venta rescató el tío Adolfo.
Y la señorita Anita fue a instalarse con su abuelo en un departamento pequeñísimo, seguidos de la criada Emelina, que los servía desde hacía treinta años y no quiso abandonarlos aunque no pudieran pagarle.


Pasaron años. Nuevas generaciones iban a revolotear en la Explanada, bajo la dirección de la señorita Anita, que, fina y linda aún, no era sin embargo ya la fresca joven que conducía su batallón de niños hacia lo ignoto de la vida: en sus bellos ojos pardos habíase apagado la llama de la esperanza.


Continuábamos siendo amigos. Un saludo al pasar; una gentil sonrisa como respuesta; a veces algunas palabras.
¿Tiene usted noticias de Pedro, señorita? ¿Qué hace en el Canadá?


Me escribe de tiempo en tiempo. Aquella vida es muy diferente de la nuestra. Figúrese usted que hay que derribar árboles seculares para ganar al bosque las tierras productoras. Es una vida muy dura, pero que les gusta.
¿Y no hablan de volver?...¿De visita al menos?...


¿Para qué? ¡El abuelo está tan viejo!... Y en cuanto a mí..., ¡no se da la vuelta al mundo para ver a una pobre muchacha como yo!
Ni en el tono ni en la sonrisa desencantada había la menor amargura: simplemente, la señorita Anita aceptaba su destino.

Un verano corrió por Bielle un rumor sensacional: se esperaba a Dionisio Nicollet, el gran Nicollet, que había hecho, según se decía, una enorme fortuna en América. Nadie sabía de dónde procedían las versiones, pero éstas se multiplicaban. Y un día, un telegrama confirmó la noticia e hizo que Anita, el síndico y muchos curiosos se aglomerasen a la llegada del tren. De un departamento reservado bajó un hombrecillo cuya mirada se posaba en los objetos como si fuera a tomarlos y luego se apartaba de ellos como si ya se los llevara. En su indumentaria resaltaban los guantes color ladrillo, el brillante que fulguraba en la corbata y la doble cadena de oro que cruzaba el chaleco. Detrás de él apareció un negro; llevaba en la mano una valija de cuero de cerdo, e hizo correr un escalofrío de sorpresa en la concurrencia.









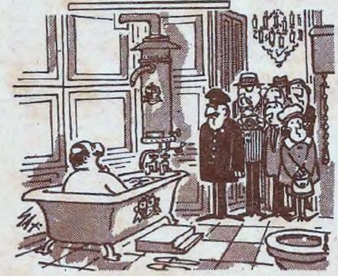
HUMORADAS



- ¿Tomó el sedante que le receté ayer, señora?



- No te hagas el caballero andante, Mario. No conseguirás nada con tratarme así.



- ¿Cuántas veces le he dicho que era la otra ala del castillo la que está habilitada al público?

Los pasos del fugaz viajero eran seguidos por sus conterráneos con emocionada expectación. Lo más grande fue, sin duda, la compra de Villa Carlota. Esta encantadora posesión se hallaba, desde la muerte de su dueño, al cuidado del jardinero Adolfo Nicollet y de un portero. El encargado de la venta era el señor Vallot, a quien el magnate hizo llamar a la casita de su sobrina. Luego el señor Vallot contaba a los notables de Bielle, reunidos frente a sendos jarros de vino blanco, en el bar de «La Cabeza de Moro»: —Llego a casa de los Nicollet.









Los herederos me han dado plenos poderes; me tienen confianza... Sin embargo, cuando hay que fijar el precio...

No pregunto nada de eso. ¿Cuánto?

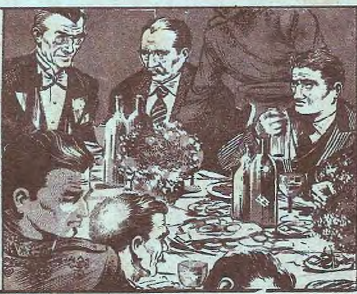




Asentí. Sacó una especie de pluma de caucho que tiene la tinta adentro, le pidió un papel a la sobrina y me hizo extender el boleto de venta. ¡Nunca hubiera creído que un negocio pudiera hacerse con esa prisa!... ¡Los americanos son así!



El desconcierto de la población continuó durante el banquete. El «americano» se presentó de frac, en penoso contraste con los anchos sacos de los comensales. Desdeñando los vinos hábilmente seleccionados, sólo bebió agua. Conversó exclusivamente de cosas expresables en cifras. Y, cuando contestó...




...el discurso del señor Quartier, lo hizo en estos términos: — Señores: Os doy las gracias por vuestra benévola acogida. Me siento muy honrado. Pero no veo cómo pueda haberla merecido. He trabajado y he triunfado. Tengo, pues, la recompensa ganada. Deseo que muchos de vuestros hijos hagan lo mismo. El mundo es grande: en todas partes hay dinero que ganar. Obrar y enriquecerse son las verdaderas funciones del hombre.


Al dar las veintidós se levantó para despedirse.
Me acuesto siempre antes de las veintidós y media... ¡Siempre!
¿Cómo? ¿Ya?... ¡Pero si éste es el mejor momento de la velada!

¿Hasta en viaje?
También en viaje. Cuando las horas de los expresos no convienen a mis hábitos, tomo un tren especial.
Con esto último los dejó boquiabiertos. Apenas hubo salido, empezaron los comentarios.
¡Es un hombre tremendo!
¡El mundo es de voluntades como la suya!
¡Pues bien! ¡Si quieren que les diga la verdad, yo lo encuentro insoportable!
El disidente era el doctor Mathorel, médico y librepensador, considerado original en todo.


Al día siguiente, temprano, el señor Dionisio Nicollet se encaminó al Banco de la Côte; permaneció en las oficinas un cuarto de hora, y siguió a casa del notario Tiercet. Partió en el expreso del mediodía, con su negro y su valija de cuero de cerdo.


Aquella misma tarde, toda la ciudad sabía que el padre y la sobrina del potentado vivirían de allí en adelante en Villa Carlota; que Dionisio les había asegurado una pensión; que donaba diez mil francos al Asilo de Niños, y que creaba cuatro camas en el hospital. Aquello determinó una explosión de entusiasmo: ése sí que era un hombre que actuaba bien, aunque no dijera una palabra; un hombre generoso y bueno, que sabía abrir la mano; un hombre realmente superior, en fin. Y en las conversaciones que celebraban su munificencia, asomaba siempre este estribillo: —¡Cuando hace eso, debe de tener millones y millones!



Días después me encontré con la señorita Anita. Me permití felicitarla.
¡Por fin va a estar usted tranquila y dichosa en la espléndida Villa Carlota!
¿Lo cree usted?

¡Caramba!... ¡Si parece un cuento de hadas!... ¿Ha comprendido su abuelo de usted?

¿Cómo saberlo? Mi pobre abuelo piensa muchas cosas, pero no puede explicarlas de ningún modo. Ya no dice una palabra... Cuando le anunciamos la compra de la villa, nos miraba como si los ojos se le fuesen a saltar de la cabeza. Algo quería decirnos. Tío Dionisio no lo ha comprendido, pero yo sí... ¡Estoy segura de haber adivinado su pensamiento!

La señorita Anita se instaló en la suntuosa quinta tan modestamente como vivía en su pequeño alojamiento. Además, con general asombro, conservó su escuela, y todas las mañanas, a pesar de los rigores del invierno que comenzaba, hacía a pie los dos kilómetros que la separaban de sus alumnos.



Circulaban ya comentarios de su manía cicatera, cuando se difundió una noticia sensacional: ¡la señorita Nicollet estaba reembolsando capital e intereses a los acreedores de su padre! El escribano habíale explicado que no estaba obligada en modo alguno, pero ella había respondido: —Mi abuelo no morirá tranquilo si no se pagan las deudas de su hijo.



Esta vez la ciudad entera repitió la frase clásica con que el escepticismo burgués saluda las acciones hermosas: «¡Dígase lo que se diga, todavía hay gente honrada en este mundo!» La escuela de la Explanada entró en una era de máxima prosperidad, porque todos querían que sus hijos recibieran los virtuosos principios de quien los enseñaba con el ejemplo. Como Marcos Maguet, al fin, se había casado con una extranjera coqueta y dispendiosa, decíase, bromeando, que su padre había errado el diagnóstico. Los hombres se descubrían hasta el suelo cuando hallaban al viejo Nicollet en su sillón de ruedas, empujado por su hijo Adolfo: reverenciaban así la grandeza de alma del anciano, que al borde de la tumba inspiraba tales empresas a los suyos. Sólo...

...el doctor Mathorel meneaba la cabeza con escepticismo.

No comprendo que se atribuya tanta importancia a las deudas terrenales en vísperas del juicio final.



La frase, en lo que tenía de pronóstico, resultó exacta. El anciano Nicollet, cargado de años y de penas, apagóse una tarde en su sillón, mientras la nieta le leía un pasaje terrible del Apocalipsis, su libro favorito.



La gente no esperó que terminara el entierro para debatir el problema que se planteaba a la señorita Anita. ¿Viviría en la villa magnífica, sola con el rústico tío Adolfo, hasta que al amo se le ocurriera tomar posesión de la residencia? —Es imposible —decía la mayoría—; se casará, ahora que puede elegir. ¡Aun está a tiempo!



Casi al lado de Villa Carlota había una casita donde vivían un emigrado político francés —Tomás Laugié, filósofo bondadoso y pobre— y Cristina, su hija única.



La señorita Anita tuvo que vencer la timidez de esta dulce y tierna joven para entablar con ella relaciones de amistad. Habían estrechado vínculos, cuando sobrevino un nuevo cambio en la existencia de la familia Nicollet.



Murió en Rusia, sin dejar problemas, la tía Cesarina, y, casi en seguida, murió en Inglaterra la tía Emilia. Esta dejaba un nidal de huérfanos, al cuidado de un padre enfermo cuyos negocios se embrollaban. Uno de los niños padecía dolencias congénitas que habían impedido su desarrollo físico y mental. Se llamaba Antonio. La señorita Anita, su madrina a la distancia, pensó con dolor en ese pobre ser. ¿Quién podría reemplazar junto a él a la madre muerta? Consultó con el tío Adolfo. El tío Adolfo asintió. La señorita Anita partió para Inglaterra y a los pocos días bajaba del tren con su desdichado primo, que allí mismo, en la estación de Bielle, sufrió una de sus periódicas crisis y perdió el conocimiento. Fue atendido por...

...el doctor Maguet, presente por casualidad, quien, alarmado, declaró que era un caso de hospital.



MOMENTO HUMORÍSTICO



- Creo que Susana nos ha invitado a nosotros para sobresalir ella.



¡Contrólese, Tedd!



- ¡Pare! ¡Pare! ¡Yo soy el referí!

Los gastos reclamados por la atención del nuevo huésped de Villa Carlota retrasaron la amortización de las deudas de la destilería. No obstante, llegó la fecha en que el tribunal pronunció la solemne rehabilitación de Justo Nicollet. Por una de esas coincidencias que a veces depara la crueldad de la vida, casi al mismo tiempo llegó una carta de mi amigo Pedro anunciando la muerte de su padre.



La epístola era extensa; y los llorosos ojos de la señorita Anita leyeron las graves dificultades que su hermano y su madre afrontaban, en el rincón de la provincia de Quebec en que hacían retroceder el bosque. «¡Ah, si tuviéramos un poco más de dinero para comprar útiles y herramientas!», decía la carta.

Y no fue necesario más: el dinero que iba de Nueva York a Villa Carlota comenzó a atravesar de nuevo el mar para el Canadá. Y las cartas de Pedro se multiplicaron, agradecidas y optimistas.



La existencia de Villa Carlota prolongó su monotonía durante tres años. Pero hete aquí que un día se presentó Julio Nicollet el hermano casi olvidado, el «dandy» del retrato. Era un vagabundo lamentable, descarnado por la tisis, que engulló golosamente un plato de sopa sin tiempo ni para quitarse el sombrero.

Llena de piedad, la señorita Anita le preparó el mejor cuarto de la casa, y Julio Nicollet quedó instalado en Villa Carlota, donde empeoraba un poco cada día, pero hallaba, también, sus buenos momentos. Y cuando se levantaba, a eso de mediodía, después de darse cosmético a sus últimos cabellos y rizarse el bigote, se paseaba por el jardín en que se afanaba el tío Adolfo. Se le hubiera tomado por el verdadero dueño de la finca.

Inesperadamente llegó la noticia de que Dionisio Nicollet, retirado de los negocios, venía a radicarse en su villa. La señorita Anita corrió a través de la casa y observó que nada estaba en orden.



Cristina Laugié desapareció, aterrada. Sólo permanecieron tranquilos el tío Adolfo, como el buen obrero del Evangelio, que ha hecho bien su tarea, y Antonio, que no se daba cuenta de nada.

A éste fue a quien primero vio «el americano», al bajar del carruaje con el mayordomo.







¿Adolfo? ... ¡Ah, es verdad! ¿Qué criados tienes?

Sólo la vieja Emelina. Usted la debe recordar, tío.







Sí, eso había. Y Anita guió al irritado magnate. Ella comprendía que sólo estaban en los preliminares del gran encuentro, y, en efecto, el gran encuentro se produjo en la mesa, a la que sólo se sentaron Dionisio Nicollet y su sobrina. El enunció su plan: venía a descansar en Villa Carlota definitivamente. Quería vivir en el marco suntuoso a que le daba derecho su dinero. Anita sería el ama, la señora de la casa. Adolfo tendría que irse a vivir a otra parte: ¿cómo podría él mostrar a un hermano jornalero? ... Julio y Antonio saldrían en seguida para un hospital. Villa Carlota no podía ser una enfermería.





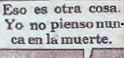


El resultado fue una especie de tregua. El propietario estaría ausente con frecuencia, en diligencias encaminadas a montar su casa en gran tren. Entretanto, todo seguiría igual; después, vería. En efecto: Villa Carlota quedó inundada de estirados sirvientes y de enseres lujosos. Apenas se veía al dueño, quien, sin embargo, se dio tiempo para ejecutar una de sus resoluciones: elogió a Adolfo su trabajo y le ofreció comprarle una pequeña propiedad para que se fuera a vivir a ella; bien se lo había ganado. Pero Adolfo amaba el jardín de Villa Carlota; interpretó aquello como un despido, y, silenciosamente, se marchó a trabajar a jornal en la ciudad, como antes. La señorita Anita, a la espera de sucesos más importantes, nada dijo, hasta que un día la gravedad de su tío Julio la indujo a rogar a Dionisio que fuese a verlo, lo que éste no había hecho nunca.

Los dos hermanos se encontraron. El enfermo se incorporó en el lecho; en el rostro, devastado por la enfermedad, temblaban los bigotes.













Dionisio se retiró furioso. Fue a la ciudad. Contrató una enfermera, alquiló el mejor departamento disponible y ordenó a su sobrina que trasladase allá su «casa de fieras». Anita se marchó con el tío enfermo, el primo incapaz y la sirvienta anciana. Julio no tardó en abandonarla. Entonces Dionisio se hizo presente para organizar un fastuoso entierro a su hermano. Mas esto no se acostumbraba en Bielle, y el millonario tuvo que asistir a una ceremonia modestísima, sorprendido, aunque no tanto como por las lágrimas de Adolfo. Se retiraba ya, cuando éste le dijo con voz trémula: —Cesarina..., después Emilia..., después...

...Justo..., después éste... ¡Ya sólo quedamos nosotros dos, Dionisio!

¡Es verdad! ¡No había pensado en ello!

Y allá, en el fondo de su alma, Dionisio Nicollet sintió brotar recuerdos confusos, una emoción ligera pero inesperada, un imperceptible principio de enternecimiento... Sacudió esa sensación desagradable, estrechó la mano de Adolfo y se alejó rápidamente.

La actividad inmediata del señor Nicollet se orientó hacia la vida local. Repetía gustoso que en América los hombres que han triunfado se dedican al bien público y gastan una parte de sus rentas en provecho de todos. La primera de sus iniciativas fue una serie de excavaciones, en busca de riquezas arqueológicas atesoradas en el subsuelo de Bielle. Aparecieron algunos cacharros y urnas funerarias antiquísimos, pero también una epidemia de tifoidea que se vinculó a aquellos trabajos e hizo que la Municipalidad ordenara suspenderlos. Entonces Nicollet lanzó una subscripción de acciones para construir un gran hotel de turismo; mas nadie quiso tomarlas, por temor de disgustar a los antiguos hoteleros, vecinos muy estimados en Bielle.



El señor Nicollet, enfurruñado, se recluyó en Villa Carlota. La soledad, haciéndosele sensible, tuvo una consecuencia sorpresiva: el señor Nicollet resolvió casarse. La elegida fue la dulce y tierna Cristina Laugié, quien aceptó en holocausto del bienestar de su padre, y porque ella, incapaz de ofender a nadie, no podía inferir al señor Nicollet el agravio de un desahucio.



La magnificencia de la comida de bodas superó a todo lo imaginable. Personalmente invitados por Cristina, asistieron la señorita Anita y el tío Adolfo, azorado en una levita nueva que lo envolvía en pliegues irregulares. Los manjares más exóticos y los vinos más afamados del mundo exornaron la mesa. Pero lo cierto es que se había olvidado en Bielle el sabor de unos y otros, cuando aún se seguía festejando la frase de Adolfo Nicollet: —Todo esto es muy bueno, mas no vale lo que un plato de «chucrut» con salchicha y un vaso de vino de La Côte...



Con la presencia de Cristina, Villa Carlota empezó a hacerse menos fastuosa, más familiar, mucho más agradable. Ella consultaba en todo a su marido, quien, así, conservaba la ilusión de ser el autor de los cambios que se iban operando. Un día, señalando el jardín, comentó la joven esposa: —¡Estaba mejor cuidado en tiempos del tío Adolfo!





Es verdad: ¿por qué? Adolfo volvió, radiante, puerilmente jubiloso, a encargarse del magnífico jardín de Villa Carlota. Era una manifestación de la evolución espiritual de Dionisio; desarrollábase en él una especie de benevolencia, dulcificaba sus órdenes, modificaba sus maneras. La vieja Emelina decía a la señorita Anita: «La chiquilla está realizando un milagro allá... Se está haciendo bueno.» Pero Cristina no pudo terminar el milagro. Murió de repente, una noche de estío, en la terraza, al lado de su esposo que la contemplaba. Los médicos hablaron de una embolia. Ante aquel vacío abierto repentinamente a sus pies, el señor Nicollet tuvo la revelación casi instantánea del nuevo hombre que nacía en él, de las verdades desconocidas que empezaba a penetrar, de...

...los afectos que se desarrollaban en su corazón, como simiente largo tiempo infecunda, cuya germinación retarda la dureza del suelo, pero que luego brota lentamente hacia la luz. ¡Oh, la desesperación de perder lo más querido en un segundo, a una muda señal del Destino, sin más poder que el de la hoja seca contra la corriente del viento que la arrebata!



El dolor lo acercó a su hermano Adolfo, quien profesaba una adoración apasionada a la memoria de Cristina. Y un día, estupefacto, oyó estas palabras de labios de aquel hombre sencillo: —Sembraba la paz y la dulzura a manos llenas. Cuando atravesaba el jardín, yo me daba prisa...



...en mi tarea, diciéndome: «Hay que sembrar mientras pasa: las flores nacerán mejor. Porque todo cuanto encuentran sus ojos tiene que resultar embellecido.»



Y Dionisio se preguntaba dónde hallaba ese rústico palabras que él ignoraba, y que, sin embargo, expresaban fielmente el sentimiento de su corazón.

Dionisio Nicollet no meditó más. Fue a ver a su sobrina.

Anita, tú la has amado; ella te quería. Estoy solo... ¿No vendrás a vivir a Villa Carlota?... Naturalmente, llevarías a Antonio y a Emelina; continuarías con tu escuela.



Capitulaba sin condiciones. La delicada bondad de Anita le impedía aprovechar todas las ventajas de la victoria.

Con mucho gusto, tío. Cuidaré de que Antonio le moleste a usted lo menos posible. En cuanto a mi escuela, ya me va cansando un poco; la dejaré...



Pasé varios años sin ir Bielle. Cuando volví, fui acogido en el marco maravilloso de Villa Carlota, donde la señorita Anita presidía, con su linda sonrisa de siempre y no sé qué expresión de inmarcesible juventud, a pesar de sus cabellos grises. Emelina y Antonio habían muerto; pero el tío Adolfo, valiente, robusto y feliz como un rey, continuaba su eterno trabajo, admirado ahora sin retaceos por el anciano seco, que era su hermano Dionisio. Pero el ser a quien Dionisio Nicollet dedica un verdadero culto es la señorita Anita. —Ella —me dijo— desde aquí, sólo con la fuerza de su bondad, ha salvado a una familia del otro lado del océano. Yo, al hacer mi camino, he arruinado a los más débiles; ella jamás hizo derramar una lágrima. Al contrario, ha sembrado alegría a manos llenas. Ha hecho el bien a todos los que pudo: enfermos como mi padre, pobres...

...como mi hermano Julio, miseros como Antonio. Hasta yo mismo, en mi opulencia, he recibido su limosna.

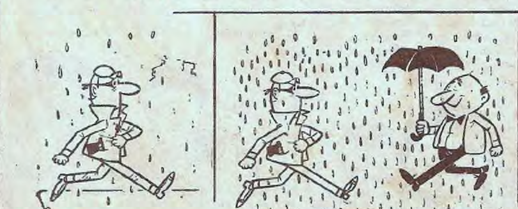
Pero, mi querido tío...

DAVID COOPER

Había un ligero mohín de impaciencia en el rostro de Anita; mas su tío continuó: —Nada de lo que he adquirido o conquistado me ha dado nunca la paz que su presencia me proporciona, sencillamente porque es buena, y porque la bondad que emana de ella se convierte en calor, en luz, en perfume.

FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR







PÁGINA ALEGRE



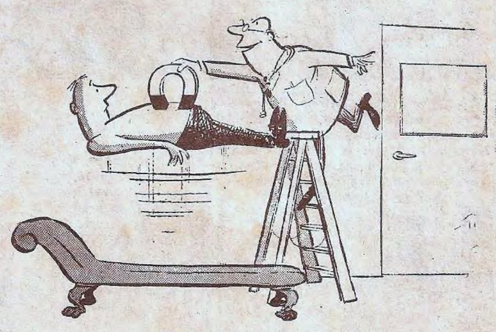
- ¡Mira, papá! ¡He logrado hacer andar el despertador! Tocó a las 3 de la madrugada.



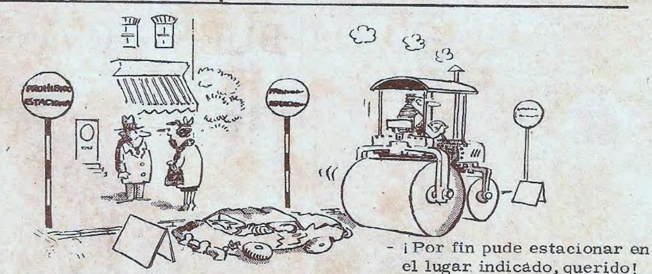
- Me siento siempre muy tenso y lo único que deseo es descansar, doctor.



- ¡Pobre, Federico! ¡Pensar que él se enorgullecía del tamaño de su cabeza!



- ¿Ve...? Usted tiene mucho hierro en la sangre.



- ¡Por fin pude estacionar en el lugar indicado, querido!

Intervalo Álbum 115 - año XV - 11/1965

HUARA

Por ELISEO MONTAINE

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE GARCÍA



...y cuando no atendía a sus numerosos alumnos, Juan Hoffmann removía su pedazo de tierra pedregosa, plantando lo que luego le serviría para comer. Había nacido en Buenos Aires, de padres europeos, y a los cuarenta años se sentía muy deprimido.



¿Por qué era maestro de escuela y no arquitecto, como quería su finada madre? Cosas del destino. Pero él no estaba arrepentido, aunque en sus últimos años de viajero sin descanso por América no había hecho más que perder el tiempo.



Sin familia, sin nada que lo ligara a Buenos Aires, había recorrido muchas millas, hasta detenerse en la pintoresca Maizales.



Un par de años atrás estuvo a punto de casarse con una mujer solitaria y rica que vivía en un viejo castillito de las montañas de Santa María. Javiera lo quería. Luego, una tarde, el médico le dio a Juan una horrible noticia. Javiera no tenía mucha vida. Fatalmente, la noticia se confirmó...



...y muriendo, Javiera Márquez se llevó el corazón de Juan al más allá. Lo que vino después fue anodino y triste. Una cantidad de dinero pasó de las manos de Juan Hoffmann a las del constructor que arregló la escuelita.

Cada tanto, el maestro salía hacia la montaña con su escopeta. Regresaba con algunos cueros que vendía discretamente bien en el pueblo. Cierta mañana se cruzó en el sendero de la feria con un hombre totalmente vestido de negro.















Entre "Manso" y los hombres, había quedado la fiera. Juan la hizo hocicar de un balazo. Lo felicitaron.

Pedro Saladino a sus órdenes. Este es Luis. Y aquel, Romo.

Mucho gusto, señor.

Eran cazadores, pero Juan ignoraba si no eran capaces, también, de algún acto de bandolerismo. Desconfió de Saladino y de Romo.

(Luis, el muchacho, parece hecho de otra madera.)









En el llano y a pleno sol, volvieron a utilizar los caballos que traían. Caitlón se encontraría a unas seis horas de marcha. Tal vez siete. El sol picaba mucho. A eso de las diez de la mañana, los cuatro hombres llegaron a una hostería de discreto aspecto. -Mis últimos céntimos para unas copas...











El exótico nombre le caía muy bien a la activa morena. El veterano enlutado se despidió de Juan, volviendo junto a la mujer.
Es realmente hermosa, ¿no le parece, señor Hoffmann?
Es bonita, Luis.







Cuando Saladino regresó a la hostería, la mujer y Juan conversaban. El hombre de negro era Antonio Jarl, un experto en cueros y tutor de ella. Posiblemente se establecieran en Caitlón. Dependía de diversas razones.



Saladino invitaba a Juan a seguir el camino. Juan Hoffmann pensó en algo que dijo ella: "Si nos instalamos, vamos a precisar dos empleados".

Espero verla allá. Tal vez trabaje con ustedes.

En la escalera del fondo del local -ubicada en un rincón de sombras- un hombre observaba sin pestañear a Huara y al argentino. La cosa no le estaba gustando nada a Antonio Jarl.



Y menos le gustó cuando vio cómo Hoffmann apretaba la mano de Huara Sandoval, despidiéndose.

Unos minutos después, y mientras Juan colocaba la montura a su caballo, oyó decir a Romo: -Ese tipo de negro le estaba dando unos gritos a la mujer. ¡Tiene mal carácter el cuervo!



Empujado por un oculto mandato, Juan volvió a la hostería. No estaban ni Antonio ni Huara Sandoval.



Se marchó confuso, fastidiado porque había advertido la maldad en el tono de voz del gigantón Romo Hualfin. Luis tampoco se sentía muy decidido a seguir. Mentalmente hacía blanco de sus canciones a la atractiva Huara.



Poco después, los jinetes se alejaron de la hostería. En su cuarto, Huara Sandoval también tenía sus pensamientos. Comercio y corazón empezaron a luchar en el alma de la joven. Antonio la pretendía. Pero ya llevaba dos rotundas negativas.



Al paso de su caballo, Juan seguía recordándola. ¿Se había enamorado como un estudiante? Le pareció ridículo. Huara estaría a unos veinte años de distancia de él.



Todas esas reflexiones lo aplastaron. Mucho más cuando se comparaba con el jovial y buen mozo de Luis.



Un viento de tormenta envolvió a los viajeros, y tuvieron apenas tiempo de llegar a una cueva de los montes. -¡Esto nos faltaba!- gritó Romo, furioso. Tuvieron que quedarse allí, y pasar la noche. Antes del nuevo día, Luis había cazado una liebre.



Era muy temprano todavía cuando vieron llegar el coche azul que manejaba Huara Sandoval. La alegría que reflejaban los ojos de ella -¿era por Juan o por Luis?- pintó de odio las pupilas de Jarl.



Quiso sacar una de las canasta que había en la parte trasera del auto, pero el hombre de negro se opuso. Discutieron.



El individuo estiró su mano nerviosa, fuerte, e impidió que ella concretara sus propósitos. Entonces intervino Luis, y Antonio Jarl lo golpeó en el estómago, corriendo hacia el auto.



En medio de esas soledades tronó la voz del revólver, y Luis cayó, herido en la cabeza. Juan dio un paso hacia él, mientras el automóvil arrancaba a toda velocidad.



Huara Sandoval fulminó con la mirada al automóvil que se alejaba, mientras decía: -¡Ha enloquecido! ¡Este sol lo ha terminado de enloquecer al pobre Antonio!



La herida de Luis Karán no parecía grave pero había que atenderla. Huara se mostró extraordinariamente hábil operando, desinfectando. Los hombres estaban boquiabiertos.



En el fondo de la canasta extraída del auto por la mujer había una lona, que utilizaron como tienda de campaña, apoyándola en cuatro estacas. -El sol lo mataría al pobre- comentó Huara, y esa simple frase hizo que Juan envidiara al herido.



Saladino había decidido, repentinamente, que tenían que dar alcance al prófugo del automóvil. Romo Huaifin se le agregó, entusiasmado por la idea de golpear a Antonio Jarl. Poco después, los dos jinetes fueron solamente unos puntos negros en el horizonte.



El herido se quejaba. -Debimos ir también nosotros- comentó Juan, y Huara dijo entonces: -Al sol, él hubiera muerto.- ¿Qué significaba esa frase? ¿Acaso un amor brotando de los labios de ella?



Fue entonces cuando Juan le preguntó la edad. -Casi veinticinco- respondió Huara Sandoval, con su voz suave y firme al mismo tiempo. Esa voz que tanto agradó al argentino desde un primer momento. Que lo enamoró. Estuvo a punto de revelarle que la quería. Lo dejó...

...para otra ocasión más propicia. Huara cambiaba las vendas al herido. Tenía una gran seriedad en el rostro bello y joven. Por respeto, Juan se guardó la confesión que deseaba hacerle.





Juan Hoffmann creyó que era conveniente que ella no lo identificara con esos tres aventureros, incluyendo a Luis Karán, el que parecía ser el mejor.



Con su vigor de siempre agregó: -¡Aunque no sería el primero que cambiara "completamente" de profesión! ¡Las aventuras tienen muchos adictos en este mundo! Yo misma, ¿por qué no me quedé en mi tierra? Porque simpatizo con el color del oro.



Sí. A la pobreza. Nada más que a la pobreza.

Era una respuesta que dibujaba plenamente a esa decidida mujer. Por otra parte, ya Juan había descubierto que Huara Sandoval también sabía ser espiritual. -Algunos dicen que toco el piano mejor que mi finada madre- dijo ella.







Se sintió muy mal y abandonado. En ese momento empezó a darle rabia la presencia del maestro. ¿Era su enemigo?

(¿De qué te preocupas si vas a morir?)


Juan recogió la dura mirada del herido y se sintió incómodo. Estaba lejos de ser un canalla, y su conciencia no tenía nada que reprocharle. Ese muchacho, Luis, lo odiaba sin razón.
Va a salir bien de esto, amigo. No se preocupe.


Huara Sandoval se dirigió resueltamente a ajustar la montura del caballo que transportaría al herido hasta Tajamar. Era la admirable y decidida mujer de todos los momentos.
¿Me lle...van... a enterrar?


Huara lo escuchó y contestó: -No sea criatura. En Tajamar encontraremos al médico que creo está necesitando. - A un gesto de ella, Juan Hoffmann ayudó al herido hasta llegar al caballo.
Dos o tres horas de marcha lenta. ¡Coraje, amigo!


Una hora después hicieron alto junto a un raleado bosque de laureles. Dos nativos se acercaron tímidamente. Huara les pidió algo de comer, y uno de los hombres corrió, trayendo varios sabrosos frutos de cacto.
La gente de América es así. ¡Gracias, gracias, amigos!


Amenguaba la violencia del sol cuando divisaron, luego de pasar otro bosquecillo raleado, el siguiente poblado.
Si no se ofende,le digo que luce muy cansada, pero igualmente hermosa.
¿Una lección que sabe de memoria, maestro?


La respuesta picó a Juan. Contestó sin vacilar: -A lo sumo, es una lección que aprendí ayer. Cuando la conocí, Huara.
No es buena la ocasión para requiebros, maestro.
Prefiero que me llame Juan.


Ella sonrió levemente: -Maestro me parece mejor. Hasta creo que le hace verdadera justicia. Un maestro entre aventureros. ¡Las sorpresas de esta vida!
Estoy plenamente a sus órdenes. Soy hasta buen tirador.
Esto no es el "far west", pero podría ocurrir...


Recordó la estúpida actitud del que fuera su tutor.
No hubiera querido ver lo que sucedió hoy. ¡Este pobre chico! ¡Quién sabe si...


...va a salir bien del paso! Tuve bastante la culpa.
No olvide que yo estaba presente. Fue pura desgracia, y sin su participación.


Ella negó con un movimiento de cabeza, mientras murmuraba: -Los hombres siempre empañan con violencia eso que llaman amor.
Es posible. Por eso le digo que voy a luchar, en caso de que necesite protección.





La mujer señaló hacia el cercano caserío: -Tajamar. Un lindo nombre, pero un lugar bastante inferior. De cualquier manera, será mejor para este muchacho herido.

Por suerte había en Tajamar una pequeña estación sanitaria a cargo de un viejo médico militar. El mayor Carreras estudió detenidamente al herido, y en seguida puso manos a la obra, ayudado por dos diligentes y calladas mujeres.

No lo hizo muy mal, señora Sandoval. La felicito, pero...

Huara se había quedado pensando en ese "señora" que le obsequió el anciano médico militar y casi no lo oyó cuando dijo que la herida en la cabeza de Luis Karán iba a perjudicarle la vista. -Puede llegar a quedarse ciego. Eso es- agregó.

¿Ciego? ¡Oh, sería demasiada desgracia para el pobre!

Juan también quedó impresionado por esa lúgubre posibilidad.

Si en veinticuatro horas no recupera la completa visual, el caso es bravo.

La esposa del mayor médico, una dama de carácter y muy bondadosa, se alegró de conocer a Huara Sandoval. -Tu padre era un caballerazo, pero muy pillo para los negocios, muchacha- dijo.



Preocupada por los problemas que ahora estaban cercando a Huara, la matrona limeña exigió a su marido que colaborara con la hija del viejo amigo Sandoval.

En principio te quedas aquí, linda guagua. Y si el señor también lo desea...

Mientras esperaban una reacción favorable en el estado de Luis Karán, cenaron con los encantadores esposos Carreras. Juan demostró ser dueño de una sociabilidad que a él mismo sorprendió. Demasiados años había pasado en contacto con la tierra y los sufrimientos. Pero su espíritu seguía en alto.









Huara quedó pensativa. ¿Qué le aguardaba en Caitlón? Hasta era posible que Saladino y Romo hubieran encontrado a Antonio Jarl con las consiguientes complicaciones.

(Juan también puede llegar a pasar un mal rato.)











Se había ilusionado con Huara Sandoval, sin partir siquiera de la base que ella tenía cinco años más que él, apenas un niño para una mujer como Huara. Esta se lo dijo luego, cuando estuvo hablándole, dándole fuerzas para luchar en la adversidad.



Agregó, con aquella hermosa voz que Dios le había dado: - No lo vamos a abandonar, Luis. El mayor Carreras dice que en Lima hay un médico que le salvará la vista. Y ni el mayor, ni yo, diríamos una cosa por otra.



Pronto llegó a esa parte sur del país la noticia de aquel duelo en Caitlón. Escándalo entre aventureros. Y sangre. Antonio Jari se había despachado a Romo Hualfín, hiriendo gravemente a Pedro Saladino, antes de que el aventurero le hiciera nacer una flor de sangre en el pecho.



La señora del mayor Carreras dijo con socarronería: -¡Son muy divertidas las veladas en "la ciudad del oro"!, ¿verdad, Huara?



Ella, en silencio, fue hasta el rincón de la casa donde estaba la Virgen. Iba a pedirle un par de cosas. Tal vez fueran tres. Juan la vio de rodillas, rezando, y cerró la puerta suavemente.



Con el mayor Carreras hablaron mucho de esos años en que él había enseñado a leer y escribir a chicos , grandes. Incluso de aquel dinero de la finada Javiera Márquez, puesto por Juan para reedificar la antigua escuelita.



Aprovechando el viaje a Lima -para la posterior operación de Luis Karán- el mayor hizo varias visitas, exponiendo lo que había hecho "ese argentino que es todo un caballero".



La operación de Luis resultó. Tiempo después el muchacho estaba trabajando en una finca de las afueras de Lima.



Huara y Juan estaban por casarse cuando falleció el mayor Carreras. Entonces decidieron quedarse en la amplia y cómoda casa que una vez más les ofreció la esposa del querido médico. Solamente una vez al año, y durante un mes, Huara y Juan -casados y con dos hijitos, uno detrás del otro-...



...iban a la finca natal de la bravía Huara. Luego, a Tajamar, donde Juan Hoffmann tenía su propia escuela, lograda después de emocionante reivindicación, obtenida gracias al mayor Carreras.



Si difícil había sido la vida para el laborioso Juan, en las puertas del otoño encontró una ardiente razón de amor y comprensión. Se llamaba Huara.



En aquel sendero que se le antojaba terrible -camino a flamantes zozobras, camino a Caitlón- el destino lo había premiado. Mucho más de lo que él esperaba de la vida. Y se llamaba Huara.



ALMANAQUE CRIOLLO

Consejos del Viejo Irala
por Alberto Vacarezza



Gambetiále a la mujer
que gusta a tuitos los gustos;
yo cuento mis rivales justos
cuando la cosa se brinda,
AL QUE TIENE MUJER LINDA
LO GUAMPEAN LOS DISGUSTOS.

NOVIEMBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Llena 8	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	C. Meng. 15	L. Nueva 22	C. Crec. 30	★

DICIEMBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Llena 7	C. Meng. 15	L. Nueva 22	1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	C. [illegible] 29

Lea, en el próximo intervalo ALBUM

MIGUELITO, por Lucio V. Mansilla

EL MISTERIO DE LA AZAFATA ASESINADA, por Héctor R. Decombe

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

POR LO QUE SE AMA, por Queen Brown

LA CONDESITA, por Manuel P. Chagas

INTERPOL LLAMANDO A RIO, por Eliseo Montaine

LA ESTATUA DE ORO, por D. G. Engel

LA MUJER QUE YO ELEGI, por Lola Tapia De Lesquerre

GENOVEVA, por Osvaldo Moro



LLAMAN AL 37-1111, por Leo Sassi



AÑO XV Nro. 115

DIRECTORES: RAMON COLUMBA (h.), CLAUDIO COLUMBA (h.)



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 857.392 de la
Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

Impreso en BLONDATEX ** Noviembre 1965